UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993551 1

I (18)
750

TEATRO

TOMO DÉCIMOSEXTO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO DÉCIMOSEXTO

La historia de Otelo.
La sonrisa de Gioconda.
El último minué.
Todos somos unos.
Los intereses creados.

108337
13/3/11

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1908

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

LA HISTORIA DE OTELO

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro de Apolo por la Srta. D.ª Rosario Pino y los Sres. D. Emilio Thuiller y D. Francisco Palanca.

PERSONAJES

—

LA SEÑORITA. — EL VIAJERO. — EL PADRE

En un jardín. Época actual.

LA HISTORIA DE OTELO

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

La SEÑORITA, sentada, lee. Después el VIAJERO.

SEÑORITA

(Asustada.) ¡Ah!

VIAJERO

No se asuste usted. Usted perdone.

SEÑORITA

No; usted es el que debe perdonar... Estaba distraída... Me asusté... ¿No encontró usted á ningún criado? ¿No llamó usted al entrar?

VIAJERO

No, señorita, no.

SEÑORITA

¿Deseaba usted ver á mi padre? Avisaré.

VIAJERO

No, señorita... Vuelvo á pedir perdón. Ha sido un atrevimiento. Pasaba por el camino; he llegado á este pueblo después de algunos años... Al

pasar me llamó la atención este jardín; la puerta estaba franca; entré, no vi á nadie, fuí tan atrevido... y encantado con esta quietud, esta sombra, seguí adelante, adelante... Por fortuna, creo que mi aspecto no es el de un malhechor.

SEÑORITA

¡Caballero!

VIAJERO

De todos modos, fué una indiscreción, una imprudencia; usted me perdone, señorita. Muy buenas tardes.

SEÑORITA

Si usted desea recorrer el jardín, descansar en él... Basta que sea usted forastero...

VIAJERO

Forastero, no; he vivido aquí mucho tiempo. ¿Usted es hija del dueño de esta finca?

SEÑORITA

Sí, señor, su hija. La posesión hace muy poco tiempo que es nuestra, de mi padre. Yo he venido aquí este verano por primera vez.

VIAJERO

¿No conocía usted esto?

SEÑORITA

No. Mi padre está contentísimo con su compra. Mamá y yo no participamos de su entusiasmo,

porque nos esperan unas temporadas de aburrimiento en estas soledades...

VIAJERO

¿No le gusta á usted esto?

SEÑORITA

Á mí, nada. Pasaría aquí cuatro ó cinco días con amigos, muchos amigos; pero dejar San Sebastián y Biarritz...

VIAJERO

De allí vengo yo ahora.

SEÑORITA

¿Se habrá usted divertido mucho?

VIAJERO

¿Yo? No, señorita... Estoy de luto...

SEÑORITA

Es verdad... ¿Muy riguroso?

VIAJERO

Por mi madre...

SEÑORITA

¡Qué pena!

VIAJERO

¿Y usted se aburre en esta soledad?

SEÑORITA

No tengo más entretenimiento que la lectura...

VIAJERO

¿Lee usted mucho?... ¿Novelas?...

SEÑORITA

No; ahora perfecciono mi inglés, que casi tenía olvidado... Vea usted, leo á Shakespeare...

VIAJERO

Otelo... Llorará usted la triste suerte de Desdémona...

SEÑORITA

¿Por qué? Fué amada con pasión, con locura; murió inocente... No digo que su suerte sea envidiable; pero yo lo prefiero todo á vivir sin pena y sin gloria.

VIAJERO

¿Mejor que una vida tranquila, prefiere usted una tragedia?

SEÑORITA

Tragedia, no... Pero, en fin, algo de drama... Todo, menos esta vida de ahora...

VIAJERO

¿Su papá es aficionado á la vida de campo?

SEÑORITA

Nunca lo fué hasta ahora. No sé quién le proporcionó esta finca... Dicen que fué una ganga.

VIAJERO

¿Sí?

SEÑORITA

Era de una familia muy principal de la provincia. Una familia que se arruinó por las calaveradas de un hijo.

VIAJERO

Sí, ya sé; ya dije á usted que he vivido aquí algún tiempo.

SEÑORITA

¿Conocía usted á esa familia?

VIAJERO

Si, señorita, mucho.

SEÑORITA

Era gente muy buena, muy linajuda. Del muchacho cuentan cosas horribles; dicen que acabó en la cárcel.

VIAJERO

Ha muerto.

SEÑORITA

¿Ha muerto?

VIAJERO

Sí, ha muerto. Yo lo sé.

SEÑORITA

Dios le habrá perdonado... Pero si tan mal había vivido...

VIAJERO

¿Cree usted que no le habrá perdonado?

SEÑORITA

¡Oh, no; eso no! Quise decir que mejor le hubiera sido morirse antes.

VIAJERO

Se muere cuando Dios quiere. Morir cuando uno quiere, eso sí que dicen que no lo perdona Dios.

SEÑORITA

Cierto. ¿Es que él murió así? ¿Se suicidó?

VIAJERO

Hay muchos modos de suicidarse. Materialmente, no; moralmente, sí.

SEÑORITA

Mire usted, será una tontería; pero todo lo que he oído contar de esta casa, de esta familia, contribuye á que me sea penoso vivir aquí. Ya ve usted, á mí qué debía importarme; pero hay algo, qué sé yo, parece que donde han ocurrido desdichas queda siempre tristeza que se respira en el aire. Yo estoy triste desde que vine aquí... y nada me sucede... Pero he oído contar á los criados viejos de la casa: «Cuando esos señores salieron de aquí arrojados casi por la justicia...»

VIAJERO

¿Cuando su padre de usted se hizo dueño de todo?

SEÑORITA

No, mi padre no; antes...

VIAJERO

Es verdad... ¿Usted no sabe...?

SEÑORITA

¿Que yo no sé?... ¿Qué?

VIAJERO

Nada, nada... Usted perdone, señorita.

SEÑORITA

Espere usted...

VIAJERO

Cuanto usted quiera.

SEÑORITA

¡Qué disparate! Lo dije sin pensar. ¿Por qué ha de esperar usted?

VIAJERO

Es que deseaba usted preguntarme algo, ¿verdad?

SEÑORITA

No... Quisiera saber sin preguntarlo, y después quizás no quisiera saberlo... Siempre quisiera no haber venido aquí.

VIAJERO

Usted... ¿por qué?

SEÑORITA

Ya se lo dije á usted. Porque la historia de esta casa me apena.

VIAJERO

Si esta casa ya es otra; si esta casa es ya de usted. ¿Qué pueden pesar sobre usted desgracias de que usted no tiene culpa?

SEÑORITA

Yo, no; pero son desgracias al fin. Yo pienso siempre en que todo lo triste que sucede á los demás también pudiera sucederme á mí ó á los míos.

VIAJERO

No; lo que aquí sucedió, no; su padre de usted no puede arruinarse.

SEÑORITA

¿Quién sabe, qué sabe usted?

VIAJERO

Su padre de usted es hombre práctico...; su padre de usted no tiene hijos como el hijo de esta casa. Si hubiera tenido alguno lo hubiera educado en la práctica de los negocios de la vida; le hubiera enseñado á ser fuerte siempre, á hacer valer en todo sus derechos, sin desfallecimientos compasivos, caiga el que caiga, sucumba el que sucumba.

SEÑORITA

¿Qué dice usted?

VIAJERO

Sí, tiene usted razón; digo demasiado... ¿Me permite usted que me retire?

SEÑORITA

No, ahora no; espere usted... No, no hay nadie... Espere usted. ¿Por qué habló usted así?

VIAJERO

¿Cómo hablé?

SEÑORITA

Usted lo sabe. Con esa vehemencia, con esa rabia más bien.

VIAJERO

No, señorita; se lo aseguro... En nada pongo yo vehemencia. He vivido bastante para saber que todo lo que sucede en la vida tiene su mejor razón en eso, en haber sucedido...

SEÑORITA

No tengo tan triste idea de la vida. ¿Usted cree que todo lo que es debe ser así?

VIAJERO

Todo lo que es... es así. Esa es la brutal realidad. Si debió ser eso, allá para los que creen que todo no acaba en esta vida...

SEÑORITA

Para los que creemos.

VIAJERO

Para los que creemos. Si yo no creyera en esa justicia más alta...

SEÑORITA

Sería usted muy desgraciado.

VIAJERO

Sería mucho más desgraciado.

SEÑORITA

Dígame usted: ¿usted conoce á mi padre?

VIAJERO

¿Por qué, señorita?

SEÑORITA

Al referirse usted á él le consideró usted como un hombre sin corazón.

VIAJERO

Hablaba en términos generales, señorita. Yo sé que su padre de usted es hombre de negocios; los hombres de negocios son todos lo mismo; no pueden ser de otro modo. Ejercen su derecho, y así debe ser. Todo les da la razón. Ya lo ve usted. ¿No es usted muy feliz, gracias á su padre? ¿No son ustedes todos felices en esta casa? Nada les falta á ustedes: riqueza, consideración social... En cambio, los disipadores, los desordenados, los que viven sin previsión, y dan sin contar, y prestan sin garantía, y son tan necios que no les basta con decir: «Estoy en mi derecho», si ese derecho es ruina y dolor para alguien, y mal podrían dormir tranquilos aunque todas las leyes les dijeran: «Tienes derecho á ello», si el corazón les

decía que no todo lo que es nuestro en justicia es nuestro justamente...

SEÑORITA

¿Usted cree que mi padre tuvo culpa en la ruina de esta casa? ¿Usted cree que mi padre...?

VIAJERO

¡Señorita! Nada dije... Usted perdone... No llore usted... No sé cómo pedir á usted perdón... Soy un miserable... Debo marcharme, y no quisiera dejar á usted así... ¿Cómo deshacer el daño de mis palabras?

SEÑORITA

¿Usted cree que fueron sus palabras? No las hubiera escuchado siquiera. Es mi corazón, mi corazón, que me había dicho mucho antes que no todo lo que es nuestro debe ser nuestro...

VIAJERO

¡Señorita! Tampoco usted será nunca dichosa. Tiene usted corazón. Crea usted que no me hubiera detenido aquí un solo instante si no le hubiera á usted oído acusaciones contra mí... que no puedo aceptar resignado... Ya sé que esas acusaciones pueden servir de disculpa á los que fueron implacables... Y en ellos no me ofenden... Pero en usted..., en usted..., ofenderme, no...; eso nada importaría, me lastima, me duele; es que en usted quisiera yo encontrar esa justicia más alta de que usted me habló, en que yo creo...

SEÑORITA

Yo no puedo ofenderle... Yo qué sabía; lo que me dijeron, lo que dicen... Debí comprender antes quién era usted; pero por lo que oí no pude pensar que usted hubiera vuelto aquí nunca.

VIAJERO

¿Qué quiere usted? Será por la atracción que ejerce el lugar del delito sobre los criminales, según aseguran.

SEÑORITA

Ahora es usted el que se culpa.

VIAJERO

Yo, sí; por haber venido. Nunca debe uno pretender revivir una sola hora de su pasado ni con el pensamiento. Recordar es envejecer y es morir. Hay mucho de mi vida esparcido por estos jardines, por esta casa... Este jardín está ahora triste como un cementerio.

SEÑORITA

¿Pasó usted aquí muchos años de su vida?

VIAJERO

Sí, muchos... De niño; después una vez que huí de Madrid de mi casa... esta quinta fué mi refugio; el refugio de unos amores muy tristes, muy desgraciados, que sólo tuvieron unos días de felidad aquí, lejos de todo... Después, aquí viví también en los últimos tiempos, cuando la ruina de nuestra casa era ya inevitable. Días muy an-

gustiosos; días en que mis padres y yo, sin hablarnos, en un silencio hostil, parecíamos acusarnos cruelmente, injustamente..., cierto, como se acusan los que, queriéndose mucho, no supieron nunca comprenderse. ¡Ah!, el cariño de los padres mal entendido ¡cómo puede hacernos desgraciados para toda la vida!... ¡Ese cariño nimio, faldero, que debilita, que acobarda!... Esa eterna previsión de las madres que parece gritarnos siempre con azoramiento, como si siempre fuéramos chiquillos: «Cuidado, no te caigas...» Y nuestro paso, vacilante siempre, irresoluto con aquel grito en los oídos... Y hemos de pensar como ellos piensan..., y hemos de vivir como ellos vivieron..., y hemos de querer como ellos quisieron... No es la vida la que nos dan..., es su vida, la suya... Y sólo comprenden para nuestro cariño, ó aventurillas ligeras, sin consecuencias, que á nada nos comprometan para lo porvenir, y sobre esto siempre se harán los desentendidos, y hasta lo verán con complacencia, y después el matrimonio correcto, burgués, conveniente, la muchacha de buena familia..., de una belleza discreta, de un carácter discreto... El verdadero cariño, la pasión, lo incorrecto, lo fuerte... ¡Ah!, eso no, eso trastorna la vida, las buenas costumbres... Y contra un cariño así, que es nuestra vida, todos los medios son buenos para destruirle, para sitiarle, hasta por hambre, si es preciso, para desesperarle y poder decir, al fin, cuando lograron su propósito: «¿Lo ves ahora? ¿Te has convencido? Ese amor no te convenía... Era una locura... Si los padres con su experiencia no enmendaran los

errores de los hijos... Y pudieron más, siempre pueden más... Yo pude tal vez arruinar mi casa, yo solo no; ayudaron otras gentes correctas también, con sus escrituras á conciencia, sus retros legalizados... Á mí me arruinaron el alma, que ya no cree, que ya no espera, que ya no ama..., y ahí tiene usted mi historia; ese fué mi crimen, lo que usted oyó entre aspavientos de indignación á las personas de buenas costumbres... Un cariño de toda mi alma defendido con toda mi vida... ¿Llora usted?... ¿Llora usted?...

SEÑORITA

Siempre me pareció muy triste la historia de esta casa... Yo no sé si fué usted culpable; sé que fué usted muy desgraciado... y que pudo usted ser feliz...

VIAJERO

¡Que nunca pese este ambiente sobre su corazón..., que no revivan para usted las tristezas de esta casa..., que si algún día ama usted y ama usted sobre todo, nada pueda más que su amor, porque nada vale más en la vida! Y adiós, señorita, adiós... Usted me perdona, ¿no es verdad?

SEÑORITA

¿Y usted á mí?

VIAJERO

¿Qué dice usted? ¡Y la he visto á usted llorar!... ¿Qué no habrán rescatado esas lágrimas?...

SEÑORITA

¡Llorar! No... Las mujeres podemos hacer más que llorar... Ya verá usted como soy fuerte... ¡Ah, mi padre, mi padre!...

VIAJERO

Señorita... Sea usted muy dichosa. Un recuerdo más que dejo aquí enterrado. *(Sale.)*

ESCENA II

La SEÑORITA y el PADRE

PADRE

¡Niña, niña!...

SEÑORITA

No me llames niña, papá. Á ti te parece que lo soy siempre, y es ridículo... Soy una mujer...

PADRE

¡Una mujer! ¡Qué chiquilla! ¿Qué haces ahí? ¿Leyendo?...

SEÑORITA

Sí...

PADRE

En inglés siempre... ¿Shakespeare?

SEÑORITA

Sí... *Otelo*... ¡Qué hermoso drama! Leía aquella escena en que Otelo refiere su historia, su triste

historia: «Ella me amó por las desdichas que he padecido, y yo la amé porque supo compadecerlas.»

PADRE

Sí... sí... poesía... Bueno, deja la lectura. Has leído mucho...

SEÑORITA

No, hoy he leído poco... pero he aprendido más que nunca.

PADRE

¿Sí? ¿Con esa historia?...

SEÑORITA

Sí, he aprendido mucho...

PADRE

¡Qué solemne lo dices! ¿Qué has aprendido?

SEÑORITA

Que no todo lo que es nuestro en justicia es nuestro justamente; que el pan nuestro de cada día, ese pan que mi madre me enseñó á pedir á Dios, debe ser como Dios dice, nuestro, nuestro, no el que falta en la mesa de los demás...

PADRE

¡Qué cosas dices!

SEÑORITA

¿Te sorprende? Pues más voy á sorprenderte... Tenemos que hablar muy despacio, muy serios... Siéntate, siéntate...

PADRE

¡Pero chiquilla!...

SEÑORITA

No..., no me llames chiquilla... Escúchame. Hoy vas á conocer á tu hija... Escúchame...

TELÓN

LA SONRISA DE GIOCONDA

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

—

LEONARDO — STELLO — FLORIO — ANTONIO
ISMAEL

En el estudio de Leonardo.

LA SONRISA DE GIOCONDA

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

FLORIO, ANTONIO, ISMAEL

ISMAEL

Bien hallados, Antonio y Florio, amigos míos.

ANTONIO

Bien venido otra vez á Florencia, Ismael.

ISMAEL

¿Y Leonardo, vuestro maestro?

ANTONIO

No tardará. Aquí le esperamos. Salió á ver la jirafa. Con el vulgo curioso se estrujará por esas calles por contemplar á ese raro animal.

ISMAEL

Yo le traje de africanas tierras para hacer de él presente al *Magnífico*. ¿Aún no le visteis?

FLORIO

La curiosidad pide humor y gusto, y nosotros no los tenemos.

ISMAEL

¿Tan mal os trata la fortuna?

FLORIO

Dejó de tratarnos. Clavó su rueda, y para nada se acuerda de nosotros.

ANTONIO

Y eso es lo peor. La quietud enmohece los espíritus, y los nuestros son ya como espadas roñosas.

ISMAEL

Eso quiere decir que vuestro maestro no prospera tampoco, ya que unisteis vuestra suerte á la suya.

FLORIO

Cómo ha de prosperar si á todo acude y á nada atiende. Trabajos tiene de continuo encomendados que á otro cualquiera le darían holgura y fama; pero él tanta demora y tan poca atención pone en cuanto se le confía, que los grandes señores ya se ofenden y reniegan de Leonardo, que tan mal se aviene á servirlos, y antes parece hacer burla y menosprecio de ellos.

ISMAEL

Es su condición. Así se ve siempre abrumado de deudas, á pesar de tales valiosos protectores. Pero al llegar aquí parecióme posible que algo hubiera cambiado; estas galerías que siempre le sirvieron de talleres y de ordinario se hallaban en el mayor desorden, con los más extraños pro-

yectos de maquinarias y de artificios, amontonados en confusión por todas partes, ahora sorprenden por su compostura y adorno... Ricos tapices, mullidos sitiales, pebeteros de Oriente, instrumentos de música y las más raras frutas y flores con tan exquisito gusto dispuestas en canastillas como si á Pomona y á Flora les hubieran de ser ofrecidas en altares paganos.

FLORIO

Y bien parece que á una diosa es el culto, y por una deidad, bien que humana, devoción y ofrenda.

ISMAEL

¿Leonardo enamorado?

FLORIO

¿Qué te sorprende? ¿Cuándo no lo estuvo sin estarlo nunca? Cada hora en cada día es un amor para Leonardo. Un amor son sus rosales de Bengala, prendidos de rosas carmesíes; un amor son los cisnes bogadores en el estanque de esos jardines; un amor es su caballo berberisco: un amor son los áspides ponzoñosos que guarda entre fanales; un amor son esas pomas de oro de un árbol cultivado por él, y, según dicen, lleva en su savia un veneno de tanta sutileza, que basta con morder en uno de sus frutos para morir al poco tiempo de tan natural muerte, que no es posible hallar vestigio en el fruto, en el árbol ni en el muerto. Toda forma bella es amor para Leonardo; sea envoltura de virtudes ó de maldades. Las rosas

dan su aroma; las aves sus gorjeos, y los áspides sus mordeduras venenosas; todo es igual si las rosas son bellas, y es bello el volar de las aves, y es bello el arrastrarse ondulante de los áspides, evocadores del Nilo azul de aquel Egipto misterioso que inmortalizó la muerte en sus momias; allí, donde la divina Cleopatra, mujer entre todas las mujeres, quiso aprender de la serpiente enemiga, no como Eva madre, la ciencia del bien y del mal, que nada importa, el arte bello de amar y de morir.

ISMAEL

¡Ah! Todos locos como él en esta casa de Leonardo.

ANTONIO

Cuida no cobremos la razón y aprendamos en ti á negociar con usura.

ISMAEL

¡Ah, cristianos! No podéis nunca hablar con uno de mi raza sin mostrarle vuestro desprecio.

ANTONIO

No, Ismael; tú eres un buen judío.

FLORIO

El de la diestra cruz, que bien pudo asentarse á la diestra de Dios en el Paraíso.

ISMAEL

El buen ladrón, quieres decir. Mal agradecéis las veces que vuestro maestro pudo atender á

sustentaros merced á mis buenos oficios, y no diréis que de vuestro maestro puede esperarse logro.

FLORIO

Nada perdiste si no ganaste mucho. Ya es mucho la estimación de Leonardo.

ISMAEL

¿Su estimación? Igual para todos. La misma en que tiene á sus áspides.

ANTONIO

¿Por qué no? De tus virtudes le importa poco á Leonardo, y en tu rostro y figura eres un bello ejemplar de tu raza. ¿Quién te dice que si algún día Leonardo pintara un Cristo no te solicitaría para su modelo? ¿Puedes aspirar á mayor gloria?

FLORIO

¡Devoto Cristo sería! Un judío el modelo y un pagano el artista. Condenados serían los que á él se encomendasen; no lo pondría yo en convento de monjas, que antes amor que piedad despertara.

ANTONIO

Eso no, que Leonardo sabría hacerle de tan sobrehumana hermosura, que sólo á sobrehumano amor movería las almas.

ISMAEL

Empecatados paganos sois todos, y si vuestros sacerdotes y magistrados, como de perseguirnos

á nosotros, que al fin en un solo Dios creemos y los mandamientos de Dios observamos, se cuidaran de pesquisar entre los descreídos...

FLORIO

¿Contra los descreídos pretendes desatar las leyes? ¡Ah, buen judío! Tú quisieras ver arder al Pontífice con todos los príncipes de su Iglesia romana.

ISMAEL

Y ese día será, y no por mano de los hombres, por la mano misma de Dios, fuego del cielo abrasará las ciudades malditas.

FLORIO

¡Silencio, profeta! Tu dios de las tremendas iras no nos asusta; nuestro dios es todo amor y dulzura como el Cristo en que tú no crees; pero en éste has de creer porque aquí le tienes entre nosotros... Nuestro dios es Leonardo.

ESCENA II

DICHOS y LEONARDO

ISMAEL

¡Salud, Leonardo!

FLORIO

¡Salud, maestro!

LEONARDO

¡Salud á todos! ¡Ah, Ismael! Por la fama sabía de tu vuelta á Florencia. Veo que no te olvidaste de Leonardo.

ISMAEL

Aunque en su casa me maltratan.

LEONARDO

¿Quién, Florio y Antonio? Será por chanza, estoy seguro.

ANTONIO

Nos llamó paganos y descreídos.

LEONARDO

Descreídos pudiera ofenderos; pero el paganismo es bella religión, digna de artistas. ¿Qué otra cosa podemos ser sino paganos los que hicimos una religión de la belleza? Es más universal religión que todas, porque á todas comprende al adorar toda belleza. ¿En qué religión no hay algo bello?

ISMAEL

¿De dónde vienes, Leonardo?

LEONARDO

Quizás de más lejos que tú, aunque no me moví de Florencia en este tiempo. Ahora, de admirar tu jirafa. Ya sabes que por orden del *Magnífico* fué paseada como en triunfo por toda la ciudad. Nuestro Duque no es avaro de sus te-

soros, y nunca regateó al pueblo un espectáculo. Mucho puede perdonársele en gracia de esto. Fué una lucida presentación la de tu jirafa. Hasta de los conventos de monjas solicitaron su vista, y era de ver entre las celosías asomar las manos blancas de nobles religiosas para ofrecer al animal, entre miedos y risas, las más delicadas confituras monjiles. ¿Dónde adquiriste tan raro bruto? Gran cuidado tendrías hasta lograrlo aquí vivo y sano.

ISMAEL

Cuidados y dinero. Que su muerte hubiera sido mi ruina.

LEONARDO

¿Y por dónde anduviste?

ISMAEL

Por tierras de África, por Arabia y Egipto. Traje preciosidades. Algunas guardo para mostrártelas.

LEONARDO

En mala ocasión, Ismael; todo el crédito que yo puedo tener contigo no bastaría á pagarlas. Prefiero no verlas.

ISMAEL

Con poseerlas tú están bien pagadas.

LEONARDO

Eres generoso.

FLORIO

Sabe que más pronto ó más tarde han de volver á su poder, y por haber sido tuyas suben de precio.

ISMAEL

Sois tan descorteses como mal pensados.

LEONARDO

Tienes razón, buen Ismael; son espíritus mezquinos, no poseen el arte supremo de dejarse engañar, propio de los grandes. Yo sé que lisonjeas y mientes; pero sé que si fueras igual á mí, debieras decir verdad, porque bien merece Leonardo de Vinci que tus lisonjas sean verdades.

ISMAEL

¿Ahora también soberbio, Leonardo? Nunca lo fuiste.

LEONARDO

Porque miraba dentro de mí más que á mi alrededor. Seguramente, tu jirafa no se juzgó tan alta entre las palmeras de sus desiertos como hoy sobre los ciudadanos de Florencia que se agolpaban por admirarla.

ISMAEL

Cierto. ¿Por qué no has de ser orgulloso, Leonardo, si eres único entre todos los artistas de Italia? Por eso, aunque estos malandrines, y tú mismo, juzguéis adulación mi ofrecimiento, antes que á los grandes señores he de ofrecerte las

preciosidades que traje de Arabia, porque nadie mejor que tú es digno de poseerlas. Y ahora que transformaste con tan singular adorno tus talleres, bien sentarán aquí las sedas de Damasco, los tapices pérsicos, las arcas de sándalo y los cofrecillos de marfil y nácar, con mil secretos escondites labrados, como por artífices que saben de amor y de celos. Y si, como aseguran, estás enamorado...

LEONARDO

¿Tan pronto diste en Florencia con la murmuración ociosa? Ó quizás fueron éstos, mis amigos...

ISMAEL

No, Leonardo; basta con ver tu casa, el atildamiento de tu persona. Sólo el amor es mágico capaz de tales transformaciones. ¿Tienes muchos trabajos encomendados?

LEONARDO

Como siempre.

ISMAEL

¿Y á cuál diste la preferencia?

LEONARDO

Ya sabes que un deseo insaciable de perfección me descontenta siempre de mi trabajo. Ya sé que pudiera lograr provecho y fama si trabajara con presteza atento sólo al vulgar aplauso. ¡Es tan fácil engañar al vulgo! Pero Leonardo sólo trabaja para Leonardo.

ISMAEL

Y ahora sin duda trabajas á tu gusto, y tu modelo es algún personaje de calidad cuando así adornas tu estudio para recibirlo.

LEONARDO

¿No lo sabes? Trabajo en el retrato de Monna Lissa, la esposa de Micer Francisco del Giocondo.

ISMAEL

¿Y es su esposa...?

LEONARDO

Sí; Monna Lissa: ¿de que te asombras?

ISMAEL

De que á ella, entre tantas damas más principales y más hermosas, hayas dado la preferencia.

LEONARDO

Sí, es cierto. ¡Pero á todas sería tan fácil retratarlas!... ¡La historia de todas ellas es tan conocida!... El noble señorío de la una, la altivez patricia de aquella otra, la perversidad de ésta, la bobería de casi todas... Cualquier mediano artista puede salir adelante con su retrato. Pero Monna Lissa no; Monna Lissa es un enigma. Muchos la juzgan la más virtuosa esposa de Florencia; muchos, capaz de las mayores liviandades; nadie se atrevería á confirmar ninguna de las dos suposiciones.

ISMAEL

Y tú ¿aun no sabes á qué atenerte?

LEONARDO

Todos los días creo haber acertado al retratarla, y cuando al día siguiente vuelvo á verla, ya me parece otra. ¡Ah! La sonrisa, aquella sonrisa, que es toda su alma, será la desesperación de mi arte.

ISMAEL

Así, ¿sólo terminaste el fondo del retrato? ¿Y por qué el mar, si Monna Lissa acaso no navegó nunca ni hay mar en Florencia?

LEONARDO

¿Qué mejor fondo para un retrato de mujer que sonríe? ¿Hay nada más parecido que el mar en calma y la sonrisa de una mujer? Dice el azul del mar: navega; y dice la sonrisa: ama; y no es más incierto el mar que la sonrisa. ¿Juzgas tú que pintar un retrato es sólo para que deudos y familiares del retratado admiren el parecido y ponderen cómo es aquélla su misma cara, y cómo hasta un arrapiezo en mantillas le conoció y el perro de la casa? Yo sé que ante mi pintura de Monna Lissa su respetable esposo, Micer Francisco del Giocondo, fruncirá el ceño, y ya más cerca, ya más lejos, buscará las luces, con una mano de pantalla sobre los ojos, y ya entornará el uno, ya el otro, torciendo la cabeza á una y otra parte antes de dejar caer á plomo su opinión autorizada. Sí, sí; hay algo, no hay duda; es mi mujer; pero esa expresión no es la suya; se advierte que el pintor no la ve como yo á todas horas, porque más suele parecer grave que son-

riente.» Y ella misma dirá de seguro: «Sí, soy yo; pero parezco algo más vieja, y ese tocado no es el mío; y mi vestido no parece tan rico...» ¿Qué importa? Cuando ni Micer del Giocondo, ni su bella esposa, ni Leonardo existan, ni memoria de nuestra mortal fama, las gentes dirán todavía ante mi pintura: «He aquí una mujer de enigma y de misterio; una mujer que sonríe, sin que pueda decirse si sonríe candorosa ó maligna; si burla del amor encastillada en su virtud ó en su perversidad. Acaso su vida fué casta y lascivos sus pensamientos; acaso lo contrario. ¿Quién sabe? Y al no saber, todos dirán cómo Leonardo, más que á Monna Lissa, pintó á una mujer, el alma toda de la mujer acaso, un alma de sonrisa engañosa.

FLORIO

Maestro: un servidor de Monna Lissa pide licencia para hablarte en nombre de su señora.

LEONARDO

Decidle que se acerque.

ESCENA III

DICHOS y STELLO

STELLO

Señor Leonardo, salud.

LEÓNARDO

Salud, gentil doncel. ¿Os envía vuestra señora? Se excusará sin duda de asistir hoy á su retrato.

STELLO

No sé deciros; por esta carta podréis saberlo. Me dijo que aguardara respuesta.

LEONARDO

(Después de leer la carta.) ¡Oh, oh! ¡Donosa carta! Escuchad, amigos, ya que todos me creísteis enamorado. Al famoso Leonardo de Vinci, salud. Perdonadme si de hoy más no asisto á vuestra casa; mi retrato, en que trabajáis tanto tiempo sin salir con él adelante, es ya tema de murmuración en la ciudad, y mi noble esposo, aunque ni de mí ni de vos pueda tener sospecha, debe inquietarse con razón de que los demás pudieran tenerla. De todas suertes, no quisiera dejarais de terminar la pintura, y ya que no me tengáis presente, os envío mi vestido y tocado, y os envío á mi paje Stello, del que todos afirman se me asemeja en extremo. Vos me diréis si es tanto el parecido; yo estoy por creer que lo sea, porque á su madre, esclava en nuestra casa, túvola siempre mi padre en gran estimación, y dicen que yo soy también vivo retrato de mi padre. Yo no le conocí, y no hubo un Leonardo para dejarnos su pintura. Si mi paje es tal como dicen, terminad con su copia mi retrato, y si en algo fuera de mí diferente, vuestra imaginación sabrá suplirlo con mi recuerdo; tanto me habéis contemplado, que no creo necesitéis de mi presencia para recordarme... ¿Qué decís?

FLORIO

Que, en efecto, el pajecillo es vivo trasunto de su señora.

ANTONIO

Es tal como si fueran mellizos.

LEONARDO

Ya oíste la carta de tu señora. Las doncellas que asisten á su tocado cuando ella me sirve de modelo te vestirán con el traje y las galas que trajiste. Serás mi modelo...

STELLO

¡Señor!

LEONARDO

Antonio, Florio, conducidle. Prevenid á las músicas y cantores; prevenidlo todo como cuando su señora asiste.

ANTONIO

Ven con nosotros, nada temas. Leonardo sigue la broma de tu señora. *(Entran Stello, Antonio y Florio.)*

ISMAEL

¿De músicos y cantores te rodeas para trabajar?

LEONARDO

De todo lo que pueda alegrar á Monna Lissa, de modo que sonría siempre. Todo lo que vea y escuche sea placentero; dulces músicas, cancio-

nes de amor afortunado, chanzas y donaires de juglares y caprichosos juegos de agua saltadora, y los pájaros de más alegres trinos y lindos gozquejos y grotescos simios y la mentira de mi amor que ella juzga mortal herida en mi corazón y eso le basta para sonreir, porque no sabe que Leonardo es el que nunca amó por amar demasiado. *(Antonio y Floro vuelven con Stello vestido de mujer con el traje de Monna Lissa en el cuadro conocido por* La Gioconda.)

FLORIO

Aquí tenéis á vuestra señora.

LEONARDO

¡Tú!

ANTONIO

¿No es asombrosa la semejanza?

FLORIO

¿Quién dirá que no es ella misma?

LEONARDO

¿Ella misma decís? ¡Señora!... ¡Stello! ¿Eres tú? ¡Qué importa! Sonríe como ella, sonríe así... sonríe. Nada quiero saber. Nunca comprendí tu alma de enigma como ahora. Sonríe así, que Leonardo consagra esa sonrisa á la inmortalidad.

(Empezará á oirse una muy dulce música y cae el telón.)

EL ÚLTIMO MINUÉ

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

—

LA DUQUESA.
LA MARQUESA.
LA FAVORITA.
LA FLORISTA.
EL MARQUÉS.
EL CABALLERO.
EL COMEDIANTE.
EL LOCO.

PRISIONEROS — GUARDIAS NACIONALES — CARCELEROS

En París, en la Conserjería, durante el Terror.

EL ÚLTIMO MINUÉ

ACTO ÚNICO

ESCENA ÚNICA

Todos los personajes.

La DUQUESA, la MARQUESA, el MARQUÉS y el CABALLERO, en un grupo. La FAVORITA, retirada de todos; la FLORISTA y el COMEDIANTE pasean ó forman grupo con otros prisioneros. GUARDIAS y CARCELEROS pasean ó vigilan en las puertas.

DUQUESA

No, querida Marquesa; no podéis acordaros; por vuestra desgracia, sois mucho más joven que yo; digo por vuestra desgracia, porque aunque yo alcancé también estos desdichados tiempos, conocí antes otros más felices para nosotros y para Francia, cuando la Religión, el Rey y la nobleza aún eran algo respetable y respetado.

CABALLERO

¡Ah, Duquesa! Antes que con la Revolución, antes que con Luis XVI, la Monarquía en Francia murió con Luis XIV.

DUQUESA

El Rey Sol, aquél supo ser rey. La Monarquía, desde su muerte fué sólo una sombra.

MARQUÉS

Permitidme: yo creo que el mismo Luis XIV, demasiado celoso de su poder personal, fué el primero en debilitar la Monarquía, debilitando á la nobleza, que es su primera fuerza.

CABALLERO

Acaso tenéis razón; los reyes de Francia han sido los primeros en procurar el desprestigio de la nobleza.

DUQUESA

Todos pagamos los errores de todos.

MARQUÉS

Si dejáramos la política...

MARQUESA

Es verdad; poco deben preocuparnos ya las cosas de este mundo.

MARQUÉS

Sobre todo, las cosas serias.

DUQUESA

Al contrario, Marqués. Sólo una, y muy seria, debe preocuparnos.

MARQUÉS

¡La otra vida! Sí; es algo serio. Pero confieso que mi conciencia no me acusa de graves pecados... Pecadillos de amor, eso es todo... Mis víctimas me habrán perdonado, ya que todas murie-

ron como yo moriré; yo, por mi parte, perdono á las que fueron mis verdugos, porque alguna vez fuí yo la víctima; y mi mayor satisfacción será encontrarme con todas ellas en la otra vida, sección de mártires; en la sección de vírgenes ya sé que sería inútil buscarlas.

MARQUESA

Marqués, Marqués: ¿olvidáis el lugar en que estamos?

MARQUÉS

Procuro que lo olvidéis.

DUQUESA

No nos falta valor.

MARQUÉS

Pensad que debemos dar ejemplo. De esta vez somos los únicos aristócratas sentenciados.

CABALLERO

Seguramente no quedarán otros...

DUQUESA

Eso me decía yo: ¿cómo nos habrán olvidado tanto tiempo?

MARQUÉS

Ha sido una ofensa que no perdonaré nunca al Tribunal revolucionario; estábamos desairados.

MARQUESA

¡Y yo que casi me había acostumbrado al nuevo régimen!

DUQUESA

¡No digáis horrores!

MARQUESA

¡Es tan divertido! Además, no sabéis; uno de los más terribles jacobinos se había enamorado de mí.

CABALLERO

¡Marquesa!

MARQUÉS

¿Cuál de ellos?

MARQUESA

Ignoro su nombre. La ciudadana que vivía conmigo, una terrible furia, me habló de su amor.

MARQUÉS

¿Y su influencia es tan poca que no ha podido salvaros?

MARQUESA

¿Creéis que yo hubiera consentido en salvarme á ese precio?

CABALLERO

El amor es el primer revolucionario, y no distingue de clases. En amor, las mujeres son siempre las primeras en proclamar los derechos del hombre.

MARQUESA

Cuando los concedíamos nosotras, no cuando se nos exigen.

DUQUESA

Admirable respuesta, amiga mía. Decís bien: puede culparse á alguna de nosotras de haberse entregado á sus lacayos cuando eran nuestros lacayos, no cuando son jefes de la Nación.

LOCO

(Acercándose con misterio.) ¡Señores! No temáis. Esta noche estaremos libres. Todo está preparado. Luis XVI volverá á reinar mañana en Franciia. Esta noche llegan las tropas á París.

DUQUESA

¿Qué dice este hombre?

CABALLERO

¡Es un pobre loco!... Sí, sí, ya lo sabemos. ¿No nos veis tan tranquilos?

LOCO

Inglaterra, Austria, España, han unido sus ejércitos contra la Revolución. Vuelven los Reyes. ¿Vosotros creíais que habían muerto? Farsa, farsa; no fueron ellos. La persona del Rey es sagrada. Y la Reina, ¿cómo había de morir la Reina? No fué ella la que murió. Vive, vive en París, en mi casa. No lo digáis, nos perderíamos... Por no hablar estoy yo aquí... ¿Qué me importa? Sé que es por poco tiempo... Mañana, mañana... *(Se retira.)*

DUQUESA

¿Y este infeliz ha sido condenado?

MARQUÉS

Señal de que la Revolución toca á su fin; empiezan á condenar á los locos.

MARQUESA

¿Conocéis á aquella mujer que pasea siempre sola, sin hablar con nadie?

MARQUÉS

¡Ya lo creo!

DUQUESA

¿Es noble?

MARQUÉS

Pudo llamar su esclavo á un rey de Francia.

DUQUESA

¿Qué decís? Será...

MARQUÉS

La condesa du Barry.

DUQUESA

¿Quién hubiera podido conocerla?

MARQUESA

Yo no la vi nunca. Cuando fuí presentada en la Corte ella estaba ya desterrada.

CABALLERO

¿No se había refugiado en Inglaterra?

MARQUÉS

Eso dijeron; pero sin duda se hallaba en Francia.

MARQUESA

¿Por qué no la llamáis? Sería curioso oirla referir historias de sus tiempos.

MARQUÉS

Voy á complaceros... Condesa...

FAVORITA

Yo no soy Condesa; no me llaméis así. ¿Qué hora es? Ya es de día. ¿Verdad? ¿Será hoy? ¡Unas horas, nada más unas horas! ¡Es horrible! ¡Morir dentro de unas horas y sin remedio! ¡Morir, morir! ¿Por qué volví á Francia? ¿Por qué quieren mi muerte? ¿Qué hice yo? Yo fuí siempre amiga del pueblo, partidaria de la Revolución. ¿Por qué quieren matarme? ¿No contribuí cuanto pude al descrédito de la Monarquía?

MARQUÉS

Los pueblos son injustos. La Historia os hará justicia.

FAVORITA

¡Dejadme, dejadme!... ¿Lo veis? Ya amanece. ¡El último amanecer! ¿Será el último? ¿No sabéis nada? ¿No podéis decirme los nombres de los que han de ser hoy ejecutados? ¿No lo sabéis? Seré yo, seré yo; la muerte, la muerte, la muerte... *(Se retira dando gritos de espanto.)*

DUQUESA

¿Qué os dijo?

MARQUÉS

El terror la trastorna. Sólo piensa en que ha de morir. Bien muestra su baja extracción; no sabe afrontar la muerte con dignidad.

DUQUESA

Injustos son en condenarla. Más hizo ella por la Revolución que muchos jacobinos.

LOCO

(Acercándose á la Favorita.) No tembléis, señora. Mañana estaremos libres...

FAVORITA

¡Mañana! ¡Mañana! ¡No; hoy, hoy! ¡Ahora! ¡Mañana! ¿No veis que amanece? Mañana ya es hoy y hoy es la muerte... ¡La muerte, la muerte!...

CABALLERO

Amanece. Relevan la guardia.

MARQUÉS

No tardará en leerse la lista del día.

CABALLERO

¿Será hoy nuestro día?

DUQUESA

¡Hágase la voluntad de Dios!

MARQUÉS

La soberana voluntad del pueblo, Duquesa; acomodémonos á los tiempos.

MARQUESA

Y aquellas pobres gentes que parecen de baja condición, ¿cuál será su delito?

MARQUÉS

¿Delito, decís? Pronto voy á saberlo... Señorita...

FLORISTA

¡Caballero!...

MARQUÉS

¿Por qué habéis sido condenada? ¿Sois noble?

FLORISTA

¡Oh! ¡No, señor! ¿Noble yo? Soy una pobre florista; me acusaron de ofrecer un ramo de claveles blancos á una aristócrata...

MARQUÉS

Ya es bastante. ¿Y vos, señor, que parecéis tan abatido?

COMEDIANTE

No por mí, os lo aseguro. He afrontado la muerte muchas veces con estoicismo.

MARQUÉS

¿Sois militar?

COMEDIANTE

Soy comediante, señor. Intérprete de las tragedias de Corneille, de Racine, de Rotrou, de Voltaire; mi espíritu está templado en el espíritu de sus héroes...

MARQUÉS

Y aparte vuestra interpretación de esos héroes, ¿por qué han podido condenaros?

COMEDIANTE

¡Ah, señor! Cuando se ha expresado los sentimientos de los grandes poetas, no es posible someterse á la tiranía de los grandes ni de los plebeyos... Me permití censurar en sitio público los errores de la Revolución.

MARQUÉS

¡Alma romana! Que Corneille, Racine y los trágicos sean responsables de tu muerte. ¿Quién sabe si algún poeta venidero no hará de ti el héroe de una tragedia?...

COMEDIANTE

¿Quién sabe? Mi nombre no es tan desconocido...

MARQUÉS

Aunque mucho me temo que la Revolución, por más trágica que pretendan hacerla sus partidarios, habrá de contentarse con un Molière para ver en el Teatro sus hazañas.

COMEDIANTE

¿Creéis que es cosa de risa tanta sangre inocente? No lo diríais si tuvierais hijos como yo, hijos pequeños que morirán de hambre... Porque pienso en ellos soy cobarde al morir... ¡Ah, si no...!

MARQUÉS

Vuestro espíritu heroico sabrá sobreponerse á todo.

COMEDIANTE

¡Ah, no! Mis hijos... mis hijos...

MARQUÉS

No os preocupéis por ellos. Cuando Luis XVII reine en Francia, vuestros hijos serán considerados como hijos de un mártir, y los colmarán de honores y riquezas...

COMEDIANTE

¡Luis XVII! No lo esperéis, señor; la Monarquía ha muerto en Francia para siempre. La Revolución ha sido el fin de un mundo.

MARQUÉS

No lo creáis. Todo lo más un final de acto. Cuando todos los que ahora son amos de Francia se hayan destrozado unos á otros, quedará un amo solo.

COMEDIANTE

Esto ha sido el diluvio que Luis XIV pronosticó.

MARQUÉS

Por eso no desconfío de que vuelva Francia á disfrutar los beneficios de la Monarquía: príncipes, favoritos, eclesiásticos, ministros, consejeros; ya sabéis que del diluvio se salvó un par de animales de cada especie.

COMEDIANTE

¡La señal!

FAVORITA

¡La hora, la hora! ¡La última hora! ¡Salvadme, no quiero morir, no quiero, no quiero!

DUQUESA

Encomendémonos á la misericordia de Dios, Marquesa.

COMEDIANTE

¡Mis hijos, mis hijos!

FLORISTA

Yo estoy sola en el mundo. Sólo tenía un novio que temió verse acusado también por mi causa, y no volví á verle...

MARQUÉS

Dejáis el mundo en la mejor ocasión, al primer desengaño. ¡Señores! ¿Qué es eso? ¿Estáis pálida? Vuestros labios tiemblan y hay lágrimas en vuestros ojos. ¿Qué es esto? ¿Vamos á olvidarnos de nuestro nombre y de nuestra raza? La nobleza francesa no puede morir así... La mano, Duquesa. Caballero, la vuestra á la Marquesa...

DUQUESA

¿Qué pretendéis?...

MARQUÉS

Morir como vivimos, alegremente. ¿No decían que bailábamos sobre un volcán? Danzaremos ante la muerte... Bailemos un minué, el último... ¿Hay alguien tan amable que nos haga el favor de tararear un minué de corte?...

LOCO

Esperad... Bien pensado. Así disimulamos... ¿No oisteis un cañonazo? Son las tropas aliadas... Sí, sí, yo acompañaré. Esperad, tengo un peinecillo, y con un papel así... es un lindo instrumento... ¿Un minué de corte, decís? *(Bailan.)*

MARQUÉS

Así, bien va...; la mano... ¿Qué es toda la vida sino una continua lucha por robar unos instantes de alegría y de olvido al dolor y á la muerte? Duquesa, ¿iréis mañana á la cacería real?

DUQUESA

Hay que seguiros el humor... Iré.

MARQUÉS

Marquesa... ¿Será ésta la última fiesta del invierno? Yo pienso marchar pronto á mi castillo.

MARQUESA

Sí; para no volver...

DUQUESA

Ninguno volveremos.

MARQUESA

¡Qué tristes son estas últimas fiestas del año!

DUQUESA

¡Qué tristes!

COMEDIANTE

¡La señal!

SARGENTO DE GUARDIA

¡Alto ahí, eh, los que bailan! Es la hora... Acercaos; va á leerse la lista de los que han de ser hoy ejecutados... Llegad. Silencio todos.

FAVORITA

¡Dejadme!... ¡Dejadme!

SARGENTO

Vamos, escuchad, silencio... *(Todos se acercan á una puerta y figuran escuchar los nombres.)*

CABALLERO

¡Mi nombre! ¡Amigos míos!

MARQUÉS

(Abrazándole.) Hasta la vista...

DUQUESA

¡Caballero, valor! *(Sale el Caballero.)*

COMEDIANTE

¡Mi nombre!

FLORISTA

También yo... Es preferible... ¿Le veré todavía? ¿Tendrá valor para verme morir? *(Salen la Florista y el Comediante.)*

SARGENTO

Se acabó...

FAVORITA

¡Un día más! ¡Otro día! ¡Un día entero!

MARQUÉS

Hoy fueron pocos. Acabó la lista.

DUQUESA

¡El pobre Caballero!

MARQUÉS

Ha sido una falta de tacto separarle de nosotros.

DUQUESA

Ya rugen las fieras.

MARQUESA

Allá va su ración.

DUQUESA

Recemos por los que mueren.

MARQUÉS

Una oración corta, Duquesa. Ved que no terminamos nuestro minué.

DUQUESA

¡Pensáis todavía...!

MARQUÉS

¿Por qué no? ¿Porque falten unos cuantos invitados? ¡La música! Señor... *(Invitando á un joven prisionero.)* ¿Seréis tan amable que sirváis de pareja á la Marquesa? El Caballero ha dejado la fiesta.

MARQUESA

¡Oh! Esos gritos.

MARQUÉS

La gente que espera la salida de las carrozas al terminar el baile. La mano, Duquesa; hay que bailar mientras dure la fiesta, hasta que los músicos se cansen y las luces se apaguen... *(Siguen bailando.)*

TELÓN

TODOS SOMOS UNOS

SAINETE LÍRICO EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro Eslava, de Madrid, el día 21 de septiembre de 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LEONOR	SRA. MANSO.
LA BRASILEÑA	SRTA. MARTÍNEZ.
LA TANGUERA	» ANDRÉS.
LA CHIRRIS	» QUIJANO.
VICENTA	SRA. TRAIN.
CAROLA	SRTA. SANTA CRUZ.
EL MORO	SR. MIRÓ.
EL PERRERO	» VERA.
MARQUÉS	» ALLEN-PERKINS.
ISIDORO	» GAMERO.
ROMUALDO	» RODRÍGUEZ.
JUANITO	» VELÁZQUEZ.
MIGUEL	» DEL VALLE.
PACO VÉLEZ	» MARINER.
ENRIQUE	» GIL DE ARANA.
DON LEONARDO	» TOVARES.
PEPE	» CONTRERAS.
UN MOZO	» MORALEDA.

ACTO ÚNICO

La escena representa un restaurant en la Bombilla. Plazoleta de árboles con cenadores á derecha é izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

El MORO y el PERRERO toman cerveza sentados; á su lado un piano de manubrio. Un MOZO va y viene sirviendo á los cenadores.

MOZO

(Saliendo.) Que si no tenéis la machicha.

PERRERO

Pa sabido. En este cilindro no la traemos. Ya está eso mu pasao.

MOZO

Pues que toquéis algo.

PERRERO

En cuanto tomemos esto.

MORO

¡Á ver! Pues llevamos hoy mala *tupitaina.*

PERRERO

¡Lo que yo he sudao!... Y eso que bien temprano me bajé al río y me he chapuzao bien, pero con jabón y todo; una pastilla que me ha costado dos reales, pero que te deja el primer olor. Toavía pué que se note.

MORO

Sí que huele bien. ¡No hay como el aseo!

PERRERO

Que lo digas.

MORO

Yo antes también me bañaba tóos los veranos, pero desde que tuve la pulmonía, no puedo hacer excesos. *(Dentro llaman al Mozo.)*

MOZO

Va... va... ¡Que toquéis algo!

MORO

En seguida. *(Mutis del Mozo.)*

PERRERO

Mira que tiene suerte esa Leonor.

MORO

Es que lo vale.

PERRERO

Los que la hemos visto como tú y como yo...

MORO

¿Y eso qué tié que ver?...

PERRERO

No, si yo siempre se lo tenía pronosticao; cuántas veces se lo tengo dicho cuando estábamos en confianza: Micaela... entonces no la llamaban Leonor.

MORO

¿Qué vas á decirme?

PERRERO

Tú tiés mérito y debes de mirarte mucho y no amontonarte con el primer sinvergüenza...

MORO

¿Qué vas á decirme? Si fuí yo el primero que tuvo algo verdad con ella.

PERRERO

No vengas presumiendo, porque tóos sabemos que el primero fué don Baltasar el de la casa de préstamos.

MORO

¡Por el parné; vaya una gracia!... Pero con ilusión... Que te lo diga ella.

PERRERO

Pues don Baltasar estuvo si se casaba ó no se casaba... Si no promedian sus sobrinos, por la cuenta que les traía...

MORO

¿Qué vas á decirme? Vinieron á ofrecerme diez duros y una colocación si yo le decía al tío más de cuatro cosas que habían pasao con la Leonor.

PERRERO

¡Qué gente más baja!

MORO

¡Miá que diez duros!

PERRERO

¡Y una colocación! Si á mano viene pa trabajar...

MORO

Seguro. Conmigo dieron... No podrá decir la Leonor que yo la he perjudicao lo más mínimo; así es que hoy mismo, ande la ves, pués estar seguro que favor que yo la pidiera, favor que me hacía.

PERRERO

¿Y cómo habrá venido hoy aquí? ¿La habrá dejao ya el Marqués?

MORO

¡Qué tié que haber dejao! Es que está fuera.

PERRERO

¿Y esos que han venido con ella? ¿Los conoces?

MORO

Á uno le llaman don Paco. Debe ser de la curia, porque anda mucho por los Juzgaos y por las Salesas; yo le veo por allá casi tóos los dias.

PERRERO

Ahora me da una idea que también yo le tengo

visto... De cuando la Chirris me metió en el lío de sus alhajas. Ya sabes...

MORO

¿Ande andará ésa?

PERRERO

Aquí viene mucho con la Tanguera, que ahora está con don Leandro, el que fué *ispector* del Centro.

MORO

No conozco otra cosa. ¿Has acabao ya?

PERRERO

Cuando quieras.

MORO

Pues vamos á darle... *(Toca el piano.)*

ESCENA II

DICHOS, VICENTA, CAROLA, ISIDORO, JUANITO y MIGUEL

VICENTA

Pero que está muy bien esto. No creí yo que era una cosa así.

ISIDORO

¿Qué te pensabas? ¿Dónde andará Romualdo? Voy á ver. *(Mutis.)*

VICENTA

Yo voy á sentarme, que tengo un temblor de piernas con el susto... Yo me creí que habíais atropellao al chiquillo.

JUANITO

Si no se pué andar en el coche por Madrid; es una vergüenza; echan los chicos en medio de la calle como si fuan perros, y avisa uno y lo primerito que dicen sus padres: «No sus quitéis, que se pare él»; y les tropieza uno na más que con la fusta, y pa qué quié uno más día de fiesta.

VICENTA

Por eso á mí no me gusta ir en coche á ninguna parte... ¡teniendo la comodidad del tranvía!

MIGUEL

(Á Carola.) ¿Pero vas á estar así toa la noche? Pa llamar la atención...

CAROLA

Es que eso que has hecho... cuando veníamos, ha estao muy feo.

MIGUEL

¡Creerás que ha sido intencionao! ¡Te lo diría! Si es que yo creí que volcábamos. Ya ves que tu madre también se agarró á mí... Y no vas á creer también que fué intencionao.

ISIDORO

(Saliendo.) Ya he dicho de que avisen á Ro-

mualdo que hemos venido. Está en la cocina ocupao... Su mujer y las chicas no están aquí.

VICENTA

Habrán ído al teatro ó á dar una vuelta por Madrid.

ISIDORO

¡Quia! Si es que están de baños en Alicante.

VICENTA

¡Anda, anda, la Nati qué vida se pega!... ¡Eso es suerte de mujer!

ISIDORO

¡Puede que la tengas envidia! ¡Mira que es condición que siempre tiene que parecerte mejor lo de los demás!... ¡Como si tú no hubieras estao nunca de baños!

VICENTA

Pero yo iba porque ibas tú con los señores y yo iba contigo. Pero ella ha ido á disfrutar.

ISIDORO

Sí, que no has disfrutao tú en ese San Sebastián, y hasta fuiste á Bayona y á la Virgen de Lourdes, ¿y no gastastes lo que te dió la gana? Te digo, Juanito, que sabes lo que haces con no casarte. ¡Qué mujeres! Ya pués hacer, nunca las ves contentas...

JUANITO

Pues si tú te quejas de la Vicenta...

VICENTA

Tú verás. Di que cómo se verían más de cuatro si no fuera por sus mujeres. Y aquí está éste, y que diga cómo le lucía el pelo antes de casarse. Suerte que aquí me conoce de casi toda la vida...

JUANITO

Puede usted decirlo.

MIGUEL

(Á Carola.) ¿Vamos á bailar?

CAROLA

¡Quita de ahí! Aquí los dos solos como dos tontos. ¡Ganas de hacer el paso! *(Vanse y Vicenta detrás.)*

PERRERO

Buenas noches, señor Isidoro y la compañía.

ISIDORO

Hola, hombre. ¿Estás aquí con el instrumento?

PERRERO

¡Á ver! ¿Y qué? ¿Se ha venido á tomar el fresco?

ISIDORO

Aquí con la familia y estos amigos á ver esto que es ahora de un conocido.

PERRERO

Del señor Romualdo. ¿Le conoce usted?

ISIDORO

Estaba en la cocina del duque de Villaquejido cuando yo servía en la casa. Es un buen amigo. Desde que tomó esto, siempre nos estaba conque viniéramos á verlo; conque esta noche ha sido.

PERRERO

¡Á ver! Y que está la primer noche. Oiga usted: ¿no sabe usted quién está ahí con unos señores?

ISIDORO

Tú dirás.

PERRERO

La Leonor. ¿Es que no está ya con el Marqués?

ISIDORO

Yo estoy en qué sí, aunque no deja de chocarme que no se la haya llevao este verano; porque aunque nosotros estábamos en San Sebastián, siempre la tenía por allí cerca, y él iba y venía. Pero pa mí que sigue con ella; por lo menos no hará quince días que escribió encargándome de buscarle un caballo pa limonera.

PERRERO

Entonces...

ISIDORO

¿Y dices que está ahí?

PERRERO

Ahí la tiene usted, con una de brillantes encima...

ISIDORO

Pues mira que si el Marqués lo supiera...

PERRERO

¡Á ver! No le daría gusto.

ISIDORO

¡Qué mujeres! *(Salen Miguel, Vicenta y Carola.)*

PERRERO

Le sale todo por una friolera.

ISIDORO

Bueno, me alegro de verte. Voy aquí con la familia.

PERRERO

Tanto gusto.

MORO

Oye, tú; ¿quién es?

PERRERO

El cochero del marqués de los Morales.

MORO

Anda, ¿del que está con la Leonor?

PERRERO

Ese mismo.

MORO

¿Y esas que están con él?

PERRERO

Su mujer y su hija; no vayas á creer otra cosa. Y el otro, Juanito, el que está ahora de segundo con él; y el otro, el novio de la hija, Miguel, que está de escribiente en los Juzgaos... Isidoro es la gran persona; me tié dao á ganar mucho dinero cuando yo andaba con los perros.

VICENTA

¿De qué conoces al pianista?

ISIDORO

De que antes vendía perros y le tengo compraos muchos *fosterriers* pa las cocheras. Es un buen chico, de estos golfos de Madrid que hacen á todo. ¿No sabes lo que me ha dicho?

VICENTA

¿Qué?

ISIDORO

Que está ahí la Leonor.

VICENTA

¿La del amo?

ISIDORO

De juerga por lo visto con unos...

VICENTA

Pa eso se gastan los miles con ella.

JUANITO

Pero si es sabido; si la temporá que yo estuve en el punto la tengo lleváa mil veces á cuarenta sitios peor que éste, porque aquí siquiera está al aire libre.

ISIDORO

¿No es pa matarla? Vamos, que si el señor Marqués se entera...

VICENTA

¡Á él sí que había que matarlo! Con la mujer que tiene, y los niños tan ricos. Si á los hombres les está muy bien más de cuatro cosas que les pasan. Si lo tengo visto: cuando la mujer es como Dios manda... el marido ¡anda con Dios!, como aquí y en casa del Duque, tenía usted lo contrario; él, un alma bendita, y ella... lo que tóos sabemos.

JUANITO

También, también la tengo lleváa á muchos sitios.

VICENTA

Lo malo es que volvías á traerla. Es que no se ha de ver una casa conforme; cuando no es la mujer, es el marido; siempre tié que haber uno pa trastornar... Siquiera cuando son los dos como los de casa Morillo... ¡anda con Dios, y todos contentos!... Y que las hijas también van saliendo; la que se casó el año pasao, creo que hace poco ha dao el primer escándalo.

JUANITO

Ya tié daos muchos.

VICENTA

Ya lo sé; digo el primero porque éste ha sido el más gordo. *(Entra el Mozo.)*

MOZO

El amo que viene en seguida; que no les dice á ustedes que pasen, porque en la cocina hace mucho calor.

ISIDORO

Dígale usted que aquí le esperamos.

MOZO

Dice que si están ustedes buenos.

ISIDORO

Dígale usted que sí. ¿Y cómo va esto?

MOZO

Pues va marchando. Ahora que estaba muy desacreditao, porque el dueño de antes, como estaba tan metido en política, lo tenía muy desatendido... Con su permiso, voy á servir aquí.

ISIDORO

¿Á esa... señora?

MOZO

Demasiado que la conocerá usted.

ISIDORO

Algo... ¿Y los caballeros?

MOZO

También que los conocerá usted. Uno es don Francisco Téllez.

ISIDORO

Muy amigo del señor Marqués...

MOZO

Como que es el que presta dinero á toda la gente gorda; es decir, el dinero es de una señora viuda de un general. Don Paco es el agente.

ISIDORO

Y lo otro.

MOZO

Sobrentendido.

UNO

(Llamando dentro.) ¡Camarero! ¡Mozo!

MOZO

¡Va, va! Con su permiso.

ISIDORO

Oye, Miguel. *(Miguel está hablando con Carola y no lo oye.)* ¡Miguel!

MIGUEL

¿Qué manda usted?

ISIDORO

¿Pero no lo tenéis tó hablao?

VICENTA

Es lo que yo les digo. Es que me tenéis asqueá de veras...

MIGUEL

Porque ustedes no se acuerdan de ustedes.

VICENTA

¿Yo? ¿Con su padre de ésta? ¡Jesús! Estábamos en la misma casa y se nos pasaban los días sin mediar palabra...

MIGUEL

Por eso se casaron ustedes antes de lo que pensaban.

VICENTA

¡Oye tú, desvengonzao! ¡Pué que creas que fué por tapar algo! Fué porque la señora Duquesa dijo que no quería noviajos en la casa; que nos casábamos, ó á la calle... ¡Tú verás!... Y á mí no vuelvas á interpelarme en esa forma, porque si mi marido no te llama la atención, como era su derecho, me basto yo para saltarte las muelas de un revés. ¡Pues hombre, hasta ahí podíamos propasarnos!

CAROLA

Pero madre...

VICENTA

¡No hay madre ni padre! Pué que vayas á consentirlo que me falte, antes de ser tu marido...

MIGUEL

Señora Vicenta, que mi intención no ha sido de faltarle á usted, ni de propasarme en lo más mínimo, que yo tengo sobrada educación para eso y usted ha sido la que ha intrepetao mal...

VICENTA

¡Pues pa que yo no tenga que interpretar nada, te miras mucho antes de decirme nada!... Y se acabó, que no tengo gana de sofocarme con la calor que hace.

MIGUEL

¿Pero, ves tu madre?

CAROLA

Y si ya sabes cómo es, ¿pa qué la dices na?

MIGUEL

¿Pero le he dicho yo nada pa que se ponga así?... Y aquí está tu padre... Vamos á ver, señor Isidoro, ¿cuánto tiempo hace que se casaron ustedes?

ISIDORO

Diez y nueve años y cinco meses.

MIGUEL

¿Y qué edá tié la Carola?

ISIDORO

Diez y nueve años.

MIGUEL

Entonces, ¿por qué se pone tonta su señora de usted? Si se casaron ustedes, ¿no está ya todo legalizao?

ISIDORO

Pero si ella tiene en eso su amor propio, ¿qué vas á hacerle?... Y deja ya ese asunto, que tú te crees que estás siempre en la escribanía, que de cada palabra movéis un pleito. Iba á preguntarte si conoces á un señor Téllez que está ahí con la Leonor...

MIGUEL

¿Don Paco Téllez?

ISIDORO

El mismo, don Paco.

MIGUEL

¡No le tengo de conocer!

ISIDORO

¿Tié asuntos en el Juzgao?

MIGUEL

¡Todos los días!... ¿Usted no le conoce?

ISIDORO

Como á ti. Algunas veces le he llevao con el señor Marqués. Es muy amigo.

MIGUEL

Bien dicen que el más amigo la pega... Pues este don Paco fué el que le arregló á la Leonor otro lío muy gordo, que pudo costarla ir de causa, porque el Marqués también se había interesao antes por este don Paco... que le tendrá dao dinero más de cuatro veces, si á mano viene pa dárselo á la Leonor.

ISIDORO

Seguro. ¡Porque cuidao que le come esta mujer! Con lo que ella le saca en un mes, hacía yo mi felicidad.

MIGUEL

Y cualquiera.

ISIDORO

Hoy día tié ella mejores trenes que nosotros, sin contar el automóvil. ¿Y la casa? ¡Yo no he visto otra, y he visto las mejores casas de Madrid, y en Madrid me parece que hay casas, pero como ésta, pocas! ¡Hasta el baño de cristal que tié, muchacho! ¿Y la alcoba? Á lo Luis XIV.

MIGUEL

¿Catorce na más?

ISIDORO

Voy á llevarte un día por gusto pa que la veas. Yo conozco mucho á Gastón, un chico francés que es el que ella tié de su confianza.

MIGUEL

¡Vamos, sí!...

ISIDORO

Nada de eso, si es como una doncella; la viste y todo.

MIGUEL

¡Vamos ya!

ESCENA III

DICHOS y ROMUALDO

ISIDORO

¡Romualdo!

ROMUALDO

¡Isidoro! ¡Qué me alegro de verte!

ISIDORO

¡Y yo, no sabes!

ROMUALDO

Y la Vicenta, tan buena...

VICENTA

Regular, vamos. Ya nos han dicho que tié usted á la familia de baños. ¡Vaya con la Nati, qué pícara!

ROMUALDO

Pues por los chicos, que sentían el calor y parece que se desmejoraban, y aquí lo hubieran pasao, pero como estamos de obra en la parte

que hemos de vivir, pues es un ahogo; así es que fuí y les dije : andar y veros á Alicante y bañarse bien y refrescarse y no venirse hasta que sos diga.

VICENTA

Estará usted sin sombra.

ROMUALDO

Así es, pero qué va usted á hacerle. Por los hijos se impone uno toda clase de sacrificios. ¿Y la Carola, tan guapa?

VICENTA

Saluda, mujer.

CAROLA

Muy buenas noches. ¿Cómo está usted?

ROMUALDO

¿Bien, y tú?

CAROLA

Para servir á usted. ¿La familia de usted tan buena?

ROMUALDO

Buena, gracias. *(Señalando á Miguel.)* Aquí no hay que preguntar.

MIGUEL

Servidor de usted.

ROMUALDO

Que sea para bien.

VICENTA

¡Ay!, deje usted que sea, que ahora principia...

MIGUEL

¿Pero ves tu madre, que no sabe hablar sin zaherir?

CAROLA

¡Déjala y que diga!

ROMUALDO

¿Y por qué no ha de ser, señá Vicenta? Vosotros quererse y ustedes dejarlos quererse... y tóo llegará á hacerse.

ISIDORO

(Presentando á Juanito.) Aquí es Juanito que está ahora conmigo de segundo.

JUANITO

Servidor.

ROMUALDO

Por muchos años, y tantísimo gusto...

JUANITO

Lo mismo digo.

ROMUALDO

Basta ser que esté usted con Isidoro pa que le mire á usted como á él, y él ya sabe que todo lo que hay en mi casa, por suyo... Pero, ¿cómo no habéis venido antes?

ISIDORO

Pues tóos los días queriendo venir, que te diga ésta; pero que no s'arreglao hasta hoy por no tener coche; porque el mail es mucho coche, y en un landó no íbamos á venir, y el faetón ha estao en el taller y hasta hoy no lo hemos tenido disponible.

ROMUALDO

¿Y cómo es que este año no has salido fuera?

ISIDORO

Este año no se han llevado más que los otós.

ROMUALDO

¿Y qué es eso?

ISIDORO

Los automóviles: en Francia los llaman así.

ROMUALDO

Ahora, con eso del automóvil, pa vosotros menos trabajo.

ISIDORO

¡Á ver!

ROMUALDO

Si no acaban con nosotros.

VICENTA

Es lo que yo digo; que habrá que ir aprendiendo á sofer, por si es caso.

ISIDORO

Hay que desengañarse; donde esté un buen tren con su buen tronco de caballos, y unas buenas manos pa presentarlo, que se quiten los automóviles.

ROMUALDO

Así es.

ISIDORO

Di que es una moda como todo, que en cuanto la tenga todo el mundo les cansará á los señores y tendrán que inventar otra cosa.

ROMUALDO

Así es.

ISIDORO

Pero un tren de lujo será siempre un lujo *verdá*... Porque... ¿quiés tú decirme cómo van á presentarme un automóvil á la gran *Domón* y á ver dónde hay nada igual á una gran *Domón* pa presentarse en público una señora de la grandeza un día que quiera presentarse?

ROMUALDO

Así es. ¿Pero qué van ustedes á tomar? Porque aquí no ha venido nadie pa esto.

ISIDORO

El gusto de verte.

VICENTA

No es despreciarle á usted, pero es que no tenemos gana de nada. Digo, yo hablo por mí... Éstos, ustedes dirán.

ISIDORO

Si precisamente esta noche hemos cenao una barbaridá.

ROMUALDO

Pues de aquí á un rato. Ahora vengan ustedes á ver todo esto.

VICENTA

El jardín está muy precioso.

ROMUALDO

Á fuerza de lo que se ha trabajao. Estaba tóo muy abandonao; así es que no queráis saber lo que aquí se me ha ido.

VICENTA

Si que se le habrán ido á usted muy buenos cuartos. Pero ya se *dimnizará* usted de todo.

ROMUALDO

Es de temer.

ESCENA IV

DICHOS, LEONOR, PACO y ENRIQUE

LEONOR

Que nos sirvan aquí el café, que estaremos más frescos.

PACO

Mujer, que hay mucha gente.

LEONOR

¿Van á comernos?

PACO

Hubiéramos estado mejor en un reservado.

LEONOR

¡Pa reservaos está el tiempo! ¡Con el calor que hace!

PACO

Es que á mí no me gusta exhibirme y á ti debía gustarte menos.

LEONOR

¿Á mí? Ya pueden ir telegrafiando. Ya podría suponer que no iba yo á haberme quedao en Madrid pa irme á llorar por las noches á los solares del Buen Retiro. ¡Como esto está tan divertido en verano!

ROMUALDO

(Fijándose en Leonor, á Isidoro.) No, no sabía que estaba aquí.

ISIDORO

No es mala parroquiana.

LEONOR

(Reparando en el grupo.) Buenas noches, Isidoro. ¿No querías saludarme?...

ISIDORO

Por mí... ya ve usted... ¿Cómo está la señorita?

LEONOR

Ya la ves: aburrida de estar en Madrid con este calor y con estos amigos.

ISIDORO

Buenas noches, don Francisco, ¿cómo está usted?

PACO

Bueno, gracias. *(Bajo á Leonor.)* ¿Lo ves?

ENRIQUE

¡Y creíamos que aquí no nos vería nadie!

PACO

¡Los caprichos de ésta! ¡Ya se lo dije yo!

ISIDORO

Pues salimos á pasear los caballos, y de paso hemos venido á ver á este amigo.

LEONOR

¿Á Romualdo? También es amigo mío... Y ya ve que no le olvido.

ROMUALDO

Y se agradece... Ya sabe usted que en mi casa...

LEONOR

Ahora se puede venir á comer aquí.

ISIDORO

¡Ya lo creo! Donde esté Romualdo...

ROMUALDO

¿Han comido ustedes bien?

LEONOR

Yo en verano estoy siempre desganá; no me apetece más que gazpachos y horchata... Pero me arma una revolución que tengo que privarme. ¿Es tu familia?

ISIDORO

Sí, señorita; mi mujer.

VICENTA

Servidora.

ISIDORO

La chica...

LEONOR

Muy guapa.

CAROLA

Muchísimas gracias; es favor.

LEONOR

(Por Miguel.) ¿Hijo tuyo también?

ISIDORO

Tras de eso anda.

LEONOR

Vamos, será muy formal.

ISIDORO

Así parece. Pues nosotros vamos á ver esto. Que usted siga buena.

LEONOR

Gracias.

ISIDORO

Y descuide usted, que por mí, como si no nos hubiéramos visto.

LEONOR

¡Ay, no! Si no me importa. Ya ves lo que me tapo, lo que á mí me ha gustao taparme nunca.

VICENTA

Muy buenas noches... ¡Qué mujerota! ¿Os habéis fijao qué de brillantes? Tié que haber un castigo muy grande en el otro mundo; de otro modo, ¿quié usted decirme qué le serviría á una ser decente?

ROMUALDO

¡Hay que ver cómo acaban!

MIGUEL

Díganmelo ustedes á mí. ¿Habré yo visto cosas? Á esta misma la tenemos ejecutá lo menos ocho veces.

ISIDORO

Y lo que te rondaré.

MIGUEL

La última vez se lo embargamos todo, menos la cama...

ROMUALDO

Á ver, eso no pué embargarse, ni los útiles del oficio de uno.

MIGUEL

Aquí todo era uno...

CAROLA

¡Y yo que no la encuentro tan guapa! ¿Y tú?

MIGUEL

(Cogiéndole una mano.) Pa mí no hay más mujer que tú en el mundo, ¡negra de mi vida!

CAROLA

Suelta, que me has torcido un dedo.

MIGUEL

Ha sido sin querer.

CAROLA

Y además nos están mirando, y además no está bien. ¡Nunca reparas!... *(Mutis de Isidoro, Romualdo. Vicenta, Carola, Miguel y Juanito.)*

LEONOR

¡Hola, Manolo!

MOZO

Adiós.

LEONOR

¿Cómo te va, Emiliano?

PERRERO

No tan bien como á ti.

PACO

¿Pero también conoces á los del organillo? Estás muy bien relacionada.

LEONOR

Regular... Si no os conociera á vosotros... Anda, vamos á bailar...

PACO

¡Mujer!...

LEONOR

¡Ay, que se me va á caer la banda de María Luisa! Ven tú, Enriquillo, que eres más corriente, que éste se da más importancia que un simón con gomas.

PACO

¿Quieres no ser golfa?

LEONOR

Ya estáis dándole música, música.

ENRIQUE

(Á Paco.) ¿Pero qué vas á hacerle? Si la conoces...

PACO

Pues da tú el espectáculo. Yo me voy á tomar el café ahí dentro. *(Entra al cenador.)*

Música.

LEONOR

Anda, dale al manubrio,
dale, chiquillo,
que va á bailar con gracia
mi cuerpecito.

MORO

Ahí va la mejor pieza
del repertorio,
pa que bailes á gusto
con ese pollo.

ENRIQUE

Vas á comprometerme
con ese amigo,
que no quiere que bailes
en estos sitios.

PERRERO

Con todos sus brillantes
y su elegancia,
á ésta le tira siempre
la golferancia.

(Recitado.)

LEONOR

Anímate, hombre.

ENRIQUE

Pero mujer, si es que...

LEONOR

¡Agarra! *(Bailan.)*

(Cantado.)

Pa bailar á lo chulo
te falta escuela,
que no es toda la gracia
meter la pierna.

(Recitado.)

ENRIQUE

Pero si yo no he bailado jamás estas cosas.

LEONOR

Pues suelta, y verás lo que es gracia fina.

ENRIQUE

Mujer, ¿qué vas á hacer?

LEONOR

(Al Moro.) Ven acá, tú no tengas lacha.

MORO

Se va á enfadar el señorito, y le voy á tener que diñar.

LEONOR

Bailas conmigo porque me da la gana.

PACO

¡Pero no está bailando con ese golfo! ¡Pero te parece!

ENRIQUE

¡Pero qué vas á hacer, matarla ó dejarla!

(Cantado.)

MORO

¡Ay, cuánto tiempo
que ya no bailamos así!

LEONOR

No dirás nunca
que ha sido la cosa por mí.

MORO

¡Ay, qué frescura que tiés!

LEONOR

¡Tú eres un exagerao!

MORO

¡Cualquiera te quita á ti
lo que tienes bailao!

(Recitado.)

PACO

¡Pero es una vergüenza!

ENRIQUE

¡Pero si tuviéramos vergüenza, no vendríamos con ella ni ella con nosotros!

LEONOR

No sé si son los recuerdos, pero estoy acongojá.

MORO

¡Lo que tú tiés es una curdela, pero que regular!

PERRERO

Oye, tú, si por casualidad te cansas, avisa, que conmigo hay siempre una continuación.

PACO

¡Eso ya es abusar!

PERRERO

Sus van á dar las doce y media bailando.

ESCENA V

DICHOS, la TANGUERA, la CHIRRIS y don LEANDRO

Hablado.

TANGUERA

Hay que desegañarse; pa tomar cualquier cosa en este tiempo no se pué venir á otra parte.

PERRERO

¿No preguntabas por ésa?

MORO

¿Por quién?

PERRERO

Por la Chirris.

LEONOR

¿Ánde está?

MORO

Muy buenas noches, don Leandro.

LEANDRO

Muy buenas noches.

TANGUERA

Hola, Moro. Adiós, Emiliano.

CHIRRIS

Meterse ahí dentro, que está ahí ésa, y como es una cualquier cosa, pué decirnos algo.

LEANDRO

Se librará muy bien estando yo.

CHIRRIS

Es que no me gusta dar escándalo en ninguna parte, como á ella.

MORO

(Á Leonor.) Qué, ¿no os saludáis?

LEONOR

Con la Matilde, sí; pero con la Chirris..., si pué sé que la salude un día de estos...

CHIRRIS

Ya está provocando; meterse dentro he dicho. *(La Tanguera, la Chirris y don Leandro entran en un cenador.)*

PACO

(Saliendo del cenador y á Leonor.) ¿Has vuelto ya en ti?

LEONOR

¿No te habías marchao? Porque ya no hacía cuenta contigo.

PACO

¿Pero te has propuesto divertirte conmigo?

LEONOR

¡Qué ilusión! ¿Pero tú crees que contigo se *pué* divertir nadie?

PACO

¿Pero se puede saber lo que quieres?

LEONOR

¡Ay, qué hombre! ¿Pero no lo sabes? Yo he venido aquí para hablar de negocios; ¡sólo que tú, no sé por qué, te has figurao otra cosa!

PACO

¿Negocios? Ya lo sabes; si firma el Marqués, mañana mismo tienes el dinero.

LEONOR

¿No te he dicho que es cosa mía y que no quiero que él se entere? ¿Es que yo no tengo crédito pa una porquería de tres mil pesetas?

PACO

¿Tú? En cuanto cojas los cuartos te largas á San Sebastián; ¡te conoceré yo!

LEONOR

Pué que creas que es pa eso. Si yo quisiera, ¿no estaría ya en San Sebastián?

PACO

¡No te quieren allí este año!

LEONOR

¡Qué mala sangre tienes y qué mal bicho eres!

PACO

Si no me enfado.

LEONOR

Ya lo sé; tiés muy hecho el cutis. ¿Pero es verdad eso?

PACO

¿Qué?

LEONOR

Eso que me han contao antes.

PACO

¿Lo de tu Marqués y la brasileña?

LEONOR

Eso.

PACO

Todo el mundo lo sabe en San Sebastián y en Biarritz... Que te diga Enrique.

LEONOR

¿Y de dónde ha salido esa mujer?

PACO

Del otro mundo. Es una artista de mérito. Ha viajado mucho por América y se viste y se alhaja

que mete miedo. Y esa pequeñez que le giré ayer á tu amigo, no hay que decir...

LEONOR

(Se levanta.) Pues oye, no me des na... Pero... ¿á que no eres capaz de una cosa?

PACO

¿De qué?

LEONOR

De irnos los dos juntos á San Sebastián.

PACO

¿Lo ves como no piensas en otra cosa?

LEONOR

Lo que pienso es que á ti te han dao el encargo de que no me mueva de aquí y de estarme dando la entretenida, pa decir luego, si á mano viene, que yo he tenido algo contigo y que tengan un motivo pa plantarme.

PACO

Leonorcilla, que vamos á ponernos serios.

LEONOR

Sí, tiés razón; no hablemos más de esto ni de ná. ¡Pero yo te juro que mañana mismo salgo pa San Sebastián, aunque tenga que dejar aquí todo lo que tengo!... ¡Me voy á apurar yo por dinero! *(Al Moro.)* Toca, tú, toca... que yo he venido aquí á divertirme...

PACO

(¡Es una fiera!)

ENRIQUE

(Pero no se ha tragado la partida.)

ESCENA VI

DICHOS y la TANGUERA

TANGUERA

Leonor, mujer...

LEONOR

¡Hola, Matilde! No te extrañe que antes no te haya saludado, pero yendo con ésos ya sabes...

TANGUERA

Ya lo sé, y á eso vengo, pa hablar contigo con permiso de aquí.

PACO

Usted lo tiene. *(Paco y Enrique vuelven á entrar en el cenador.)*

TANGUERA

Vamos á ver. ¿Por qué habéis de estar así dos amigas, que habéis sido que no había otras, hasta el punto de que ya habíais dao que decir?

LEONOR

¿Pero no lo sabes?

TANGUERA

Sé lo que ella me ha dicho; que tú este invierno pasao, en el baile de Bellas Artes, sin mediar más palabra te fuiste á ella como una fiera, la levantaste las faldas, y si no media la concurrencia le das de azotes en público. Cualesquiera que fuesen tus resentimientos, no me dirás que eso estuvo ni medio regular; todo un salón de todo un teatro en todo un baile como ése, no es ninguna plazuela del Rastro, y eso de ir á azotar está muy feo; todo hay que mirarlo.

LEONOR

Lo que hay que mirar es lo que ella había hecho antes conmigo, con una amiga como yo, que tú sabes lo que tengo hecho por ella; ¡que cuántas veces no lo he tenido pa mí y he salido á buscarlo pa ella, y si á mano viene, á sitios donde no debía haberme rebajao en ir!

TANGUERA

Eso es verdad.

LEONOR

Y el pago fué ir diciendo que yo me había lucrao con sus alhajas, cuando las iba á perder y yo le compré todas las papeletas en más del doble, y tóo el mundo sabe que yo no me quedé más que con una lanzadera que tenía capricho, y es esta que ves, que no me dejará mentir; así y todo, todavía le entregué quince duros, los mismos que ella se gastó aquella misma noche en cenar con el Trueno y con la Mari, que fué quien

me contó todo lo que había ido diciendo y cómo me había puesto, que tú dirás si es *ación* de persona, después de lo que yo había hecho y que á ella le *costaba* que fué así como te lo cuento, que yo no digo una cosa por otra cuando las cosas son verdad... *(Se sienta.)*

TANGUERA

Como tú lo cuentas es pa darte la razón; porque cuando has hecho favores como yo sé que ella los tié recibidos, duele mucho un mal pago. Pero, ¿qué quiés que te diga? Yo, que conozco á ésta y conozco á la Mari, no puedo creer que ésta dijese lo que dice la Mari que dijo; entre otras razones, porque ésta tié más confianza conmigo que con la Mari, y de decir algo me lo hubiera dicho á mí primero; *másime* que si yo fuera como la Mari, yo te diría lo que ella me ha dicho que tú le habías dicho de mí, que si yo hubiera ido á creerla, también pué que hubiéramos tenido un disgusto.

LEONOR

¿Que yo le he dicho de ti? ¿Cuándo? No será pa decirlo en mi cara... ¿Qué tenía yo que decirle de ti?

TANGUERA

Pues ahí verás; yo no lo he creído, y tú tampoco debiste creerte de ligero de lo que ella te dijo que la otra había dicho. Y créete de mí, que soy tu amiga, aunque tú no me hayas querido nunca como yo á ti.

LEONOR

No sé por qué dices eso.

TANGUERA

Por algo será.

LEONOR

Pues dilo y no me vengas con lilailas.

TANGUERA

¿Sabes que contigo no se está pudiendo tratar? ¿Es que te lo has creído?

LEONOR

¿Lo que dicen de ti? ¡Vaya si lo he creído

TANGUERA

¡Leonor!

LEONOR

Me llamo.

TANGUERA

¡Eso quisieras! Micaela y gracias.

LEONOR

¡Á mucha honra!

TANGUERA

Requiéscat in pace.

LEONOR

¿Y la familia?

TANGUERA

Pa tenerla donde tú la tienes, más vale no saber de ella. Y calla ya, que eres una golfa raída que, aunque te vistas de terciopelo, has de enseñar siempre la hilaza.

LEONOR

¡Pues vas á verla toda!

TANGUERA

Tú sí que vas á ver... *(Van á pegarse. El Moro y el Perrero las separan. Al ruido salen Paco, Enrique, don Leandro y la Chirris.)*

MORO

Pero ¿qué os ha dado?

PERRERO

Pero ¿qué va á ser esto?

PACO

¡Qué escándalo! Tú habías de ser.

ENRIQUE

¡Leonor! ¡Leonorcita!...

LEANDRO

Pero ¿qué es esto? ¡Matilde! ¡Leonor!

CHIRRIS

¡Si ya te dije que no hablaras con ella!

LEONOR

Déjame, déjame...; que á ésa la señalo yo bien señalá; por éstas...

TANGUERA

¡Quita de ahí!

LEANDRO

Vamos, adentro, se acabó. *(Á Paco.)* Sujétenla ustedes. ¡Adentro! *(Paco y Enrique intentan llevarse á Leonor, que no deja de gritar.)*

TANGUERA

¡Pero hay que ver! *(Al Moro y al Perrero.)* Vosotros habéis sido testigos, que vengo de tan buena forma á hacerla reflexiones de por qué estaba así contigo y de que no había fundamento pa ello y se me pone de esta *conformidá.*

CHIRRIS

¿Pero no te lo dije? ¡Si ésa ha creído que puede avasallarnos á tóos!

TANGUERA

Pues por la salú de mi madre que en gloria esté, que me la ha de pagar. Ésa se acuerda de mí... ¡Vaya si se acuerda! La de los brillantes y los vestidos de Paquín.

LEONOR

¡Qué!

TANGUERA

Qué...

MORO

Que sa acabao...

PERRERO

Adentro. *(La Tanguera, la Chirris y don Leandro entran en el cenador. Leonor y la Tanguera siguen gritando cada una por su lado.)*

MORO

¡Qué Leonor!

PERRERO

¡Es que ha echao mal genio!

MORO

Es que estará contrariá. Todo no hay que tenerlo.

PERRERO

Mejor es que toquemos pa que no oigan lo que se están diciendo, que estoy viendo que vuelven á liarse. *(Toca el piano.)*

ESCENA VII

DICHOS, VICENTA, CAROLA, ISIDORO, ROMUALDO, JUANITO y MIGUEL. Después la BRASILEÑA, el MARQUÉS y PEPE.

VICENTA

Todo, todo está muy bien. Salú pa disfrutarlo es lo que hace falta.

ROMUALDO

Y que ustedes lo vean.

JUANITO

(Á Isidoro.) ¿Te has fijao en los reservaos? Tóos con su *cheslón*...

ISIDORO

Sí, este Romualdo hará aquí negocio.

ROMUALDO

Ahora van ustedes á tomar algo. Pasaremos á este kiosco.

VICENTA

Pero si no tenemos ganas; la verdad.

ISIDORO

Si es caso, una limoná, porque no digas.

ROMUALDO

¡Qué limonada! Siquiera unas lonchas de jamón y unas aceitunas pa beber de un vino muy fresco... ¡Vamos, los jóvenes!... ¡Pero qué acaramelaos!... Me parece que vais á tener que casarlos muy pronto.

VICENTA

No hable usted de eso, que todavía está por ver.

MIGUEL

¿Pero ves tu madre?

CAROLA

¿Pero no la conoces?

MIGUEL

Es que el mejor día tenemos un disgusto. ¡Es mucho anticipo de suegra! *(Entran en un cenador Aparecen la Brasileña, el Marqués y Pepe.)*

BRASILEÑA

¡Qué noche, espléndida!

PEPE

Sí, tropical.

PERRERO

Tú... no toques más, que esto es pa mirarlo y aquí se ve y no se toca...

MORO

¡La gran tía! Pero oye... ¿te has fijao quién viene con ella?...

PERRERO

Anda, el de la Leonor. Te digo que esta noche está esto mejor que en el teatro.

ISIDORO

Vicenta... mira allí.

VICENTA

El señor Marqués...

JUANITO

¡El amo!

ROMUALDO

¿Pero tú sabías que estaba en Madrid?

ISIDORO

¡Yo qué tenía de saber!... ¿Y qué hago yo ahora? ¡Aquí tiés á un hombre en el primer compromiso! ¿Habrá visto el coche á la puerta?

VICENTA

Preséntate á él. Después de todo, ná malo estás haciendo... Y si ha visto el coche...

ISIDORO

Tiés razón. *(Vicenta, Carola, Romualdo, Juanito y Miguel entran en un cenador.)*

MARQUÉS

¿Pero de veras no quieres cenar?

BRASILEÑA

¡Ay, no! Déjense de cenar. Un poco de Champagne helado; no me apetece nada más.

ISIDORO

(Saludando.) Señor Marqués...

MARQUÉS

¡Isidoro!... ¿Tú por aquí?

ISIDORO

Ya lo ve el señor Marqués... He salido á pasear los caballos con el faetón y me he traído á la familia. No sé si sabrá vuecencia que esto es de Romualdo, el que estaba en la cocina del señor Duque cuando yo servía en la casa.

MARQUÉS

Sí, ya sé. ¿No ocurre novedad?

ISIDORO

Ninguna, señor Marqués.

MARQUÉS

Yo no he avisado de mi llegada porque sólo he venido para un día y estoy en un hotel... He venido por acompañar á estos señores que son extranjeros y están de paso en Madrid.

ISIDORO

¿La señora Marquesa y los niños están buenos?

MARQUÉS

Sí, muy buenos.

ISIDORO

¿Manda algo vuecencia?

MARQUÉS

Nada, nada; mañana temprano vuelvo á marcharme. ¡Que vaya bien! ¿Querías decirme algo?

ISIDORO

No, señor Marqués, nada... Á la orden de vuecencia... *(Saluda y entra en el cenador.)*

MARQUÉS

¡Qué Madrid éste! ¿Has visto, Pepe? No es posible dar un paso sin tropezar con alguien. ¡Y dicen que en verano no queda nadie conocido!

PEPE

Conocido, no; pero que le conozcan á uno, sí.

MARQUÉS

Vamos á sentarnos, pero no aquí.

BRASILEÑA

¿Por qué no? Está muy lindo.

MARQUÉS

Se está al paso de todo el mundo. Estaremos mejor en un cenador.

PEPE

Éstos me parece que están todos ocupados. Voy á ver por allí. *(Mutis de Pepe.)*

BRASILEÑA

¡Qué noche espléndida y qué tiempo lindo! ¿Sabe que me agrada Madrid?

MARQUÉS

Ya se conoce, y no quieres quedarte siquiera dos días.

BRASILEÑA

Si no puedo, mi hijito; si debo estar el miércoles en Lisboa para embarcar. Pero el año próximo vuelvo á Europa, se lo garanto. Ahora tengo mi contrato en Río y de allí paso á la Argentina... Hay que ganar plata, mi niño.

MARQUÉS

Podías contratarte en Madrid. Yo conozco á

muchos empresarios. Tendrías tanto éxito como en América.

BRASILEÑA

¿En Madrid? No, ¡qué esperanza! Aquí hay mucha eminencia y yo me iría al bombo.

MARQUÉS

Es que no quieres nada con los madrileños, y conmigo menos.

BRASILEÑA

No sea sonso, si yo soy madrileña; solamente salí de España muy chiquita y me dicen Brasileña porque debuté en Río á los catorce años.

MARQUÉS

¡Qué precocidad!

BRASILEÑA

Pero mi estadía más larga ha sido en la Argentina. Ya ve que mi acento es español más que nada. Puedo decir que no soy nasión de ninguna parte. Soy de todas como todas las artistas; los artistas somos nada más viajeros... Es por eso que no debemos de querer nunca, por no llorar después ausencias.

MARQUÉS

Hasta ahora no había comprendido que se vuelva uno loco por una mujer.

BRASILEÑA

¡Qué rico tipo! ¡Déjese, no más y no digas *son-*

seras! ¡Que puedo creermeló! Vamos á beber un poco de Champagne á nuestra despedida.

MARQUÉS

No, despedirnos no; hasta Lisboa, hasta el último instante.

BRASILEÑA

¿Pero de veras viene á Lisboa? Que va á molestarse. *(Pepe sale.)*

MARQUÉS

Y no voy más allá porque no sé dónde llegaría...

PEPE

Ya he dicho que nos sirvan en el sitio más fresco. Cerca del río.

BRASILEÑA

¿El Manzanares? ¿Es tan *petiso* como le disen?

PEPE

¿Petiso?

BRASILEÑA

Tan chiquito...

PEPE

¡Ah!... si, muy petiso, pero muy lindo, ¿sabe?

BRASILEÑA

Vos se burla siempre de mí y me tiene muy enojada, ¿sabe?

MARQUÉS

¡Es deliciosa! ¡Chico, esta mujer me vuelve loco! *(Mutis de la Brasileña, el Marqués y Pepe.)*

PERRERO

¡Aquí dió fin la Leonor! Porque al lao de ésta... Esto es el Machaco hembra.

MORO

Eso será una apreciación tuya, porque pa mí, siguen estando la Leonor y el Bomba chico muy por cima, cá uno en su género. ¿Qué tié esta mujer de particular, ni por dónde le llega á la Leonor?

PERRERO

¿Pues no le tié que llegar? Es que pa ti no hay más que esa mujer; como ha sido la única en que has encontrao calor en tu vida...

MORO

¡La única! ¿Y tú? ¡El Tenorio modernista!

PERRERO

Quisieras tú lo que yo desecho pa poner un harem.

MORO

Ya te vi la otra noche con una, y creí que habías vuelto al comercio de perros.

PERRERO

Oye tú, que era mi *cuñáa.*

MORO

Más te vale.

PERRERO

¿Y si levantásemos la sesión?

MORO

Por levantá.

ESCENA VIII

DICHOS y la TANGUERA

TANGUERA

Emiliano, has favor.

PERRERO

Lo que tú quieras.

TANGUERA

¿Está ahí todavía la Leonor?

PERRERO

Allí está.

TANGUERA

¿Has visto que ha venido el suyo con una?

PERRERO

Ya lo he visto.

TANGUERA

¡Esa que le dicen la Brasileña, que ha hecho tanto ruido este año en San Sebastián?

PERRERO

Nunca la había visto.

TANGUERA

No ha estao nunca en Madrid. Es artista de varietés. Dicen que vale.

PERRERO

No te llegará.

TANGUERA

Á mí ni que valga más que la Otero. Gracias á Dios, ya me he quitao del teatro *pa in eternum* y estoy tan ricamente, que pa eso he sabido guardar, no como otras que han de verse muy malamente.

PERRERO

La Leonor, pongo por caso.

TANGUERA

Esa es una. Oye tú; ¿se habrá enterao de que está ahí el Marqués?

PERRERO

No creo. Está sentá de espaldas... y desde allí no se distingue, y menos que ella no pué pensarse que él esté aquí.

TANGUERA

¿Vas á hacerme un favor?

PERRERO

Ya he dicho que tó lo que tú quieras.

TANGUERA

Vas á llegarte donde está el Marqués y vas y le saludas con mucho respeto, tú ya sabes, y vas y le dices que de parte de un amigo que quiere saludarle, que le esperan allí... y le acompañas y le dices dónde.

PERRERO

¡Mujer! ¿Y si luego preguntan quién me ha dao el recao?

TANGUERA

Pues dices que he sido yo, y que vengan á mí, que yo sabré contestar.

PERRERO

Mira que la Leonor va á armarnos el primer lío.

TANGUERA

Si contigo no se ha de meter nadie, que aquí estoy yo. Ya estás perdiendo el tiempo.

PERRERO

Pero...

TANGUERA

¿No tiés ná pa cumplirse? *(Le da dinero.)* Toma y calla, y déjame á mí que soy tu amiga, y más has de sacar de mí que de ésa, que ya la conoces, me parece...

PERRERO

Tan conocida...

TANGUERA

Desde allí *oservo. (Entra en el cenador.)*

MORO

(Al Perrero.) ¿Se pué saber dónde vas?

PERRERO

Á un encargo. ¿Te importa?

MORO

Á ver si te dan á ti el encarguito.

PERRERO

Eso es cuenta mía. *(Mutis del Perrero.)*

MORO

Pues anda con Dios. *(Al Mozo, que pasa con un servicio.)* Oye tú.

MOZO

¡Que llevo prisa!

MORO

Espera. Vas á decirle á la Leonor, de mi parte, que venga aquí deseguida, que tengo que decirla algo muy urgente.

MOZO

¿Pero cómo voy á decirle yo, estando con unos señores, que tú la necesitas?

MORO

Si es ella la que me necesita á mí, que no es lo mismo. Sobre tó, tú se lo dices, que nadie te dirá nada, y ella menos.

MOZO

Allá tú: ¡verás con el amo si hay un disgusto en la casa! *(El Mozo entra en el cenador donde está Leonor, le da el recado y después hace mutis.)*

ESCENA IX

DICHOS y LEONOR

LEONOR

Qué, ¿me has llamao?

MORO

Sí, porque aunque tóo se haya acabao, pa mí eres siempre la misma.

LEONOR

Igual te digo.

MORO

Yo estoy viendo que aquí hay una mala voluntá contra ti y que aquí te han traído pa meterte en una encerrona.

LEONOR

¿Á mí?

MORO

¿Sabes quién está aquí?

LEONOR

¿Quién?

MORO

El Marqués.

LEONOR

¡En Madrid! ¿Que está en Madrid, sin saberlo yo?

MORO

Si no fuera más que en Madrid... Está ahí, con una mujer y otro amigo; ahora mismito me está oliendo de que han ido á darle el soplo de que tú estás y con quién.

LEONOR

Habrán sido ésas, ¿verdad?

MORO

¿Qué más tiene? Lo mejor que pués hacer es ahuecar, y cuando vengan á buscarte, que averigüen. Yo seré el primero en decir que no te he visto y que tóo es mentira.

LEONOR

¿Irme yo? ¡Tú no me conoces! Yo no tengo pa qué esconderme; yo he venido aquí á lo que he venido... ¡Pero él!... ¿Dices que con una? Será ésa la de San Sebastián... Y no me avisa que viene... ¡Claro! ¿Dónde están?

MORO

¡No vayas! Si alguien vendrá... ¿No te digo que ya están avisaos?

(Cantando dentro.)

TANGUERA

Tú no quisiste la paz
cuando la paz te ofrecí.
¡Por la salú de mi madre
que te has de acordar de mí!

LEONOR

Ese cantar tiene su intención, y alguien se va á quedar ronca esta noche.
(Dentro, cantando.)

UNO

Como yo te quiero á ti
no te habrá querido nadie.
¡Por ti he *robao!*
¡Por ti he matao!
¡Por ti he faltao á mi madre!
¡Y por ti me iré al infierno
si tú quieres condenarme!
(Palmas y jaleo de todos.)

MORO

Déjala.
(Cantando dentro.)

BRASILEÑA

¡Palomita blanca!
¡Vidalita!
¡De color de nieve!
¡al pasar me heriste!...
¡Vidalita!
¡Ay, cómo me duele!

LEONOR

Ésa, ésa es ella, ¿verdad?

MORO

Cá uno canta lo suyo... ¡Esa es la vida! Pero ya han acabao de cantar, aquí no se oye ya á nadie.
(Va á tocar el piano.)

LEONOR

No, deja, no toques ahora. ¡Que canten todos! Yo cantaré más fuerte que todos, y me han de oir por cima de todos... Yo te lo aseguro

Música.

LEONOR

Cada uno canta lo que siente
y yo también quiero cantar;
aunque me esté ahogando el coraje
no me ha de ver nadie llorar.

MORO

¡Tú ríete del mundo!

LEONOR

Ya vés que sí.

MORO

Cuando todos te falten,
estoy yo aquí;
y canta, canta.

LEONOR

¿No he de cantar?
Aunque me esté ahogando el coraje
no me ha de ver nadie llorar.

—

Todo el mundo contra mí
y yo contra el mundo sola;
pero yo sola me basto
y todo el mundo me sobra.

TANGUERA

Tu cantar no es alegría,
y tu cantar no me engaña;
tu cantar es sentimiento
y por no llorar lo cantas.

(Recitado.)

LEONOR

¡Qué más quisieras tú!

MORO

¿Pero te se saltan las lágrimas?

LEONOR

¡Á mí! Es de rabia.
(Cantado.)

Las fatigas del querer
esas sí que son fatigas;
sólo acaban con la muerte
como se acaba la vida.

(Recitado.)

MORO

¡Ay, qué verdad!

LEONOR

Pero yo no estoy por morirme ni por pasar fatigas. ¡Malditos sean los hombres!
(Cantado.)

BRASILEÑA

Una palomita, vidalita,
para mí crié;
se juntó con otra, vidalita,
con ella se fué.

LEONOR

Cada uno canta lo que siente
y yo también quiero cantar;
aunque me esté ahogando el coraje
no me ha de ver nadie llorar.

ESCENA X

DICHOS, el MARQUÉS y el PERRERO

Hablado.

MARQUÉS

¿Dónde está ese amigo?

PERRERO

Venga usted... ¡Leonor!

MOZO

La he avisao antes que tú al otro.

PERRERO

¿Yo?

MOZO

Ven acá y dejémoslos... y á ti ya te diré yo... ¡boceras! *(Mutis el Moro y el Perrero.)*

MARQUÉS

¿Conque eres tú?

LEONOR

Qué sorpresa, ¿verdad?

MARQUÉS

No... ¿por qué?

LEONOR

Es verdad. Como he recibido tu telegrama, en lugar de bajar á la estación, te he esperao aquí más fresca.

MARQUÉS

No avisé porque he venido de pronto.

LEONOR

Cuidao con los prontos... asuntos de familia, ¿verdá?

MARQUÉS

Deja á la familia, que tienes esa mala costumbre.

LEONOR

¿No es de educación preguntar por ella?

MARQUÉS

Bueno, bueno, no hablemos más. ¿Qué vas á decirme? Que estoy aquí con unos amigos; tú con otros... No hace falta explicaciones.

LEONOR

Ni yo te las daría. ¡Si está tóo explicao! Sólo que te falta saber una cosa: que yo no conozco á tus amigos; tú á los míos, sí; *demasiao.*

MARQUÉS

Es posible.

LEONOR

Paco y Enrique; íntimos.

MARQUÉS

¿Paco Téllez? ¿Está en Madrid?

LEONOR

¡Otra sorpresa! ¡Hazte de nuevas! ¿No te ha mandao ayer un dinero? ¿No le tiés encargao que no me facilite fondos pa tenerme aquí tóo el verano... y poderte tú divertir á tu gusto? ¿No anda él detrás de mí tóo este tiempo... siendo así que nunca se le había pasao por la imaginación, con las veces que ha tenido ocasión pa ello?... ¿No estaba tóo esto mu preparao pa encontrarme tú hoy aquí y tener derecho á decirme que te falto?

MARQUÉS

¿De dónde sacas eso?

LEONOR

¿Pero te crees que no os conozco á ti y á Paco y á los hombres? ¡Si estas cosas acaban siempre así, con la misma combinación! ¡Sabéis mucho los hombres, sólo que tóos sabéis lo mismo y una lo aprende pronto!... Lo que tú no sabes es que yo estaba al cabo de tóo, y que si he venido aquí no ha sido de engañá, sino porque sabía que tú habías de venir y con quién.

MARQUÉS

¡No digas disparates! Que tú sabías... Ayer mismo no lo sabía yo, ni he avisado á nadie de este viaje, ni nadie ha podido verme en Madrid desde que he llegado, ni...

LEONOR

¿Conque nadie? Recuerda bien. ¿No has dicho á nadie que venías aquí? ¿Ni siquiera al cochero que te ha traído? ¿Ni te ha visto nadie? Ni siquiera en el tren, ni siquera en la estación... ¡Habrás venido en globo, que es la última!... Lo que te digo es que no habías llegao, cuando yo sabía que estabas aquí esta noche y que contigo venía esa mujer. Y por eso me hice la tonta cuando Paco me dijo de venir á comer aquí..., porque sabía que esta noche era el fin de tóo, porque pa mí esta noche has muerto, sólo que otro día pué que lo hubiera sentido algo, porque al fin no es un día ni dos los que llevamos; pero esta noche me ha dao por reir... *y quitao* alguna que me está oyendo detrás de los ebonimos y pensará que yo no lo he *guipao*, y es la que se va á llevar tóo el disgusto, pa mí día de gala, porque estaba deseando que ocurriese esto ó algo parecido pa concluir; de modo que podías haberte ahorrao una porción de combinaciones, que te habrás quedao más calvo, y en lugar de bisoñé vas á necesitar peluquín entero.

MARQUÉS

¿Pero qué estás diciendo? ¿Tú crees que yo puedo creer...?

LEONOR

¡Si esto ya me lo esperaba! ¡Si nos está muy bien empleao á las mujeres por tener sentimientos y creernos que los hombres agradecen nada! ¡Si luego dicen que hay quien pega á una mujer; si debían de matarnos á todas y á mí la

primera por dejarse una arrastrar del cariño!... ¡Si éste es el pago de haberme comportao decentemente; con el porvenir que yo tenía por delante!... Y qué bien dice la novela que trae el periódico, que es la propia realización de lo que me está á mi pasando; que la virtud nunca se ve recompensá en este mundo...

MARQUÉS

¡No digas tonterías!

LEONOR

¡Quita, quita! Ni verte, ni saber de ti...; ya pués verte lo peor del mundo... ¡Quita, quita!

MARQUÉS

¿Pero no dejas hablar?

LEONOR

¡Ay!... ¡ay!... que me estoy conteniendo y no puedo callarme más, y si no rompo algo, me dará el ataque... ¡Ay!... ¡ay!... *(Le da un ataque de nervios.)*

MARQUÉS

¡Leonor!... ¡Leonorcita!... ¡Vida!... ¡Oye, escucha!...

LEONOR

(Dando gritos.) ¡Ay!... ¡ay!...

ESCENA ÚLTIMA

VICENTA, CAROLA, ISIDORO, ROMUALDO, JUANITO, MIGUEL, el MORO y el PERRERO, que acuden á los gritos. La TANGUERA y la CHIRRIS se acercan, pero sin acercarse PACO y ENRIQUE.

TODOS

¿Qué pasa? ¿Qué es? ¡La escena! ¡Agua!

CAROLA

¡Que güela algo! *(Carola saca las vinagreras del comedor.)*

TANGUERA

Pamplinas pa los canarios. ¡El accidente! ¡Se lo tengo ensayao!

VICENTA

Que es el aceite, mujer...

CAROLA

¡Es verdad! ¡Qué cabeza!

ISIDORO

¿Se le ofrece algo al señor Marqués?

MARQUÉS

¡Nada! ¡Nada!

CAROLA

¡Ya vuelve!

VICENTA

¡Güela usté, güela usté!

LEONOR

¡Ay!

MARQUÉS

Anda, apóyate y vámonos...

LEONOR

¿Contigo?

MARQUÉS

Sí, conmigo... No demos más espectáculo.

LEONOR

¡No, así no! Tiés que creer en mí.

MARQUÉS

¡Si lo creo todo!

LEONOR

¿Á qué ha venido por aquí Paco?

PACO

Hemos venido á tratar de un asunto de dinero. Yo no quería dárselo sin que tú firmaras.

MARQUÉS

Sí, firmaré. Ella dice que yo te había dado el encargo de tenerla en Madrid, cuando tú sabes que si este año no ha venido á San Sebastián, es porque está allí la familia de mi mujer y no me conviene que se enteren de muchas cosas, por muchas razones.

PACO

¡Digo, si tu suegro se disgusta! ¡Y tu suegra!

MARQUÉS

¡Naturalmente! ¡Pero ésta no se hace cargo de nada!

LEONOR

Tú, tú eres el que no sabe apreciar mi delicadeza.

MARQUÉS

Sí, mujer, sí...

LEONOR

De rodillas tiés que pedirme perdón.

MARQUÉS

Sí, mujer, sí...; pero vámonos. Tú, Paco, dile á Pepe, que está ahí con ésa, que se la lleve cuando quiera; dile lo que ocurre...; y á ella..., á ella no le digas nada, que lo arregle Pepe; él sabrá cómo arreglarlo. ¡Ah!, toma para que pague la cuenta. Vámonos, vámonos.

PACO

De modo que sigues... ¿No decías que querías acabar?...

MARQUÉS

¿Qué quieres? En cuanto la veo me vuelve loco... Es la única mujer que me ha vuelto loco.

ISIDORO

Aquí no ha pasado nada.

TANGUERA

¡Luego dicen los hombres que les engañan!

CHIRRIS

Si esta Leonor yo no sé lo que tiene; es que los vuelve tontos.

TANGUERA

Yo creo que los busca así y se ahorra de volverlos.

LEONOR

No, yo no me voy ahora de aquí; aquí nos quedamos, y que nos vean todos, y que rabien más de cuatro, y quiero conocer á ésa, y vas á presentarme...

MARQUÉS

¡Pero mujer!

LEONOR

Y que vea lo que sinifico pa ti .. Y si no, hemos concluído.

MARQUÉS

Sí, mujer...; lo que tú quieras, como tú quieras.

LEONOR

Y vas á convidar á todos estos amigos, y á tu servidumbre, y á los pianistas, y á bailar todos, y á divertirnos todos.

MARQUÉS

Sí..., sí..., ¿por qué no? Lo que tú quieras..., como tú quieras.

LEONOR

¿Vas á tener reparo? No sé por qué. ¡Aquí todos somos unos!

ROMUALDO

Así es.

MARQUÉS

Sí, es verdad; todos somos unos...

ISIDORO

No es mucha moralidá,
si esto fuese una obra seria;
pero como es un sainete,
no hay que tener *esigencias*
ni con el que esto escribió
ni con quien lo representa.
Y pues *todos somos unos,*
¡perdonad las faltas nuestras!

El Moro toca el piano, todos bailan y cae el

TELÓN

LOS INTERESES CREADOS

COMEDIA DE POLICHINELAS
EN DOS ACTOS, TRES CUADROS Y UN PRÓLOGO

Estrenada en el Teatro Lara el día 9 de diciembre de 1907.

Á DON RAFAEL GASSET

SU AFECTÍSIMO

JACINTO BENAVENTE

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA SIRENA.....	SRA. VALVERDE.
SILVIA.....	SRTA. SUÁREZ.
LA SEÑORA DE POLICHINELA.....	» ALBA.
COLOMBINA.....	» PARDO.
LAURA.....	» TOSCANO.
RISELA.....	SRA. BELTRÁN.
LEANDRO.....	SRTA. DOMUS.
CRISPÍN.....	SR. PUGA.
EL DOCTOR.....	» RUBIO.
POLICHINELA.....	» MORA.
ARLEQUÍN.....	» BARRAYCOA.
EL CAPITÁN.....	» R. DE LA MATA.
PANTALÓN.....	» SIMÓ-RASO.
EL HOSTELERO.....	» PACHECO.
EL SECRETARIO.....	» ROMEA.
MOZO 1.º DE LA HOSTERÍA.....	» SUÁREZ (A.)
ÍDEM 2.º.....	» ENRÍQUEZ.
ALGUACILILLO 1.º.....	» DE DIEGO.
ÍDEM 2.º.....	» SUÁREZ (A.)

La acción pasa en un país imaginario, á principios del siglo XVII.

LOS INTERESES CREADOS

ACTO PRIMERO

PRÓLOGO

Telón corto en primer término, con puerta al foro, y en ésta un tapiz. Recitado por el personaje CRISPÍN.

He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares á los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas á los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarin desde su tablado de feria solicitaba la atención de todo transeunte, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado y la dama de calidad y el gran señor desde sus carrozas, como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro

lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su regocijo, que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver reír al risueño, y el sabio al bobo, y los pobretes de ver reir á los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reir á los pobretes, tranquilizada su conciencia con pensar: ¡también los pobres ríen! Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. Alguna vez, también subió la farsa á palacios de príncipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fué allí menos libre y despreocupada. Fué de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura. Ilustró después su plebeyo origen con noble ejecutoria: Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuento de hadas, elevaron á Cenicienta al más alto trono de la Poesía y del Arte. No presume de tan gloriosa estirpe esta farsa, que por curiosidad de su espíritu inquieto os presenta un poeta de ahora. Es una farsa *guiñolesca*, de asunto disparatado, sin realidad alguna. Pronto veréis cómo cuanto en ella sucede no pudo suceder nunca, que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos ó fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles á poca luz y al más corto de vista. Son las mismas grotescas máscaras de aquella comedia del Arte italiano, no tan regoci-

jadas como solían, porque han meditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que aniñéis cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chochea; el Arte no se resigna á envejecer, y por parecer niño finge balbuceos... Y he aquí cómo estos viejos polichinelas pretenden hoy divertiros con sus niñerías.

Mutación.

CUADRO PRIMERO

Plaza de una ciudad. Á la derecha, en primer término, fachada de una hostería con puerta practicable y en ella un aldabón. Encima de la puerta un letrero que diga: «Hostería.»

ESCENA PRIMERA

LEANDRO y CRISPÍN, que salen por la segunda izquierda.

LEANDRO

Gran ciudad ha de ser ésta, Crispín; en todo se advierte su señorío y riqueza.

CRISPÍN

Dos ciudades hay. ¡Quiera el Cielo que en la mejor hayamos dado!

LEANDRO

¿Dos ciudades dices, Crispín? Ya entiendo, antigua y nueva, una de cada parte del río.

CRISPÍN

¿Qué importa el río ni la vejez ni la novedad? Digo dos ciudades como en toda ciudad del mundo: una para el que llega con dinero, y otra para el que llega como nosotros.

LEANDRO

¡Harto es haber llegado sin tropezar con la Justicia! Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

CRISPÍN

Á mí no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento. Pero ya que sobre esta ciudad caímos y es plaza fuerte á lo que se descubre, tracemos como prudentes capitanes nuestro plan de batalla si hemos de conquistarla con provecho.

LEANDRO

¡Mal pertrechado ejército venimos!

CRISPÍN

Hombres somos, y con hombres hemos de vernos.

LEANDRO

Por todo caudal, nuestra persona. No quisiste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que, malvendiéndolos, hubiéramos podido juntar algún dinero.

CRISPÍN

¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

LEANDRO

¿Qué hemos de hacer, Crispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido, y mal discurro.

CRISPÍN

Aquí no hay sino valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es que tú has de hablar poco y dasabrido, para darte aires de persona de calidad; de vez en cuando te permito que descargues algún golpe sobre mis costillas; á cuanto te pregunten responde misterioso; y cuando hables por tu cuenta, sea con gravedad, como si sentenciaras. Eres joven, de buena presencia; hasta ahora sólo supiste malgastar tus cualidades; ya es hora de aprovecharse de ellas. Ponte en mis manos, que nada conviene tanto á un hombre como llevar á su lado quien haga notar sus méritos, que en uno mismo la modestia es necedad y la propia alabanza locura, y con las dos se

pierde para el mundo. Somos los hombres como mercancía, que valemos más ó menos según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras vidrio, á mi cargo corre que pases por diamante. Y ahora llamemos á esta hostería, que lo primero es acampar á vista de la plaza.

LEANDRO

¿Á la hostería dices? ¿Y cómo pagaremos?

CRISPÍN

¡Si por tan poco te acobardas, busquemos un hospital ó casa de misericordia, ó pidamos limosna, si á lo piadoso nos acogemos; y si á lo bravo, volvamos al camino y salteemos al primer viandante; si á la verdad de nuestros recursos nos atenemos, no son otros nuestros recursos!

LEANDRO

Yo traigo cartas de introducción para personas de valimiento en esta ciudad, que podrán socorrernos.

CRISPÍN

¡Rompe luego esas cartas, y no pienses en tal bajeza! ¡Presentarnos á nadie como necesitados! ¡Buenas cartas de crédito son ésas! Hoy te recibirán con grandes cortesías, te dirán que su casa y su persona son tuyas, y á la segunda vez que llames á su puerta, ya te dirá el criado que su señor no está en casa ni para en ella; y á otra visita, ni te abrirán la puerta. Mundo es éste de

toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir, ha de ofrecerse.

LEANDRO

¿Y qué podré yo ofrecer si nada tengo?

CRISPÍN

¡En qué poco te estimas! Pues qué, un hombre por sí, ¿nada vale? Un hombre puede ser soldado, y con su valor decidir una victoria; puede ser galán ó marido, y con dulce medicina curar á alguna dama de calidad ó doncella de buen linaje que se sienta morir de melancolía; puede ser criado de algún poderoso señor que se aficione de él y le eleve hasta su privanza, y tantas cosas más que no he de enumerarte. Para subir, cualquier escalón es bueno.

LEANDRO

¿Y si aun ese escalón me falta?

CRISPÍN

Yo te ofrezco mis espaldas para encumbrarte. Tú te verás en alto.

LEANDRO

¿Y si los dos damos en tierra?

CRISPÍN

Que ella nos sea leve. *(Llamando á la hostería con el aldabón.)* ¡Ah de la hostería! ¡Hola, digo!

¡Hostelero ó demonio! ¿Nadie responde? ¿Qué casa es ésta?

LEANDRO

¿Por qué esas voces si apenas llamaste?

CRISPÍN

¡Porque es ruindad hacer esperar de ese modo! *(Vuelve á llamar más fuerte.)* ¡Ah de la gente! ¡Ah de la casa! ¡Ah de todos los diablos!

HOSTELERO

(Dentro.) ¿Quién va? ¿Qué voces y qué modos son éstos? No hará tanto que esperan.

CRISPÍN

¡Ya fué mucho! Y bien nos informaron que es ésta muy ruin posada para gente noble.

ESCENA II

DICHOS, el HOSTELERO y dos MOZOS que salen de la hostería.

HOSTELERO

(Saliendo.) Poco á poco, que no es posada, sino hospedería, y muy grandes señores han parado en ella.

CRISPÍN

Quisiera yo ver á esos que llamáis grandes señores. Gentecilla de poco más ó menos. Bien

se advierte en esos mozos que no saben conocer á las personas de calidad, y se están ahí como pasmarotes sin atender á nuestro servicio.

HOSTELERO

¡Por vida que sois impertinente!

LEANDRO

Este criado mío siempre ha de extremar su celo. Buena es vuestra posada para el poco tiempo que he parar en ella. Disponed luego un aposento para mí y otro para este criado, y ahorremos palabras.

HOSTELERO

Perdonad, señor; si antes hubierais hablado... Siempre los señores han de ser más comedidos que sus criados.

CRISPÍN

Es que este buen señor mío á todo se acomoda; pero yo sé lo que conviene á su servicio, y no he de pasar por cosa mal hecha. Conducidnos ya al aposento.

HOSTELERO

¿No traéis bagaje alguno?

CRISPÍN

¿Pensáis que nuestro bagaje es hatillo de soldado ó de estudiante para traerlo á mano, ni que

mi señor ha de traer aquí ocho carros, que tras nosotros vienen, ni que aquí ha de parar sino el tiempo preciso que conviene al secreto de los servicios que en esta ciudad le están encomendados?...

LEANDRO

¿No callarás? ¿Qué secreto ha de haber contigo? ¡Pues voto á... que si alguien me descubre por tu hablar sin medida...! *(Le amenaza y le pega con la espada.)*

CRISPÍN

¡Valedme, que me matará! *(Corriendo.)*

HOSTELERO

(Interponiéndose entre Leandro y Crispín.) ¡Teneos, señor!

LEANDRO

Dejad que le castigue, que no hay falta para mí como el hablar sin tino.

HOSTELERO

¡No le castiguéis, señor!

LEANDRO

¡Dejadme, dejadme, que no aprenderá nunca! *(Al ir á pegar á Crispín, éste se esconde detrás del Hostelero, quien recibe los golpes.)*

CRISPÍN

(Quejándose.) ¡Ay, ay, ay!

HOSTELERO

¡Ay, digo yo, que me dió de plano!

LEANDRO

(Á Crispín.) Ve á lo que diste lugar; á que este infeliz fuera el golpeado. ¡Pídele perdón!

HOSTELERO

No es menester. Yo le perdono gustoso. *(Á los criados.)* ¿Qué hacéis ahí parados? Disponed los aposentos donde suele parar el emperador de Mantua y preparad comida para este caballero.

CRISPÍN

Dejad que yo les advierta de todo, que cometerán mil torpezas y pagaré yo luego, que mi señor, como veis, no perdona falta... Soy con vosotros, muchachos... Y tened cuenta á quien servís, que la mayor fortuna ó la mayor desdicha os entró por las puertas. *(Entran los criados y Crispín en la hostería.)*

HOSTELERO

(Á Leandro.) ¿Y podéis decirme vuestro nombre, de dónde venís y á qué propósito?...

LEANDRO

(Al ver salir á Crispín de la hostería.) Mi criado os lo dirá... Y aprended á no importunarme con preguntas... *(Entra en la hostería.)*

CRISPÍN

¡Buena la hicisteis! ¿Atreverse á preguntar á mi señor? Si os importa tenerle una hora siquiera en vuestra casa, no volváis á dirigirle la palabra.

HOSTELERO

Sabed que hay Ordenanzas muy severas que así lo disponen.

CRISPÍN

¡Veníos con Ordenanzas á mi señor! ¡Callad, callad, que no sabéis á quién tenéis en vuestra casa, y si lo supierais no diríais tantas impertinencias.

HOSTELERO

¿Pero no he de saber siquiera...?

CRISPÍN

¡Voto á..., que llamaré á mi señor y él os dirá lo que conviene, si no lo entendisteis! ¡Cuidad de que nada le falte y atendedle con vuestros cinco sentidos, que bien puede pesaros! ¿No sabéis conocer á las personas? ¿No visteis ya quién es mi señor? ¿Qué replicáis? ¡Vamos ya! *(Entra en la hostería empujando al Hostelero.)*

ESCENA III

ARLEQUÍN y el CAPITÁN, que salen por la segunda izquierda.

ARLEQUÍN

Vagando por los campos que rodean esta ciudad, lo mejor de ella sin duda alguna, creo que sin pensarlo hemos venido á dar frente á la hostería. ¡Animal de costumbre es el hombre! ¡Y dura costumbre la de alimentarse cada día!

CAPITÁN

¡La dulce música de vuestros versos me distrajo de mis pensamientos! ¡Amable privilegio de los poetas!

ARLEQUÍN

¡Que no les impide carecer de todo! Con temor llego á la hostería. ¿Consentirán hoy en fiarnos? ¡Válganos vuestra espada!

CAPITÁN

¿Mi espada? Mi espada de soldado como vuestro plectro de poeta, nada valen en esta ciudad de mercaderes y de negociantes... ¡Triste condición es la nuestra!

ARLEQUÍN

Bien decís. No la sublime poesía, que sólo canta de nobles y elevados asuntos; ya ni sirve po-

ner el ingenio á las plantas de los poderosos para elogiarlos ó satirizarlos; alabanzas ó diatribas no tienen valor para ellos; ni agradecen las unas ni temen las otras. El propio Aretino hubiera muerto de hambre en estos tiempos.

CAPITÁN

¿Y nosotros, decidme? Porque fuimos vencidos en las últimas guerras, más que por el enemigo poderoso por esos indignos traficantes que nos gobiernan y nos enviaron á defender sus intereses sin fuerzas y sin entusiasmo, porque nadie combate con fe por lo que no estima; ellos, que no dieron uno de los suyos para soldado ni soltaron moneda sino á buen interés y á mejor cuenta, y apenas temieron verla perdida amenazaron con hacer causa con el enemigo, ahora nos culpan á nosotros y nos maltratan y nos menosprecian y quisieran ahorrarse la mísera soldada con que creen pagarnos, y de muy buena gana nos despedirían si no temieran que un día todos los oprimidos por sus maldades y tiranías se levantaran contra ellos. ¡Pobres de ellos si ese día nos acordamos de qué parte están la razón y la justicia!

ARLEQUÍN

Si así fuera... ese día me tendréis á vuestro lado.

CAPITÁN

Con los poetas no hay que contar para nada, que es vuestro espíritu como el ópalo, que á cada

luz hace diversos visos. Hoy os apasionáis por lo que nace y mañana por lo que muere; pero más inclinados sois á enamoraros de todo lo ruinoso por melancólico. Y como sois por lo regular gente trasnochadora, más veces visteis morir el sol que amanecer el día, y más sabéis de sus ocasos que de sus auroras.

ARLEQUÍN

No lo diréis por mí, que he visto amanecer muchas veces cuando no tenía donde acostarme. ¿Y cómo queríais que cantara al día, alegre como alondra, si amanecía tan triste para mí? ¿Os decidís á probar fortuna?

CAPITÁN

¡Qué remedio! Sentémonos, y sea lo que disponga nuestro buen hostelero.

ARLEQUÍN

¡Hola! ¡Eh! ¿Quién sirve? *(Llamando en la hostería.)*

ESCENA IV

DICHOS; el HOSTELERO. Después los MOZOS, LEANDRO y CRISPÍN, que salen á su tiempo de la hostería.

HOSTELERO

¡Ah, caballeros! ¿Sois vosotros? Mucho lo siento, pero hoy no puedo servir á nadie en mi hostería.

CAPITÁN

¿Y por qué causa, si puede saberse?

HOSTELERO

¡Lindo desahogo es el vuestro en preguntarlo! ¿Pensáis que á mí me fía nadie lo que en mi casa se gasta?

CAPITÁN

¡Ah! ¿Es ése el motivo? ¿Y no somos personas de crédito á quien puede fiarse?

HOSTELERO

Para mí, no. Y como nunca pensé cobrar, para favor ya fué bastante; conque así, hagan merced de no volver por mi casa.

ARLEQUÍN

¿Creéis que todo es dinero en este bajo mundo? ¿Contáis por nada las ponderaciones que de vuestra casa hicimos en todas partes? ¡Hasta un soneto os tengo dedicado, y en él celebro vuestras perdices estofadas y vuestros pasteles de liebre!... Y en cuanto al señor Capitán, tened por seguro que él solo sostendrá contra un ejército el buen nombre de vuestra casa. ¿Nada vale esto? ¡Todo ha de ser moneda contante en el mundo!

HOSTELERO

¡No estoy para burlas! No he menester de vuestros sonetos ni de la espada del señor Capitán, que mejor pudiera emplearla.

CAPITÁN

¡Voto á..., que sí la emplearé escarmentando á un pícaro! *(Amenazándole y pegándole con la espada.)*

HOSTELERO

(Gritando.) ¿Qué es esto? ¿Contra mí? ¡Favor! ¡Justicia!

ARLEQUÍN

(Conteniendo al Capitán.) ¡No os perdáis por tan ruin sujeto!

CAPITÁN

He de matarle. *(Pegándole.)*

HOSTELERO

¡Favor! ¡Justicia!

MOZOS

(Saliendo de la hostería.) ¡Que matan á nuestro amo!

HOSTELERO

¡Socorredme!

CAPITÁN

¡No dejaré uno!

HOSTELERO

¿No vendrá nadie?

LEANDRO

(Saliendo con Crispín.) ¿Qué alboroto es éste?

CRISPÍN

¿En lugar donde mi señor se hospeda? ¿No hay sosiego posible en vuestra casa? Yo traeré á la Justicia, que pondrá orden en ello.

HOSTELERO

¡Esto ha de ser mi ruina! ¡Con tan gran señor en mi casa!

ARLEQUÍN

¿Quién es él?

HOSTELERO

¡No oséis preguntarlo!

CAPITÁN

Perdonad, señor, si turbamos vuestro reposo; pero este ruin hostelero...

HOSTELERO

No fué mía la culpa, señor, sino de estos desvergonzados...

CAPITÁN

¿Á mí desvergonzado? ¡No miraré nada!...

CRISPÍN

¡Alto, señor Capitán, que aquí tenéis quien satisfaga vuestros agravios, si los tenéis de este hombre!

HOSTELERO

Figuraos que ha más de un mes que comen á mi costa sin soltar blanca, y porque me negué hoy á servirles se vuelven contra mí.

ARLEQUÍN

Yo no, que todo lo llevo con paciencia.

CAPITÁN

¿Y es razón que á un soldado no se le haga crédito?

ARLEQUÍN

¿Y es razón que en nada se estime un soneto con estrambote que compuse á sus perdices estofadas y á sus pasteles de liebre?... Todo por fe, que no los probé nunca, sino carnero y potajes.

CRISPÍN

Estos dos nobles señores dicen muy bien, y es indignidad tratar de ese modo á un poeta y á un soldado.

ARLEQUÍN

¡Ah, señor; sois un alma grande!

CRISPÍN

Yo, no. Mi señor, aquí presente; que como tan gran señor, nada hay para él en el mundo como un poeta y un soldado.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Y estad seguros de que mientras él pare en esta ciudad no habéis de carecer de nada, y cuanto gasto hagáis aquí corre de su cuenta.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

¡Y mírese mucho el hostelero en trataros como corresponde!

HOSTELERO

¡Señor!...

CRISPÍN

Y no seáis tan avaro de vuestras perdices ni de vuestras empanadas de gato, que no es razón que un poeta como el señor Arlequín hable por sueño de cosas tan palpables...

ARLEQUÍN

¿Conocéis mi nombre?

CRISPÍN

Yo, no; pero mi señor, como tan gran señor, conoce á cuantos poetas existen y existieron, siempre que sean dignos de ese nombre.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Y ninguno tan grande como vos, señor Arlequín; y cada vez que pienso que aquí no se os ha guardado todo el respeto que merecéis...

HOSTELERO

Perdonad, señor. Yo les serviré como mandáis, y basta que seáis su fiador...

CAPITÁN

Señor, si en algo puedo serviros...

CRISPÍN

¿Es poco servicio el conoceros? ¡Glorioso Capitán, digno de ser cantado por este solo poeta!...

ARLEQUÍN

¡Señor!

CAPITÁN

¡Señor!

ARLEQUÍN

¿Y os son conocidos mis versos?

CRISPÍN

¿Cómo conocidos? ¡Olvidados los tengo! ¿No es vuestro aquel soneto admirable que empieza:

«La dulce mano que acaricia y mata.»

ARLEQUÍN

¿Cómo decís?

CRISPÍN

«La dulce mano que acaricia y mata.»

ARLEQUÍN

¿Ese decís? No, no es mío ese soneto.

CRISPÍN

Pues merece ser vuestro. Y de vos, Capitán, ¿quién no conoce las hazañas? ¿No fuisteis el que sólo con veinte hombres asaltó el castillo de las Peñas Rojas en la famosa batalla de los Campos Negros?

CAPITÁN

¿Sabéis...?

CRISPÍN

¿Cómo si sabemos? ¡Oh! Cuántas veces se lo oí referir á mi señor entusiasmado. Veinte hombres, veinte y vos delante, y desde el castillo... ¡bum! ¡bum! ¡bum!, disparos, y bombardas, y pez hirviente, y demonios encendidos... ¡Y los veinte hombres como un solo hombre y vos delante! Y los de arriba... ¡bum! ¡bum! ¡bum! Y los tambores... ¡ran, rataplán, plan! Y los clarines... ¡tararí, tarí, tarí!... Y vosotros sólo con vuestra espada y vos sin espada... ¡ris, ris, ris!, golpe aquí, golpe allí..., una cabeza, un brazo... *(Empieza á golpes con la espada, dándole de plano al Hostelero y á los Mozos.)*

MOZOS

¡Ay, ay!

HOSTELERO

¡Téngase, que se apasiona como si pasara!

CRISPÍN

¿Cómo si me apasiono? Siempre sentí yo el *animus belli.*

CAPITÁN

No parece sino que os hallasteis presente.

CRISPÍN

Oírselo referir á mi señor, es como verlo, mejor que verlo. ¡Y á un soldado así, al héroe de las Peñas Rojas en los Campos Negros se le trata de esa manera!... ¡Ah! Gran suerte fué que mi señor se hallase presente, y que negocios de importancia le hayan traído á esta ciudad, donde él hará que se os trate con respeto, como merecéis... ¡Un poeta tan alto, un tan gran capitán! *(Á los Mozos.)* ¡Pronto! ¿Qué hacéis ahí como estafermos? Servidles de lo mejor que haya en vuestra casa, y ante todo una botella del mejor vino, que mi señor quiere beber con estos caballeros, y lo tendrá á gloria... ¿Qué hacéis ahí? ¡Pronto!

HOSTELERO

¡Voy, voy!... ¡No he librado de mala! *(Se va con los Mozos á la hostería.)*

ARLEQUÍN

¡Ah, señor! ¿Cómo agradeceros...?

CAPITÁN

¿Cómo pagaros...?

CRISPÍN

¡Nadie hable aquí de pagar, que es palabra que ofende! Sentaos, sentaos, que para mi señor, que á tantos príncipes y grandes ha sentado á su mesa, será éste el mayor orgullo.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Mi señor no es de muchas palabras; pero, como veis, esas pocas son otras tantas sentencias llenas de sabiduría.

ARLEQUÍN

En todo muestra su grandeza.

CAPITÁN

No sabéis cómo conforta nuestro abatido espíritu hallar un gran señor como vos, que así nos considera.

CRISPÍN

Esto no es nada, que yo sé que mi señor no se contenta con tan poco y será capaz de llevaros consigo y colocaros en tan alto estado...

LEANDRO

(Aparte á Crispín.) No te alargues en palabras, Crispín...

CRISPÍN

Mi señor no gusta de palabras, pero ya le conoceréis por las obras.

HOSTELERO

(Saliendo con los Mozos que traen las viandas y ponen la mesa.) Aquí está el vino... y la comida.

CRISPÍN

¡Beban, beban y coman y no se priven de nada, que mi señor corre con todo, y si algo os falta, no dudéis en decirlo, que mi señor pondrá orden en ello, que el hostelero es dado á descuidarse!

HOSTELERO

No por cierto; pero comprenderéis...

CRISPÍN

No digáis palabra, que diréis una impertinencia.

CAPITÁN

¡Á vuestra salud!

LEANDRO

¡Á la vuestra, señores! ¡Por el más grande poeta y el mejor soldado!

ARLEQUÍN

¡Por el más noble señor!

CAPITÁN

¡Por el más generoso!

CRISPÍN

Y yo también he de beber, aunque sea atrevimiento. Por este día grande entre todos que juntó al más alto poeta, al más valiente capitán, al más noble señor y al más leal criado... Y permitid que mi señor se despida, que los negocios que le traen á esta ciudad no admiten demora.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

¿No faltaréis á presentarle vuestros respetos cada día?

ARLEQUÍN

Y á cada hora; y he de juntar á todos los músicos y poetas de mi amistad para festejarle con música y canciones.

CAPITÁN

Y yo he de traer á toda mi compañía con antorchas y luminarias.

LEANDRO

Ofenderéis mi modestia...

CRISPÍN

Y ahora, comed, bebed... ¡Pronto! Servid á estos señores. *(Aparte al Capitán.)* Entre nosotros... ¿estaréis sin blanca?

CAPITÁN

¿Qué hemos de deciros?

CRISPÍN

¡No digáis más! *(Al Hostelero.)* ¡Eh! ¡Aquí! Entregaréis á estos caballeros cuarenta ó cincuenta escudos por encargo de mi señor y de parte suya... ¡No dejéis de cumplir sus órdenes!

HOSTELERO

¡Descuidad! ¿Cuarenta ó cincuenta, decís?

CRISPÍN

Poned sesenta... ¡Caballeros, salud!

CAPITÁN

¡Viva el más grande caballero!

ARLEQUÍN

¡Viva!

CRISPÍN

¡Decid ¡viva! también vosotros, gente incivil!

HOSTELERO Y MOZOS

¡Viva!

CRISPÍN

¡Viva el más alto poeta y el mayor soldado!

TODOS

¡Viva!

LEANDRO

(Aparte á Crispín.) ¿Qué locuras son éstas, Crispín, y cómo saldremos de ellas?

CRISPÍN

Como entramos. Ya lo ves; la poesía y las armas son nuestras... ¡Adelante! ¡Sigamos la conquista del mundo! *(Todos se hacen saludos y reverencias, y Leandro y Crispín se van por la segunda izquierda. El Capitán y Arlequín se disponen á comer los asados que les han preparado el Hostelero y los Mozos que los sirven.)*

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Jardín con fachada de un pabellón, con puerta practicable en primer término izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SIRENA y COLOMBINA saliendo del pabellón.

SIRENA

¿No hay para perder el juicio, Colombina? ¡Que una dama se vea en trance tan afrentoso por gente baja y descomedida! ¿Cómo te atreviste á volver á mi presencia con tales razones?

COLOMBINA

¿Y no habíais de saberlo?

SIRENA

¡Morir me estaría mejor! ¿Y todos te dijeron lo mismo?

COLOMBINA

Uno por uno y como lo oísteis... El sastre, que no os enviará el vestido mientras no le paguéis todo lo adeudado.

SIRENA

¡El insolente! ¡El salteador de caminos! ¡Cuando es él quien me debe todo su crédito en esta ciudad, que hasta emplearle yo en el atavío de mi persona no supo lo que era vestir damas!

COLOMBINA

Y los cocineros y los músicos y los criados todos dijeron lo mismo; que no servirán esta noche en la fiesta si no les pagáis por adelantado.

SIRENA

¡Los sayones! ¡Los foragidos! ¡Cuándo se vió tanta insolencia en gente nacida para servirnos! ¿Es que ya no se paga más que con dinero? ¿Es que ya sólo se estima el dinero en el mundo? ¡Triste de la que se ve como yo, sin el amparo de un marido, ni de parientes, ni de allegados masculinos!... Que una mujer sola nada vale en el mundo por noble y virtuosa que sea. ¡Oh, tiempos de perdición! ¡Tiempos del Apocalipsis! ¡El Anticristo debe de ser llegado!

COLOMBINA

Nunca os vi tan apocada. Os desconozco. De mayores apuros supisteis salir adelante.

SIRENA

Eran otros tiempos, Colombina. Contaba yo entonces con mi juventud y con mi belleza como poderosos aliados. Príncipes y grandes señores rendíanse á mis plantas.

COLOMBINA

En cambio, no sería tanta vuestra experiencia y conocimiento del mundo como ahora. Y en cuanto á vuestra belleza, nunca estuvo tan en su punto, podéis creerlo.

SIRENA

¡Deja lisonjas! ¡Cuándo me vería yo de este modo si fuera la doña Sirena de mis veinte!

COLOMBINA

¿Años queréis decir?

SIRENA

¿Pues qué pensaste? ¡Y qué diré de ti, que aun no los cumpliste y no sabes aprovecharlo! ¡Nunca lo creyera cuando al verme tan sola de criada te adopté por sobrina! Si en vez de malograr tu juventud enamorándote de ese Arlequín, ese poeta que nada puede ofrecerte sino versos y músicas, supieras emplearte mejor, no nos veríamos en tan triste caso!

COLOMBINA

¿Qué queréis? Aun soy demasiado joven para resignarme á ser amada y no corresponder. Y si he de adiestrarme en hacer padecer por mi amor, necesito saber antes cómo se padece cuando se ama. Yo sabré desquitarme. Aun no cumplí los veinte años. No me creáis con tan poco juicio que piense en casarme con Arlequín.

SIRENA

No me fío de ti, que eres muy caprichosa y siempre te dejaste llevar de la fantasía. Pero pensemos en lo que ahora importa. ¿Qué haremos en tan gran apuro? No tardarán en acudir mis convidados, todos personas de calidad y de importancia, y entre ellas el señor Polichinela con su esposa y su hija, que por muchas razones me importan más que todos. Ya sabes cómo frecuentan esta casa algunos caballeros nobilísimos, pero, como yo, harto deslucidos en su nobleza por falta de dinero. Para cualquiera de ellos, la hija del señor Polichinela, con su riquísima dote y el gran caudal que ha de heredar á la muerte de su padre, puede ser un partido muy ventajoso. Muchos son los que la pretenden. En favor de todos ellos interpongo yo mi buena amistad con el señor Polichinela y su esposa. Cualquiera que sea el favorecido, yo sé que ha de corresponder con largueza á mis buenos oficios, que de todos me hice firmar una obligación para asegurarme. Ya no me quedan otros medios que estas mediaciones para reponer en algo mi patrimonio; si de

camino algún rico negociante ó mercader se prendara de ti... ¿quién sabe?... aun podía ser esta casa lo que fué en otro tiempo. Pero si esta noche la insolencia de esa gente trasciende, si no puedo ofrecer la fiesta... ¡No quiero pensarlo..., que será mi ruina!

COLOMBINA

No paséis cuidado. Con qué agasajarlos no ha de faltar. Y en cuanto á músicos y á criados, el señor Arlequín, que por algo es poeta y para algo está enamorado de mí, sabrá improvisarlo todo. Él conoce á muchos truhanes de buen humor que han de prestarse á todo. Ya veréis, no faltará nada, y vuestros convidados dirán que no asistieron en su vida á tan maravillosa fiesta.

SIRENA

¡Ay, Colombina! Si eso fuera, ¡cuánto ganarías en mi afecto! Corre en busca de tu poeta... No hay que perder tiempo.

COLOMBINA

¿Mi poeta? Del otro lado de estos jardines pasea, de seguro, aguardando una seña mía...

SIRENA

No será bien que asista á vuestra entrevista, que yo no debo rebajarme en solicitar tales favores... Á tu cargo lo dejo. ¡Que nada falte para la fiesta, y yo sabré recompensar á todos; que esta estrechez angustiosa de ahora no puede durar siempre... ó no sería yo doña Sirena!

COLOMBINA

Todo se compondrá. Id descuidada. *(Vase doña Sirena por el pabellón.)*

ESCENA II

COLOMBINA, después CRISPÍN, que sale por la segunda derecha.

COLOMBINA

(Dirigiéndose á la segunda derecha y llamando.) ¡Arlequín, Arlequín! *(Al ver salir á Crispín.)* ¡No es él!

CRISPÍN

No temáis, hermosa Colombina, amada del más soberano ingenio, que por ser raro poeta en todo, no quiso extremar en sus versos las ponderaciones de vuestra belleza. Si de lo vivo á lo pintado fué siempre diferencia, es toda en esta ocasión ventaja de lo vivo, ¡con ser tal la pintura!

COLOMBINA

Y vos, ¿sois también poeta, ó sólo cortesano y lisonjero?

CRISPÍN

Soy el mejor amigo de vuestro enamorado Arlequín, aunque sólo de hoy le conozco, pero tales pruebas tuvo de mi amistad en tan corto tiempo. Mi mayor deseo fué el de saludaros, y el señor Arlequín no anduviera tan discreto en compla-

cerme á no fiar tanto de mi amistad, que sin ella, fuera ponerme á riesgo de amaros sólo con haberme puesto en ocasión de veros.

COLOMBINA

El señor Arlequín fiaba tanto en el amor que le tengo como en la amistad que le tenéis. No pongáis todo el mérito de vuestra parte, que es tan necia presunción perdonar la vida á los hombres como el corazón á las mujeres.

CRISPÍN

Ahora advierto que no sois tan peligrosa al que os ve como al que llega á escucharos.

COLOMBINA

Permitid; pero antes de la fiesta preparada para esta noche, he de hablar con el señor Arlequín, y...

CRISPÍN

No es preciso. Á eso vine, enviado de su parte y de parte de mi señor, que os besa las manos.

COLOMBINA

¿Y quién es vuestro señor, si puede saberse?

CRISPÍN

El más noble caballero, el más poderoso... Permitid que por ahora calle su nombre; pronto habéis de conocerle. Mi señor desea saludar á doña Sirena y asistir á su fiesta esta noche.

COLOMBINA

¡La fiesta! ¿No sabéis...?

CRISPÍN

Lo sé. Mi deber es averiguarlo todo. Sé que hubo inconvenientes que pudieron estorbarla; pero no habrá ninguno, todo está prevenido.

COLOMBINA

¿Cómo sabéis...?

CRISPÍN

Yo os aseguro que no faltará nada. Suntuoso agasajo, luminarias y fuegos de artificio, músicos y cantores. Será la más lucida fiesta del mundo...

COLOMBINA

¿Sois algún encantador por ventura?

CRISPÍN

Ya me iréis conociendo. Sólo os diré que por algo juntó hoy el destino á gente de tan buen entendimiento, incapaz de malograrlo con vanos escrúpulos. Mi señor sabe que esta noche asistirá á la fiesta el señor Polichinela, con su hija única, la hermosa Silvia, el mejor partido de esta ciudad. Mi señor ha de enamorarla, mi señor ha de casarse con ella y mi señor sabrá pagar como corresponde los buenos oficios de doña Sirena y los vuestros también si os prestáis á favorecerle.

COLOMBINA

No andáis con rodeos. Debiera ofenderme vuestro atrevimiento.

CRISPÍN

El tiempo apremia y no me dió lugar á ser comedido.

COLOMBINA

Si ha de juzgarse del amo por el criado...

CRISPÍN

No temáis. Á mi amo le hallaréis el más cortés y atento caballero. Mi desvergüenza le permite á él mostrarse vergonzoso. Duras necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero á empleos de rufián, como á la más noble dama á bajos oficios, y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto desluce con el mundo. Habilidad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo. Mi señor y yo, con ser uno mismo, somos cada uno una parte del otro. ¡Si así fuera siempre! Todos llevamos en nosotros un gran señor de altivos pensamientos, capaz de todo lo grande y de todo lo bello... Y á su lado, el servidor humilde, el de las ruines obras, el que ha de emplearse en las bajas acciones á que obliga la vida... Todo el arte está en separarlos de tal modo, que cuando caemos en alguna bajeza podamos decir siempre: no fué mía, no fuí yo, fué mi criado. En la mayor mise-

ria de nuestra vida siempre hay algo en nosotros que quiere sentirse superior á nosotros mismos. Nos despreciaríamos demasiado si no creyésemos valer más que nuestra vida... Ya sabéis quién es mi señor: el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. Ya sabéis quién soy yo: el de los ruines empleos, el que siempre, muy bajo, rastrea y socaya entre toda mentira y toda indignidad y toda miseria. Sólo hay algo en mí que me redime y me eleva á mis propios ojos. Esta lealtad de mi servidumbre, esta lealtad que se humilla y se arrastra para que otro pueda volar y pueda ser siempre el señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. *(Se oye música dentro.)*

COLOMBINA

¿Qué música es ésa?

CRISPÍN

La que mi señor trae á la fiesta, con todos sus pajes y todos sus criados y toda una corte de poetas y cantores presididos por el señor Arlequín, y toda una legión de soldados con el Capitán al frente escoltándole con antorchas...

COLOMBINA

¿Quién es vuestro señor, que tanto puede? Corro á prevenir á mi señora...

CRISPÍN

No es preciso. Ella acude.

ESCENA III

DICHOS y DOÑA SIRENA, que sale por el pabellón.

SIRENA

¿Qué es esto? ¿Quién previno esa música? ¿Qué tropel de gente llega á nuestra puerta?

COLOMBINA

No preguntéis nada. Sabed que hoy llegó á esta ciudad un gran señor, y es él quien os ofrece la fiesta esta noche. Su criado os informará de todo. Yo aun no sabré deciros si hablé con un gran loco ó con un gran bribón. De cualquier modo, os aseguro que él es un hombre extraordinario...

SIRENA

¿Luego no fué Arlequín...?

COLOMBINA

No preguntéis... Todo es como cosa de magia...

CRISPÍN

Doña Sirena, mi señor os pide licencia para besaros las manos. Tan alta señora y tan noble señor no han de entender en intrigas impropias de su condición. Por eso, antes que él llegue á saludaros yo he de decirlo todo. Yo sé de vuestra historia mil notables sucesos que, referidos, me asegurarían toda vuestra confianza... Pero

fuera impertinencia puntualizarlos. Mi amo os asegura aquí *(Entregándola un papel)* con su firma la obligación que ha de cumpliros si de vuestra parte sabéis cumplir lo que aquí os propone.

SIRENA

¿Qué papel y qué obligación es ésta?... *(Leyendo el papel para sí.)* ¡Cómo! ¿Cien mil escudos de presente y otros tantos á la muerte del señor Polichinela si llega á casarse con su hija? ¿Qué insolencia es ésta? ¿Á una dama? ¿Sabéis con quién habláis? ¿Sabéis qué casa es ésta?

CRISPÍN

¡Doña Sirena!... ¡excusad la indignación! No hay nadie presente que pueda importaros. Guardad ese papel junto con otros... y no se hable más del asunto. Mi señor no os propone nada indecoroso ni vos consentiríais en ello... Cuanto aquí suceda será obra de la casualidad y del amor. Fuí yo, el criado, el único que tramó estas cosas indignas. Vos sois siempre la noble dama, mi amo el noble señor, que al encontraros esta noche en la fiesta, hablaréis de mil cosas galantes y delicadas, mientras vuestros convidados pasean y conversan á vuestro alrededor, con admiraciones á la hermosura de las damas, al arte de sus galas, á la esplendidez del agasajo, á la dulzura de la música y á la gracia de los bailarines... ¿Y quién se atreverá á decir que no es esto todo? ¿No es así la vida, una fiesta en que la música sirve para disimular palabras y las palabras para

disimular pensamientos? Que la música suene incesante, que la conversación se anime con alegres risas, que la cena esté bien servida... es todo lo que importa á los convidados. Y ved aquí á mi señor que llega á saludaros con toda gentileza.

ESCENA IV

DICHOS, LEANDRO, ARLEQUÍN y el CAPITÁN, que salen por la segunda derecha.

LEANDRO

Doña Sirena, bésoos las manos.

SIRENA

Caballero...

LEANDRO

Mi criado os habrá dicho en mi nombre cuanto yo pudiera deciros.

CRISPÍN

Mi señor, como persona grave, es de pocas palabras. Su admiración es muda.

ARLEQUÍN

Pero sabe admirar sabiamente.

CAPITÁN

El verdadero mérito.

ARLEQUÍN

El verdadero valor.

CAPITÁN

El arte incomparable de la poesía.

ARLEQUÍN

La noble ciencia militar.

CAPITÁN

En todo muestra su grandeza.

ARLEQUÍN

Es el más noble caballero del mundo.

CAPITÁN

Mi espada estará siempre á su servicio.

ARLEQUÍN

He de consagrar á su gloria mi mejor poema.

CRISPÍN

Basta, basta, que ofenderéis su natural modestia. Vedle cómo quisiera ocultarse y desaparecer. Es una violeta.

SIRENA

No necesita hablar quien de este modo hace hablar á todos en su alabanza. *(Después de un saludo y reverencia se van todos por la primera derecha. Á Colombina.)* ¿Qué piensas de todo esto, Colombina?

COLOMBINA

Que el caballero tiene muy gentil figura y el criado muy gentil desvergüenza.

SIRENA

Todo puede aprovecharse. Ó yo no sé nada del mundo ni de los hombres, ó la fortuna se entró hoy por mis puertas.

COLOMBINA

Pues segura es entonces la fortuna; porque del mundo sabéis algo, y de los hombres, ¡no se diga!

SIRENA

Risela y Laura, que son las primeras en llegar...

COLOMBINA

¿Cuándo fueron ellas las últimas en llegar á una fiesta? Os dejo en su compañía, que yo no quiero perder de vista á nuestro caballero... *(Vase por la primera derecha.)*

ESCENA V

DOÑA SIRENA, LAURA y RISELA, que salen por la segunda derecha.

SIRENA

¡Amigas! Ya comenzaba á dolerme de vuestra ausencia.

LAURA

¿Pues es tan tarde?

SIRENA

Siempre lo es para veros.

RISELA

Otras dos fiestas dejamos por no faltar á vuestra casa.

LAURA

Por más que alguien nos dijo que no sería esta noche por hallaros algo indispuesta.

SIRENA

Sólo por dejar mal á los maldicientes, aun muriendo la hubiera tenido.

RISELA

Y nosotras nos hubiéramos muerto y no hubiéramos dejado de asistir á ella.

LAURA

¿No sabéis la novedad?

RISELA

No se habla de otra cosa.

LAURA

Dicen que ha llegado un personaje misterioso. Unos dicen que es embajador secreto de Venecia ó de Francia.

RISELA

Otros dicen que viene á buscar esposa para el Gran Turco.

LAURA

Aseguran que es lindo como un Adonis.

RISELA

Si nos fuera posible conocerle... Debisteis invitarle á vuestra fiesta.

SIRENA

No fué preciso, amigas, que él mismo envió un embajador á pedir licencia para ser recibido. Y en mi casa está y le veréis muy pronto.

LAURA

¿Qué decís? Ved si anduvimos acertadas en dejarlo todo por asistir á vuestra casa.

RISELA

¡Cuántas nos envidiarán esta noche!

LAURA

Todos rabian por conocerle.

SIRENA

Pues yo nada hice por lograrlo. Bastó que él supiera que yo tenía fiesta en mi casa.

RISELA

Siempre fué lo mismo con vos. No llega persona importante á la ciudad que luego no os ofrezca sus respetos,

LAURA

Ya se me tarda en verle... Llevadnos á su presencia por vuestra vida.

RISELA

Sí, sí, llevadnos.

SIRENA

Permitid, que llega el señor Polichinela con su familia... Pero id sin mí; no os será difícil hablarle.

RISELA

Sí, sí; vamos, Laura.

LAURA

Vamos, Risela. Antes de que aumente la confusión y no nos sea posible acercarnos. *(Vanse por la primera derecha.)*

ESCENA VI

DOÑA SIRENA, POLICHINELA, la SEÑORA DE POLICHINELA y SILVIA, que salen por la segunda derecha.

SIRENA

¡Oh, señor Polichinela! Ya temía que no vendríais. Hasta ahora no comenzó para mí la fiesta.

POLICHINELA

No fué culpa mía la tardanza. Fué de mi mujer, que entre cuarenta vestidos no supo nunca cuál ponerse,

SEÑORA DE POLICHINELA

Si por él fuera me presentaría de cualquier modo... Ved cómo vengo de sofocada por apresurarme.

SIRENA

Venís hermosa como nunca.

POLICHINELA

Pues aun no trae la mitad de sus joyas. No podría con tanto peso.

SIRENA

¿Y quién mejor puede ufanarse con que su esposa ostente el fruto de una riqueza adquirida con vuestro trabajo?

SEÑORA DE POLICHINELA

Pero ¿no es hora ya de disfrutar de ella, como yo le digo, y de tener más nobles aspiraciones? Figuraos que ahora quiere casar á nuestra hija con un negociante.

SIRENA

¡Oh, señor Polichinela! Vuestra hija merece mucho más que un negociante. No hay que pensar en eso. No debéis sacrificar su corazón por ningún interés. ¿Qué dices tú, Silvia?

POLICHINELA

Ella preferirá algún barbilindo, que, muy á pesar mío, es muy dada á novelas y poesía.

SILVIA

Yo haré siempre lo que mi padre ordene, si á mi madre no le contraría y á mí no me disgusta.

SIRENA

Eso es hablar con juicio.

SEÑORA DE POLICHINELA

Tu padre piensa que sólo el dinero vale y se estima en el mundo.

POLICHINELA

Yo pienso que sin dinero no hay cosa que valga ni se estime en el mundo; que es el precio de todo.

SIRENA

¡No habléis así! ¿Y las virtudes, y el saber, y la nobleza?

POLICHINELA

Todo tiene su precio, ¿quién lo duda? Nadie mejor que yo lo sabe, que compré mucho de todo eso, y no muy caro.

SIRENA

¡Oh, señor Polichinela! Es humorada vuestra. Bien sabéis que el dinero no es todo, y que si vuestra hija se enamorara de algún noble caballero, no sería bien contrariarla. Yo sé que tenéis un sensible corazón de padre.

POLICHINELA

Eso sí. Por mi hija sería yo capaz de todo.

SIRENA

¿Hasta de arruinaros?

POLICHINELA

Eso no sería una prueba de cariño. Antes sería capaz de robar, de asesinar..., de todo.

SIRENA

Ya sé que siempre sabríais rehacer vuestra fortuna. Pero la fiesta se anima. Ven conmigo, Silvia. Para danzar téngote destinado un caballero, que habéis de ser la más lucida pareja... *(Se dirigen todos á la primera derecha. Al ir á salir el señor Polichinela, Crispín, que entra por la segunda derecha, le detiene.)*

ESCENA VII

CRISPÍN y POLICHINELA

CRISPÍN

¡Señor Polichinela! Con licencia.

POLICHINELA

¿Quién me llama? ¿Qué me queréis?

CRISPÍN

¿No recordáis de mí? No es extraño. El tiempo todo lo borra, y cuando es algo enojoso lo borra-

do, no deja ni siquiera el borrón como recuerdo, sino que se apresura á pintar sobre él con alegres colores, esos alegres colores con que ocultáis al mundo vuestras jorabas. Señor Polichinela, cuando yo os conocí, apenas las cubrían unos descoloridos andrajos.

POLICHINELA

¿Y quién eres tú y dónde pudiste conocerme?

CRISPÍN

Yo era un mozuelo, tú eras ya todo un hombre. Pero ¿has olvidado ya tantas gloriosas hazañas por esos mares, tantas victorias ganadas al turco, á que no poco contribuímos con nuestro heroico esfuerzo, unidos los dos al mismo noble remo en la misma gloriosa nave?

POLICHINELA

¡Imprudente! ¡Calla ó...!

CRISPÍN

Ó harás conmigo como con tu primer amo en Nápoles y con tu primera mujer en Bolonia, y con aquel mercader judío en Venecia...

POLICHINELA

¡Calla! ¿Quién eres tú, que tanto sabes y tanto hablas?

CRISPÍN

Soy... lo que fuiste. Y quien llegará á ser lo que eres... como tú llegaste. No con tanta violencia

como tú, porque los tiempos son otros y ya sólo asesinan los locos y los enamorados y cuatro pobretes que aun asaltan á mano armada al transeunte por calles obscuras ó caminos solitarios. ¡Carne de horca, despreciable!

POLICHINELA

¿Y qué quieres de mí? Dinero, ¿no es eso? Ya nos veremos más despacio. No es éste el lugar...

CRISPÍN

No tiembles por tu dinero. Sólo deseo ser tu amigo, tu aliado, como en aquellos tiempos.

POLICHINELA

¿Qué puedo hacer por tí?

CRISPÍN

No, ahora soy yo quien va á servirte, quien quiere obligarte con una advertencia... *(Haciéndole que mire á la primera derecha.)* ¿Ves allí á tu hija cómo danza con un joven caballero y cómo sonríe ruborosa al oír sus galanterías? Ese caballero es mi amo.

POLICHINELA

¿Tu amo? Será entonces un aventurero, un hombre de fortuna, un bandido como...

CRISPÍN

¿Como nosotros... vas á decir? No; es más peligroso que nosotros, porque, como ves, su figura

es bella, y hay en su mirada un misterio de encanto y en su voz una dulzura que llega al corazón y le conmueve como si contara una historia triste. ¿No es esto bastante para enamorar á cualquier mujer? No dirás que no te he advertido. Corre y separa á tu hija de ese hombre, y no la permitas que baile con él ni que vuelva á escucharle en su vida.

POLICHINELA

¿Y dices que es tu amo y así le sirves?

CRISPÍN

¿Lo extrañas? ¿Te olvidas ya de cuando fuiste criado? Yo aun no pienso asesinarle.

POLICHINELA

Dices bien; un amo es siempre odioso. Y en servirme á mí, ¿qué interés es el tuyo?

CRISPÍN

Llegar á buen puerto, como llegamos tantas veces remando juntos. Entonces tú me decías alguna vez: tú que eres fuerte rema por mí... En esta galera de ahora eres tú más fuerte que yo; rema por mí, por el fiel amigo de entonces, que la vida es muy pesada galera y yo llevo remado mucho. *(Vase por la segunda derecha.)*

ESCENA VIII

El SEÑOR POLICHINELA, DOÑA SIRENA, la SEÑORA DE POLICHINELA, RISELA y LAURA, que salen por la primera derecha.

LAURA

Sólo doña Sirena sabe ofrecer fiestas semejantes.

RISELA

Y la de esta noche excedió á todas.

SIRENA

La presencia de tan singular caballero fué un nuevo atractivo.

POLICHINELA

¿Y Silvia? ¿Dónde quedó Silvia? ¿Cómo dejaste á nuestra hija?

SIRENA

Callad, señor Polichinela, que vuestra hija se halla en excelente compañía, y en mi casa siempre estará segura.

RISELA

No hubo atenciones más que para ella.

LAURA

Para ella es todo el agrado.

RISELA

Y todos los suspiros.

POLICHINELA

¿De quién? ¿De ese caballero misterioso? Pues no me contenta. Y ahora mismo...

SIRENA

¡Pero señor Polichinela!

POLICHINELA

¡Dejadme, dejadme! Yo sé lo que me hago. *(Vase por la primera derecha.)*

SIRENA

¿Qué le ocurre? ¿Qué destemplanza es ésta?

SEÑORA DE POLICHINELA

¿Veis qué hombre? ¡Capaz será de una grosería con el caballero! ¡Que ha de casar á su hija con algún mercader ú hombre de baja estofa! ¡Que ha de hacerla desgraciada para toda la vida!

SIRENA

¡Eso no!... que sois su madre, y algo ha de valer vuestra autoridad...

SEÑORA DE POLICHINELA

¡Ved! Sin duda dijo alguna impertinencia, y el caballero ya deja la mano de Silvia, y se retira cabizbajo.

LAURA

Y el señor Polichinela parece reprender á vuestra hija...

SIRENA

¡Vamos, vamos! Que no puede consentirse tanta tiranía.

RISELA

Ahora vemos, señora Polichinela, que con todas vuestras riquezas no sois menos desgraciada.

SEÑORA DE POLICHINELA

No lo sabéis, que algunas veces llegó hasta golpearme.

LAURA

¿Qué decís? ¿Y fuisteis mujer para consentirlo?

SEÑORA DE POLICHINELA

Luego cree componerlo con traerme algún regalo.

SIRENA

¡Menos mal! Que hay maridos que no lo componen con nada. *(Vanse todas por la primera derecha.)*

ESCENA IX

LEANDRO y CRISPÍN, que salen por la segunda derecha.

CRISPÍN

¿Qué tristeza, qué abatimiento es ése? ¡Con mayor alegría pensé hallarte!

LEANDRO

Hasta ahora no me vi perdido, hasta ahora no me importó menos perderme. Huyamos, Crispín; huyamos de esta ciudad antes de que nadie pueda descubrirnos y vengan á saber lo que somos.

CRISPÍN

Si huyéramos, es cuando todos lo sabrían y cuando muchos corrieran hasta detenernos y hacernos volver á nuestro pesar, que no parece bien auscitarnos con tanta descortesía, sin despedirnos de gente tan atenta.

LEANDRO

No te burles, Crispín, que estoy desesperado.

CRISPÍN

¡Así eres! Cuando nuestras esperanzas llevan mejor camino.

LEANDRO

¿Qué puedo esperar? Quisiste que fingiera un amor, y mal sabré fingirlo.

CRISPÍN

¿Por qué?

LEANDRO

Porque amo, amo con toda verdad y con toda mi alma.

CRISPÍN

¿Á Silvia? ¿Y de eso te lamentas?

LEANDRO

¡Nunca pensé que pudiera amarse de este modo! ¡Nunca pensé que yo pudiera amar! En mi vida errante por todos los caminos, no fuí siquiera el que siempre pasa, sino el que siempre huye, enemiga la tierra, enemigos los hombres, enemiga la luz del sol. La fruta del camino, hurtada, no ofrecida, dejó acaso en mis labios algún sabor de amores, y alguna vez, después de muchos días azarosos, en el descanso de una noche, la serenidad del cielo me hizo soñar con algo que fuera en mi vida como aquel cielo de la noche que traía á mi alma el reposo de su serenidad. Y así esta noche en el encanto de la fiesta... me pareció que era un descanso en mi vida... y soñaba... ¡He soñado! Pero mañana será otra vez la huída azarosa, será la Justicia que nos persigue... y no quiero que me halle aquí, donde está ella, donde ella puede avergonzarse de haberme visto.

CRISPÍN

Yo creí ver que eras acogido con agrado... Y no fuí yo solo en advertirlo. Doña Sirena y nuestros buenos amigos el Capitán y el poeta le hicieron de ti los mayores elogios. Á su excelente madre, la señora Polichinela, que sólo sueña emparentar con un noble, le pareciste el yerno de sus ilusiones. En cuanto al señor Polichinela...

LEANDRO

Sospecha de nosotros..., nos conoce...

CRISPÍN

Sí; al señor Polichinela no es fácil engañarle como á un hombre vulgar. Á un zorro viejo como él hay que engañarle con lealtad. Por eso me pareció el mejor medio prevenirle de todo.

LEANDRO

¿Cómo?

CRISPÍN

Sí; él me conoce de antiguo... Al decirle que tú eres mi amo supuso, con razón, que el amo sería digno del criado. Y yo, por corresponder á su confianza, le advertí que de ningún modo consintiera que hablaras con su hija.

LEANDRO

¿Eso hiciste? ¿Y qué puedo esperar?

CRISPÍN

¡Necio eres! Que el señor Polichinela ponga todo su empeño en que no vuelvas á ver á su hija.

LEANDRO

¡No lo entiendo!

CRISPÍN

Y que de este modo sea nuestro mejor aliado, porque bastará que él se oponga para que su mujer le lleve la contraria y su hija se enamore de ti más locamente. Tú no sabes lo que es una joven,

hija de un padre rico, criada en el mayor regalo, cuando ve por primera vez en su vida que algo se opone á su voluntad. Estoy seguro de que esta misma noche, antes de terminar la fiesta, consigue burlar la vigilancia de su padre para hablar todavía contigo.

LEANDRO

¿Pero no ves que nada me importa del señor Polichinela ni del mundo entero? Que es á ella, sólo á ella, á quien yo no quiero parecer indigno y despreciable..., á quien yo no quiero mentir.

CRISPÍN

¡Bah! ¡Deja locuras! No es posible retroceder. Piensa en la suerte que nos espera si vacilamos en seguir adelante. ¿Que te has enamorado? Ese amor verdadero nos servirá mejor que si fuera fingido. Tal vez de otro modo hubieras querido ir demasiado de prisa; y si la osadía y la insolencia convienen para todo, sólo en amor sienta bien á los hombres algo de timidez. La timidez del hombre hace ser más atrevidas á las mujeres. Y si lo dudas, aquí tienes á la inocente Silvia, que llega con el mayor sigilo y sólo espera para acercarse á ti que yo me retire ó me esconda.

LEANDRO

¿Silvia dices?

CRISPÍN

¡Chito! ¡Que pudiera espantarse! Y cuando esté á tu lado, mucha discreción..., pocas palabras,

pocas... Adora, contempla, admira, y deja que hable por ti el encanto de esta noche azul, propicia á los amores, y esa música que apaga sus sones entre la arboleda y llega como triste de la alegría de la fiesta.

LEANDRO

No te burles, Crispín, no te burles de este amor que será mi muerte.

CRISPÍN

¿Por qué he de burlarme? Yo sé bien que no conviene siempre rastrear. Alguna vez hay que volar por el cielo para mejor dominar la tierra. Vuela tú ahora; yo sigo arrastrándome. ¡El mundo será nuestro! *(Vase por la segunda izquierda.)*

ESCENA ÚLTIMA

LEANDRO y SILVIA, que sale por la primera derecha. Al final CRISPÍN

LEANDRO

¡Silvia!

SILVIA

¿Sois vos? Perdonad; no creí hallaros aquí.

LEANDRO

Huí de la fiesta. Su alegría me entristece.

SILVIA

¿También á vos?

LEANDRO

¿También decís? ¡También os entristece la alegría!...

SILVIA

Mi padre se ha enojado conmigo. ¡Nunca me habló de ese modo! Y con vos también estuvo desatento. ¿Le perdonáis?

LEANDRO

Sí; lo perdono todo. Pero no le enojéis por mi causa. Volved á la fiesta, que han de buscaros; y si os hallaran aquí á mi lado...

SILVIA

Tenéis razón. Pero volved vos también. ¿Por qué habéis de estar triste?

LEANDRO

No; yo saldré sin que nadie lo advierta... Debo ir muy lejos.

SILVIA

¿Qué decís? ¿No os trajeron asuntos de importancia á esta ciudad? ¿No debíais permanecer aquí mucho tiempo?

LEANDRO

¡No, no! ¡Ni un día más! ¡Ni un día más!

SILVIA

Entonces... ¿Me habéis mentido?

LEANDRO

¡Mentir! No... No digáis que he mentido... No; ésta es la única verdad de mi vida... ¡Este sueño que no debe tener despertar! *(Se oye á lo lejos la música de una canción hasta que cae el telón.)*

SILVIA

Es Arlequín que canta... ¿Qué os sucede? ¿Lloráis? ¿Es la música la que os hace llorar? ¿Por qué no decirme vuestra tristeza?

LEANDRO

¿Mi tristeza? Ya la dice esa canción. Escuchadla.

SILVIA

Desde aquí sólo la música se percibe; las palabras se pierden. ¿No la sabéis? Es una canción al silencio de la noche, y se llama *El reino de las almas.* ¿No la sabéis?

LEANDRO

Decidla...

SILVIA

La noche amorosa, sobre los amantes
tiende de su cielo el dosel nupcial.
La noche ha prendido sus claros diamantes
en el terciopelo de un cielo estival...

El jardín en sombra no tiene colores,
y es en el misterio de su obscuridad
susurro el follaje, aroma las flores
y amor... un deseo dulce de llorar.
La voz que suspira, y la voz que canta
y la voz que dice palabras de amor,
impiedad parecen en la noche santa
como una blasfemia entre una oración.
¡Alma del silencio, que yo reverencio,
tiene tu silencio la inefable voz
de los que murieron amando en silencio;
de los que callaron muriendo de amor;
de los que en la vida por amarnos mucho
tal vez no supieron su amor expresar!
¿No es la voz acaso que en la noche escucho
y cuando amor dice, dice eternidad?
¡Madre de mi alma! ¿No es luz de tus ojos
la luz de esa estrella
que como una lágrima de amor infinito
en la noche tiembla?
¡Dile á la que hoy amo que yo no amé nunca
más que á ti en la tierra,
y desde que has muerto sólo me ha besado
la luz de esa estrella!

LEANDRO

¡Madre de mi alma! Yo no he amado nunca
más que á ti en la tierra,
y desde que has muerto sólo me ha besado
la luz de esa estrella.

(Quedan en silencio, abrazados y mirándose.)

CRISPÍN

(Que aparece por la segunda izquierda. Aparte.)
¡Noche, poesía, locuras de amante!...
¡Todo ha de servirnos en esta ocasión!
¡El triunfo es seguro! ¡Valor y adelante!
¿Quién podrá vencernos si es nuestro el amor?

(Silvia y Leandro, abrazados, se dirigen muy despacio á la primera derecha. Crispín los sigue sin ser visto por ellos. El telón va bajando muy despacio.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Sala en casa de Leandro.

ESCENA PRIMERA

CRISPÍN, el CAPITÁN, ARLEQUÍN. Salen por la segunda derecha, ó sea el pasillo.

CRISPÍN

Entrad, caballeros, y sentaos con toda comodidad. Diré que os sirvan algo... ¡Hola! ¡Eh! ¡Hola!

CAPITÁN

De ningún modo. No aceptamos nada.

ARLEQUÍN

Sólo venimos á ofrecernos á tu señor, después de lo que hemos sabido.

CAPITÁN

¡Increíble traición, que no quedará sin castigar! ¡Yo te aseguro que si el señor Polichinela se pone al alcance de mi mano...

rech

ARLEQUÍN

¡Ventaja de los poetas! Yo siempre le tendré al alcance de mis versos... ¡Oh! La tremenda sátira que pienso dedicarle... ¡Viejo dañino, viejo malvado!

CAPITÁN

¿Y dices que tu amo no fué siquiera herido?

CRISPÍN

Pero pudo ser muerto. ¡Figuraos! ¡Una docena de espadachines asaltándole de improviso! Gracias á su valor, á su destreza, á mis voces...

ARLEQUÍN

¿Y ello sucedió anoche, cuando tu señor hablaba con Silvia por la tapia de su jardín?

CRISPÍN

Ya mi señor había tenido aviso...; pero ya le conocéis: no es hombre para intimidarse por nada.

CAPITÁN

Pero debió advertirnos...

ARLEQUÍN

Debió advertir al señor Capitán. Él le hubiera acompañado gustoso.

CRISPÍN

Ya conocéis á mi señor. Él solo se basta.

CAPITÁN

¿Y dices que por fin conseguiste atrapar por el cuello á uno de los malandrines, que confesó que todo estaba preparado por el señor Polichinela para deshacerse de tu amo?...

CRISPÍN

¿Y quién sino él podía tener interés en ello? Su hija ama á mi señor; él trata de casarla á su gusto; mi señor estorba sus planes, y el señor Polichinela supo toda su vida cómo suprimir estorbos. ¿No enviudó dos veces en poco tiempo? ¿No heredó en menos á todos sus parientes viejos y jóvenes? Todos lo saben, nadie dirá que le calumnio... ¡Ah! La riqueza del señor Polichinela es un insulto á la humanidad y á la justicia. Sólo entre gente sin honor puede triunfar impune un hombre como el señor Polichinela.

ARLEQUÍN

Dices bien. Y yo en mi sátira he de decir todo eso... Claro que sin nombrarle, porque la poesía no debe permitirse tanta licencia.

CRISPÍN

¡Bastante le importará á él de vuestra sátira!

CAPITÁN

Dejadme, dejadme á mí, que como él se ponga al alcance de mi mano... Pero bien sé que él no vendrá á buscarme.

CRISPÍN

Ni mi señor consentiría que se ofendiera al señor Polichinela. Á pesar de todo, es el padre de Silvia. Lo que importa es que todos sepan en la ciudad cómo mi amo estuvo á punto de ser asesinado, cómo no puede consentirse que ese viejo zorro contraríe la voluntad y el corazón de su hija.

ARLEQUÍN

No puede consentirse; el amor está sobre todo.

CRISPÍN

Y si mi amo fuera algún ruin sujeto... Pero, decidme: ¿no es el señor Polichinela el que debía enorgullecerse de que mi señor se haya dignado enamorarse de su hija y aceptarle por suegro? ¡Mi señor, que á tantas doncellas de linaje excelso ha despreciado, y por quien más de cuatro princesas hicieron cuatro mil locuras!... Pero ¿quién llega? *(Mirando hacia la segunda derecha.)* ¡Ah, Colombina! ¡Adelante, graciosa Colombina, no hayas temor! *(Sale Colombina.)* Todos somos amigos, y nuestra mutua amistad te defiende de nuestra unánime admiración.

ESCENA II

DICHOS y COLOMBINA, que sale por la segunda derecha, ó sea el pasillo.

COLOMBINA

Doña Sirena me envía á saber de tu señor. Apenas rayaba el día, vino Silvia á nuestra casa,

y refirió á mi señora todo lo sucedido. Dice que no volverá á casa de su padre, ni saldrá de casa de mi señora más que para ser la esposa del señor Leandro.

CRISPÍN

¿Eso dice? ¡Oh noble joven! ¡Oh corazon amante!

ARLEQUÍN

¡Qué epitalamio pienso componer á sus bodas!

COLOMBINA

Silvia cree que Leandro está malherido... Desde su balcón oyó ruido de espadas, tus voces en demanda de auxilio. Después cayó sin sentido, y así la hallaron al amanecer. Decidme lo que sea del señor Leandro, pues muere de angustia hasta saberlo, y mi señora también quedó en cuidado.

CRISPÍN

Dile que mi señor pudo salvarse, porque amor le guardaba; dile que sólo de amor muere con incurable herida... Dile... *(Viendo venir á Leandro.)* ¡Ah!... Pero aquí llega él mismo, que te dirá cuanto yo pudiera decirte.

ESCENA III

DICHOS y LEANDRO, que sale por la primera derecha.

CAPITÁN

(Abrazándole.) ¡Amigo mío!

ARLEQUÍN

(Abrazándole.) ¡Amigo y señor!

COLOMBINA

¡Ah, señor Leandro! ¡Que estáis salvo! ¡Qué alegría!

LEANDRO

¿Cómo supisteis...?

COLOMBINA

En toda la ciudad no se habla de otra cosa; por las calles se reune la gente en corrillos, y todos murmuran y claman contra el señor Polichinela.

LEANDRO

¿Qué decís?

CAPITÁN

¡Y si algo volviera á intentar contra vos...!

ARLEQUÍN

¿Y si aun quisiera oponerse á vuestros amores?

COLOMBINA

Todo sería inútil. Silvia está en casa de mi señora, y sólo saldrá de allí para ser vuestra esposa...

LEANDRO

¿Silvia en vuestra casa? Y su padre...

COLOMBINA

El señor Polichinela hará muy bien en ocultarse.

CAPITÁN

¡Creyó que á tanto podría atreverse con su riqueza insolente!

ARLEQUÍN

Pudo atreverse á todo, pero no al amor...

COLOMBINA

¡Pretender asesinaros tan villanamente!

CRISPÍN

¡Doce espadachines, doce... yo los conté!

LEANDRO

Yo sólo pude distinguir á tres ó cuatro.

CRISPÍN

Mi señor concluirá por deciros que no fué tanto el riesgo, por no hacer mérito de su serenidad y de su valor... ¡Pero yo lo vi! Doce eran, doce, armados hasta los dientes, decididos á todo. ¡Imposible me parece que escapara con vida!

COLOMBINA

Corro á tranquilizar á Silvia y á mi señora.

CRISPÍN

Escucha, Colombina. Á Silvia, ¿no fuera mejor no tranquilizarla?...

COLOMBINA

Déjalo á cargo de mi señora. Silvia cree á estas horas que tu señor está moribundo, y aunque doña Sirena finge contenerla... no tardará en venir aquí sin reparar en nada.

CRISPÍN

Mucho fuera que tu señora no hubiera pensado en todo.

CAPITÁN

Vamos también, pues ya en nada podemos aquí serviros. Lo que ahora conviene es sostener la indignación de las gentes contra el señor Polichinela.

ARLEQUÍN

Apedrearémos su casa... Levantaremos á toda la ciudad en contra suya... Sepa que si hasta hoy nadie se atrevió contra él, hoy todos juntos nos atrevemos; sepa que hay un espíritu y una conciencia en la multitud.

COLOMBINA

Él mismo tendrá que venir á rogaros que toméis á su hija por esposa.

CRISPÍN

Sí, sí; corred, amigos. Ved que la vida de mi señor no está segura... El que una vez quiso asesinarle, no se detendrá por nada.

CAPITÁN

No temas... ¡Amigo mío!

ARLEQUÍN

¡Amigo y señor!

COLOMBINA

¡Señor Leandro!

LEANDRO

Gracias á todos, amigos míos, amigos leales. *(Se van todos, menos Leandro y Crispín, por la segunda derecha.)*

ESCENA IV

LEANDRO y CRISPÍN

LEANDRO

¿Qué es esto, Crispín? ¿Qué pretendes? ¿Hasta dónde has de llevarme con tus enredos? ¿Piensas que lo creí? Tú pagaste á los espadachines; todo fué invención tuya. ¡Mal hubiera podido valerme contra todos si ellos no vinieran de burla!

CRISPÍN

¿Y serás capaz de reñirme, cuando así anticipo el logro de tus esperanzas?

LEANDRO

No, Crispín, no. ¡Bien sabes que no! Amo á Silvia y no lográré su amor con engaños, suceda lo que suceda.

CRISPÍN

Bien sabes lo que ha de sucederte... ¡Si amar es resignarse á perder lo que se ama por sutilezas de conciencia... que Silvia misma no ha de agradecerte!...

LEANDRO

¿Qué dices? ¡Si ella supiera quién soy!...

CRISPÍN

Y cuando lo sepa, ya no serás el que fuiste; serás su esposo, su enamorado esposo, todo lo enamorado y lo fiel y lo noble que tú quieras y ella pueda desear... Una vez dueño de su amor... y de su dote, ¿no serás el más perfecto caballero? Tú no eres como el señor Polichinela, que con todo su dinero que tantos lujos le permite, aun no se ha permitido el lujo de ser honrado... En él es naturaleza la truhanería; pero en ti, en ti fué sólo necesidad... Y aun si no me hubieras tenido á tu lado, ya te hubieras dejado morir de hambre de puro escrupuloso. ¡Ah! ¿Crees que si yo hubiera hallado en ti otro hombre me hubiera contentado con dedicarte á enamorar?... No; te hubiera dedicado á la política, y, no el dinero del señor Polichinela, el mundo hubiera sido nuestro... Pero no eres ambicioso, te contentas con ser feliz.

LEANDRO

¿Pero no viste que mal podía serlo? Si hubiera mentido para ser amado y ser rico de este modo,

hubiera sido porque yo no amaba, y mal podía ser feliz. Y si amo, ¿cómo puedo mentir?

CRISPÍN

Pues no mientas. Ama, ama con todo tu corazón inmensamente. Pero defiende tu amor sobre todo. En amor no es mentir callar lo que puede hacernos perder la estimación del ser amado.

LEANDRO

Esas sí que son sutilezas, Crispín.

CRISPÍN

Que tú debiste hallar antes si tu amor fuera como dices. Amor es todo sutilezas y la mayor de todas no es engañar á los demás, sino engañarse á sí mismo.

LEANDRO

Yo no puedo engañarme, Crispín. No soy de esos hombres que cuando venden su conciencia se creen en el caso de vender también su entendimiento.

CRISPÍN

Por eso dije que no servías para la política. Y bien dices. Que el entendimiento es la conciencia de la verdad, y el que llega á perderla entre las mentiras de su vida, es como si se perdiera á sí propio, porque ya nunca volverá á encontrarse ni á conocerse, y él mismo vendrá á ser otra mentira.

LEANDRO

¿Dónde aprendiste tanto, Crispín?

CRISPÍN

Medité algún tiempo en galeras, donde esta conciencia de mi entendimiento me acusó más de torpe que de pícaro. Con más picardía y menos torpeza, en vez de remar en ellas pude haber llegado á mandarlas. Por eso juré no volver en mi vida... Piensa de qué no seré capaz ahora que por tu causa me veo á punto de quebrantar mi juramento.

LEANDRO

¿Qué dices?

CRISPÍN

Que nuestra situación es ya insostenible, que hemos apurado nuestro crédito, y las gentes ya empiezan á pedir algo efectivo. El Hostelero que nos albergó con toda esplendidez por muchos días, esperando que recibieras tus libranzas. El señor Pantalón, que fiado en el crédito del Hostelero, nos proporcionó cuanto fué preciso para instalarnos con suntuosidad en esta casa... Mercaderes de todo género, que no dudaron en proveernos de todo, deslumbrados por tanta grandeza. Doña Sirena misma, que tan buenos oficios nos ha prestado en tus amores... Todos han esperado lo razonable, y sería injusto pretender más de ellos, ni quejarse de tan amable gente... ¡Con letras de oro quedará grabado en mi corazón el

nombre de esta insigne ciudad, que desde ahora declaro por mi madre adoptiva! Á más de esto..., ¿olvidas que de otras partes habrán salido y andarán en busca nuestra? ¿Piensas que las hazañas de Mantua y de Florencia son para olvidarlas? ¿Recuerdas el famoso proceso de Bolonia?... ¡Tres mil doscientos folios sumaba cuando nos ausentamos alarmados de verle crecer tan sin tino! ¿Qué no habrá aumentado bajo la pluma de aquel gran doctor jurista que la había tomado por su cuenta? ¡Qué de considerandos y de resultandos de que no resultará cosa buena! ¿Y aun dudas? ¿Y aun me reprendes porque di la batalla que puede decidir en un día de nuestra suerte?

LEANDRO

¡Huyamos!

CRISPÍN

¡No! ¡Basta de huir á la desesperada! Hoy ha de fijarse nuestra fortuna... Te di el amor, dame tú la vida.

LEANDRO

¿Pero cómo salvarnos? ¿Qué puedo yo hacer? Dime.

CRISPÍN

Nada ya. Basta con aceptar lo que los demás han de ofrecernos... Piensa que hemos creado muchos intereses y es interés de todos el salvarnos.

ESCENA V

DICHOS y DOÑA SIRENA, que sale por la segunda derecha, ó sea el pasillo.

SIRENA

¿Dais licencia, señor Leandro?

LEANDRO

¡Doña Sirena! ¿Vos en mi casa?

SIRENA

Ya veis á lo que me expongo. Á tantas lenguas maldicientes. ¡Yo en casa de un caballero, joven, apuesto!...

CRISPÍN

Mi señor sabría hacer callar á los maldicientes si alguno se atreviera á poner sospecha en vuestra fama.

SIRENA

¿Tu señor? No me fío. ¡Los hombres son tan jactanciosos! Pero en nada reparo por serviros. ¿Qué me decís, señor, que anoche quisieron daros muerte? No se habla de otra cosa... ¡Y Silvia! ¡Pobre niña! ¡Cuánto os ama! ¡Quisiera saber qué hicisteis para enamorarla de ese modo!

CRISPÍN

Mi señor sabe que todo lo debe á vuestra amistad.

SIRENA

No diré yo que no me deba mucho..., que siempre hablé de él como yo no debía, sin conocerle lo bastante... Á mucho me atreví por amor vuestro. Si ahora faltarais á vuestras promesas...

CRISPÍN

¿Dudáis de mi señor? ¿No tenéis cédula firmada de su mano...?

SIRENA

¡Buena mano y buen nombre! ¿Pensáis que todos no nos conocemos? Yo sé confiar y sé que el señor Leandro cumplirá como debe. Pero si vierais que hoy es un día aciago para mí, y por lograr hoy una mitad de lo que se me ha ofrecido perdería gustosa la otra mitad...

CRISPÍN

¿Hoy decís?

SIRENA

¡Día de tribulaciones! Para que nada falte, veinte años hace hoy también que perdí á mi segundo marido, que fué el primero, el único amor de mi vida.

CRISPÍN

Dicho sea en elogio del primero.

SIRENA

El primero me fué impuesto por mi padre. Yo no le amaba, y á pesar de ello supe serle fiel.

CRISPÍN

¿Qué no sabréis vos, doña Sirena?

SIRENA

Pero dejemos los recuerdos, que todo lo entristecen. Hablemos de esperanzas. ¿Sabéis que Silvia quiso venir conmigo?

LEANDRO

¿Aquí á esta casa?

SIRENA

¿Qué os parece? ¿Qué diría el señor Polichinela? ¡Con toda la ciudad soliviantada contra él, fuerza le sería casaros!

LEANDRO

No, no; impedidla que venga.

CRISPÍN

¡Chits! Comprenderéis que mi señor no dice lo que siente.

SIRENA

Lo comprendo... ¿Qué no daría él por ver á Silvia á su lado, para no separarse nunca de ella?

CRISPÍN

¿Qué daría? ¡No lo sabéis!

SIRENA

Por eso lo pregunto.

CRISPÍN

¡Ah, doña Sirena!... Si mi señor es hoy esposo de Silvia, hoy mismo cumplirá lo que os prometió.

SIRENA

¿Y si no lo fuera?

CRISPÍN

Entonces... lo habréis perdido todo. Ved lo que os conviene.

LEANDRO

¡Calla, Crispín! ¡Basta! No puedo consentir que mi amor se trate como mercancía. Salid, doña Sirena; decid á Silvia que vuelva á casa de su padre, que no venga aquí en modo alguno, que me olvide para siempre, que yo he de huir donde no vuelva á saber de mi nombre... ¡Mi nombre! ¿Tengo yo nombre acaso?

CRISPÍN

¿No callarás?

SIRENA

¿Qué le dió? ¡Qué locura es ésta! ¡Volved en vos! ¡Renunciar de ese modo á tan gran ventura!... Y no se trata sólo de vos. Pensad que hay quien todo lo fió en vuestra suerte, y no puede burlarse así de una dama de calidad que á tanto se expuso por serviros. Vos no haréis tal locura, vos os casaréis con Silvia, ó habrá quien sepa pediros

cuenta de vuestros engaños, que no estoy tan solá en el mundo como pudisteis creer, señor Leandro.

CRISPÍN

Doña Sirena dice muy bien. Pero creed que mi señor sólo habla así ofendido por vuestra desconfianza.

SIRENA

No es desconfianza en él... Es, todo he de decirlo... es que el señor Polichinela no es hombre para dejarse burlar..., y ante el clamor que habéis levantado contra él con vuestra estratagema de anoche...

CRISPÍN

¿Estratagema decís?

SIRENA

¡Bah! Todos nos conocemos. Sabed que uno de los espadachines es pariente mío y los otros me son también muy allegados... Pues bien: el señor Polichinela no se ha descuidado, y ya se murmura por la ciudad que ha dado aviso á la Justicia de quién sois y cómo puede perderos; dícese también que hoy llegó de Bolonia un proceso...

CRISPÍN

¡Y un endiablado doctor con él! Tres mil novecientos folios...

SIRENA

Todo esto se dice, se asegura... Ved si importa no perder tiempo.

CRISPÍN

¿Y quién lo malgasta y lo pierde sino vos? Volved á vuestra casa... Decid á Silvia...

SIRENA

Silvia está aquí. Vino junto con Colombina, como otra doncella de mi acompañamiento. En vuestra antecámara espera. Le dije que estabais muy malherido...

LEANDRO

¡Oh, Silvia mía!

SIRENA

Sólo pensó en que podíais morir..., nada pensó en lo que arriesgaba con venir á veros. ¿Soy vuestra amiga?

CRISPÍN

Sois adorable. Pronto. Acostaos aquí, haceros del doliente y del desmayado. Ved que si es preciso yo sabré que lo estéis de veras. *(Amenazándole y haciéndole sentar en un sillón.)*

LEANDRO

Sí, soy vuestro, lo sé, lo veo... Pero Silvia no lo será. Sí, quiero verla; decidle que llegue, que he de salvarla á pesar vuestro, á pesar de todos, á pesar de ella misma.

CRISPÍN

Comprenderéis que mi señor no siente lo que dice.

SIRENA

No lo creo tan necio ni tan loco. Ven conmigo. *(Se va con Crispín por la segunda derecha, ó sea el pasillo.)*

ESCENA VI

LEANDRO y SILVIA, que sale por la segunda derecha.

LEANDRO

¡Silvia! ¡Silvia mía!

SILVIA

¿No estás herido?

LEANDRO

No; ya lo ves... Fué un engaño, un engaño más para traerte aquí. Pero no temas; pronto vendrá tu padre, pronto saldrás con él sin que nada tengas que reprocharme... ¡Oh! Sólo el haber empañado la serenidad de tu alma con una ilusión de amor, que para ti sólo será el recuerdo de un mal sueño.

SILVIA

¿Qué dices, Leandro? ¿Tu amor no era verdad?

LEANDRO

¡Mi amor, sí... por eso no ha de engañarte! Sal de aquí pronto antes de que nadie, fuera de los que aquí te trajeron, pueda saber que viniste.

SILVIA

¿Qué temes? ¿No estoy segura en tu casa? Yo no dudé en venir á ella... ¿Qué peligros pueden amenazarme á tu lado?

LEANDRO

Ninguno; dices bien. Mi amor te defiende de tu misma inocencia.

SILVIA

No he de volver á casa de mi padre después de su acción horrible.

LEANDRO

No, Silvia, no culpes á tu padre. No fué él; fué otro engaño más, otra mentira... Huye de mí, olvida á este miserable aventurero, sin nombre, perseguido por la Justicia.

SILVIA

¡No, no es cierto! Es que la conducta de mi padre me hizo indigna de vuestro cariño. Eso es. Lo comprendo... ¡Pobre de mí!

LEANDRO

¡Silvia! ¡Silvia mía! ¡Qué crueles tus dulces palabras! ¡Qué cruel esa noble confianza de tu corazón, ignorante del mal y de la vida!

ESCENA VII

DICHOS y CRISPÍN, que sale corriendo por la segunda derecha.

CRISPÍN

¡Señor! ¡Señor! El señor Polichinela llega.

SILVIA

¡Mi padre!

LEANDRO

¡Nada importa! Yo os entregaré á él por mi mano.

CRISPÍN

Ved que no viene solo, sino con mucha gente y Justicia con él...

LEANDRO

¡Ah! ¡Si te hallan aquí! ¡En mi poder! Sin duda tú les diste aviso... Pero no lograréis vuestro propósito.

CRISPÍN

¿Yo? No por cierto... Que esto va de veras y ya temo que nadie pueda salvarnos.

LEANDRO

¡Á nosotros, no; ni he de intentarlo!... Pero á ella sí... Conviene ocultarte; queda aquí.

SILVIA

¿Y tú?

LEANDRO

Nada temas. ¡Pronto, que llegan! *(Esconde á Silvia en la habitación del foro, diciéndole á Crispín):* Tú verás lo que trae á esa gente. Sólo cuida de que nadie entre ahí hasta mi regreso... No hay otra huída. *(Se dirige á la ventana.)*

CRISPÍN

(Deteniéndole.) ¡Señor! ¡Tente! ¡No te mates así!

LEANDRO

No pretendo matarme ni pretendo escapar; pretendo salvarla... *(Trepa hacia arriba por la ventana y desaparece.)*

CRISPÍN

¡Señor, señor! ¡Menos mal! Creí que intentaba arrojarse al suelo, pero trepó hacia arriba... Esperemos todavía... Aun quiere volar... Es su región, las alturas. Yo á la mía, la tierra... Ahora más que nunca conviene afirmarse en ella. *(Se sienta en un sillón con mucha calma.)*

ESCENA VIII

CRISPÍN, el SEÑOR POLICHINELA, el HOSTELERO, el SEÑOR PANTALÓN, el CAPITÁN, ARLEQUÍN, el DOCTOR, el SECRETARIO y dos ALGUACILES con enormes protocolos de curia. Todos salen por la segunda derecha, ó sea el pasillo.

POLICHINELA

(Dentro, á gente que se supone fuera.) ¡Guardad bien las puertas, que nadie salga, hombre ni mujer, ni perro ni gato!

HOSTELERO

¿Dónde están, dónde están esos bandoleros, esos asesinos?

PANTALÓN

¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mi dinero! ¡Mi dinero! *(Van saliendo todos por el orden que se indica. El Doctor y el Secretario se dirigen á la mesa y se disponen á escribir. Los dos alguaciles de pie, teniendo en las manos los enormes protocolos del proceso.)*

CAPITÁN

Pero ¿es posible lo que vemos, Crispín?

ARLEQUÍN

¿Es posible lo que sucede?

PANTALÓN

¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!

HOSTELERO

¡Que los prendan..., que se aseguren de ellos!

PANTALÓN

¡No escaparán..., no escaparán!

CRISPÍN

Pero ¿qué es esto? ¿Cómo se atropella así la mansión de un noble caballero? Agradezcan la ausencia de mi señor.

PANTALÓN

¡Calla, calla, que tú eres su cómplice y has de pagar con él!

HOSTELERO

¿Cómo cómplice? Tan delincuente como su pretendido señor..., que él fué quien me engañó.

CAPITÁN

¿Qué significa esto, Crispín?

ARLEQUÍN

¿Tiene razón esta gente?

POLICHINELA

¿Qué dices ahora, Crispín? ¿Pensaste que habían de valerte tus enredos conmigo? ¿Conque yo pretendí asesinar á tu señor? ¿Conque yo soy un viejo avaro que sacrifica á su hija? ¿Conque toda la ciudad se levanta contra mí llenándome de insultos? Ahora veremos.

PANTALÓN

Dejadle, señor Polichinela, que este es asunto nuestro, que al fin vos no habéis perdido nada. Pero yo... ¡todo mi caudal, que lo presté sin garantía! ¡Perdido me veré para toda mi vida! ¿Qué será de mí?

HOSTELERO

¿Y yo, decidme, que gasté lo que no tenía y aun hube de empeñarme por servirle como creí correspondía á su calidad? ¡Esto es mi destrucción, mi ruina!

CAPITÁN

¡Y nosotros también fuimos ruinmente engañados! ¿Qué se dirá de mí, que puse mi espada y mi valor al servicio de un aventurero?

ARLEQUÍN

¿Y de mí, que le dediqué soneto tras soneto como al más noble señor?

POLICHINELA

¡Ja, ja, ja!

PANTALÓN

¡Sí, reíd, reíd!... Como nada perdisteis...

HOSTELERO

Como nada os robaron...

PANTALÓN

¡Pronto, pronto! ¿Dónde está el otro pícaro?

HOSTELERO

Registradlo todo hasta dar con él.

CRISPÍN

Poco á poco. Si dais un solo paso... *(Amenazando con la espada.)*

PANTALÓN

¿Amenazas todavía? ¿Y esto ha de sufrirse? ¡Justicia, justicia!

HOSTELERO

¡Eso es, justicia!

DOCTOR

Señores... Si no me atendéis, nada conseguiremos. Nadie puede tomarse justicia por su mano, que la Justicia no es atropello ni venganza, y *summum jus, summa injuria.* La Justicia es todo sabiduría, y la sabiduría es todo orden, y el orden es todo razón, y la razón es todo procedimiento, y el procedimiento es todo lógica. *Barbara Celare, Dario, Ferioque, Baralipton,* depositad en mí vuestros agravios y querellas, que todo ha de unirse á este proceso que conmigo traigo.

CRISPÍN

¡Horror! ¡Aun ha crecido!

DOCTOR

Constan aquí otros muchos delitos de estos hombres, y á ellos han de sumarse estos de que

ahora les acusáis. Y yo seré parte en todos ellos; sólo así obtendréis la debida satisfacción y justicia. Escribid, señor Secretario, y vayan deponiendo los querellantes.

PANTALÓN

Dejadnos de embrollos, que bien conocemos vuestra justicia.

HOSTELERO

No se escriba nada, que todo será poner lo blanco negro... Y quedaremos nosotros sin nuestro dinero y ellos sin castigar.

PANTALÓN

Eso, eso... ¡Mi dinero, mi dinero! ¡Y después justicia!

DOCTOR

¡Gente indocta, gente ignorante, gente incivil! ¿Qué idea tenéis de la Justicia? No basta que os digáis perjudicados si no pareciere bien claramente que hubo intención de causaros perjuicio, esto es, fraude ó dolo, que no es lo mismo... aunque la vulgar acepción los confunda. Pero sabed... que en el un caso...

PANTALÓN

¡Basta! ¡Basta! Que acabaréis por decir que fuimos nosotros los culpables.

DOCTOR

¡Y como pudiera ser si os obstináis en negar la verdad de los hechos!...

HOSTELERO

¡Esta es buena! Que fuimos robados. ¿Quiere más verdad ni más claro delito?

DOCTOR

Sabed que robo no es lo mismo que hurto, y mucho menos que fraude ó dolo, como dije primero. Desde las doce tablas hasta Justiniano, Triboniano, Emiliano y Triberiano...

PANTALÓN

Todo fué quedarnos sin nuestro dinero... Y de ahí no habrá quien nos saque.

POLICHINELA

El señor Doctor habla muy en razón. Confiad en él, y que todo conste en proceso.

DOCTOR

Escribid, escribid luego, señor Secretario.

CRISPÍN

¿Quieren oirme?

PANTALÓN

¡No, no! Calle el pícaro..., calle el desvergonzado.

HOSTELERO

Ya hablaréis donde os pesará.

DOCTOR

Ya hablará cuando le corresponda, que á todos ha de oírse en justicia... Escribid, escribid. En la

ciudad de..., á tantos... No sería malo proceder primeramente al inventario de cuanto hay en la casa.

CRISPÍN

No dará tregua á la pluma...

DOCTOR

Y proceder al depósito de fianza por parte de los querellantes, por que no pueda haber sospecha en su buena fe. Bastará con dos mil escudos de presente y caución de todos sus bienes...

PANTALÓN

¿Qué decís? ¡Nosotros dos mil escudos!

DOCTOR

Ocho debieran ser; pero basta que seáis personas de algún crédito para que todo se tenga en cuenta, que nunca fuí desconsiderado...

HOSTELERO

¡Alto, y no se escriba más, que no hemos de pasar por eso!

DOCTOR

¿Cómo? ¿Así se atropella á la Justicia? Ábrase proceso separado por violencia y mano airada contra un ministro de Justicia en funciones de su ministerio.

PANTALÓN

¡Este hombre ha de perdernos!

HOSTELERO

¡Está loco!

DOCTOR

¿Hombre y loco, decís? Hablen con respeto. Escribid, escribid que hubo también ofensas de palabra...

CRISPÍN

Bien os está por no escucharme.

PANTALÓN

Habla, habla, que todo será mejor, según vemos.

CRISPÍN

Pues atajen á ese hombre, que levantará un monte con sus papelotes.

PANTALÓN

¡Basta, basta ya, decimos!

HOSTELERO

Deje la pluma...

DOCTOR

Nadie sea osado á poner mano en nada.

CRISPÍN

Señor Capitán, sírvanos vuestra espada, que es también atributo de justicia.

CAPITÁN

(Va á la mesa y da un fuerte golpe con la espada en los papeles que está escribiendo el Doctor.) Háganos la merced de no escribir más.

DOCTOR

Ved lo que es pedir las cosas en razón. Suspended las actuaciones, que hay cuestión previa á dilucidar... Hablen las partes entre sí... Bueno fuera, no obstante, proceder en el ínterin al inventario...

PANTALÓN

¡No, no!

DOCTOR

Es formalidad que no puede evitarse.

CRISPÍN

Ya escribiréis cuanto sea preciso. Dejadme ahora hablar aparte con estos honrados señores.

DOCTOR

Si os conviene sacar testimonio de cuanto aquí les digáis...

CRISPÍN

Por ningún modo. No se escriba una letra, ó no hablaré nunca.

CAPITÁN

Deje hablar al mozo.

CRISPÍN

¿Y qué he deciros? ¿De qué os quejáis? ¿De haber perdido vuestro dinero? ¿Qué pretendéis? ¿Recobrarlo?

PANTALÓN

¡Eso, eso! ¡Mi dinero!

HOSTELERO

¡Nuestro dinero!

CRISPÍN

Pues escuchadme aquí... ¿De dónde habéis de cobrarlo si así quitáis crédito á mi señor y así hacéis imposible su boda con la hija del señor Polichinela?... ¡Voto á... que siempre pedí tratar con pícaros mejor que con necios! Ved lo que hicisteis y cómo se compondrá ahora con la Justicia de por medio. ¿Qué lograréis ahora si dan con nosotros en galeras ó en sitio peor? ¿Será buena moneda para cobraros las tundigas de nuestro pellejo? ¿Seréis más ricos, más nobles, ó más grandes, cuando nosotros estemos perdidos? En cambio, si no nos hubierais estorbado á tan mal tiempo, hoy, hoy mismo, tendríais vuestro dinero, con todos sus intereses..., que ellos solos bastarían á llevaros á la horca, si la Justicia no estuviera en esas manos y en esas plumas... Ahora haced lo que os plazca, que yo os dije lo que os convenía...

DOCTOR

Quedaron suspensos...

CAPITÁN

Yo aun no puedo creer que ellos sean tales bellacos.

POLICHINELA

Este Crispín... Capaz será de convencerlos...

PANTALÓN

(Al Hostelero.) ¿Qué decís á esto? Bien mirado...

HOSTELERO

¿Qué decís vos?

PANTALÓN

Dices que hoy mismo se hubiera casado tu amo con la hija del señor Polichinela. ¿Y si él no da su consentimiento?...

CRISPÍN

De nada ha de servirle. Que su hija huyó con mi señor..., y lo sabrá todo el mundo... Y á él más que á nadie importa que nadie sepa cómo su hija se perdió por un hombre sin condición, perseguido por la Justicia.

PANTALÓN

Si así fuera... ¿Qué decís vos?

HOSTELERO

No nos ablandemos. Ved que el bellacón es maestro en embustes.

PANTALÓN

Decís bien. No sé cómo pude creerlo. ¡Justicia! ¡Justicia!

CRISPÍN

¡Ved que lo perdéis todo!

PANTALÓN

Veamos todavía... Señor Polichinela, dos palabras.

POLICHINELA

¿Qué me queréis?

PANTALÓN

Suponed que nosotros no hubiéramos tenido razón para quejarnos. Suponed que el señor Leandro fuera, en efecto, el más noble caballero..., incapaz de una baja acción...

POLICHINELA

¿Qué decís?

PANTALÓN

Suponed que vuestra hija le amara con locura, hasta el punto de haber huído con él de vuestra casa.

POLICHINELA

¿Que mi hija huyó de mi casa y con ese hombre? ¿Quién lo dijo? ¿Quién fué el desvergonzado...?

PANTALÓN

No os alteréis. Todo es suposición.

POLICHINELA

Pues aun así no he de tolerarlo.

PANTALÓN

Escuchad con paciencia. Suponed que todo eso hubiera sucedido. ¿No os seria forzoso casarla?

POLICHINELA

¿Casarla? ¡Antes la mataría! Pero es locura pensarlo. Y bien veo qus eso quisierais para cobraros á costa mía, que sois otros tales bribones. Pero no será, no será...

PANTALÓN

Ved lo que decís, y no se hable aquí de bribones, cuando estáis presente.

HOSTELERO

¡Eso, eso!

POLICHINELA

¡Bribones, bribones, combinados para robarme! Pero no será, no será.

DOCTOR

No hayáis cuidado, señor Polichinela, que aunque ellos renunciaran á perseguirle, ¿no es nada este proceso? ¿Creéis que puede borrarse nada de cuanto en él consta, que son cincuenta y dos delitos probados y otros tantos que no necesitan probarse?...

PANTALÓN

¿Qué decís ahora, Crispín?

CRISPÍN

Que todos esos delitos si fueran tantos, son como estos otros... Dinero perdido que nunca se pagará si nunca le tenemos.

DOCTOR

¡Eso no! Que yo he de cobrar lo que me corresponda de cualquier modo que sea.

CRISPÍN

Pues será de los que se quejaron, que nosotros harto haremos en pagar con nuestras personas.

DOCTOR

Los derechos de justicia son sagrados, y lo primero será embargar para ellos cuanto hay en esta casa.

PANTALÓN

¿Cómo es eso? Esto será para cobrarnos en algo.

HOSTELERO

Claro es; y de otro modo...

DOCTOR

Escribid, escribid, que si hablan todos nunca nos entenderemos.

PANTALÓN Y HOSTELERO

¡No, no!

CRISPÍN

Oídme aquí, señor Doctor. ¿Y si se os pagara de una vez y sin escribir tanto, vuestros... cómo los llamáis? ¿Estipendios?

DOCTOR

Derechos de justicia.

CRISPÍN

Como queráis. ¿Qué os parece?

DOCTOR

En ese caso...

CRISPÍN

Pues ved que mi amo puede ser hoy rico, poderoso, si el señor Polichinela consiente en casarle con su hija. Pensad que la joven es hija única del señor Polichinela; pensad en que mi señor ha de ser dueño de todo; pensad...

DOCTOR

Puede, puede estudiarse.

PANTALÓN

¿Qué os dijo?

HOSTELERO

¿Qué resolvéis?

DOCTOR

Dejadme reflexionar. El mozo no es lerdo y se ve que no ignora los procedimientos legales.

Porque si consideramos que la ofensa que recibisteis fué puramente pecuniaria y que todo delito que puede ser reparado en la misma forma lleva en la reparación el más justo castigo; si consideramos que así en la ley bárbara y primitiva del talión se dijo: ojo por ojo, diente por diente, mas no diente por ojo ni ojo por diente... Bien puede decirse en este caso, escudo por escudo. Porque al fin, él no os quitó la vida para que podáis exigir la suya en pago. No os ofendió en vuestra persona, honor, ni buena fama, para que podáis exigir otro tanto. La equidad es la suprema justicia. *Equitas justiciam magna est.* Y desde las Pandectas hasta Triboniano con Emiliano Triboniano...

PANTALÓN

No digáis más. Si él nos pagara...

HOSTELERO

Como él nos pagara...

POLICHINELA

¡Qué disparates son éstos, y cómo ha de pagar, ni qué tratar ahora!...

CRISPÍN

Se trata de que todos estáis interesados en salvar á mi señor, en salvarnos por interés de todos. Vosotros, por no perder vuestro dinero; el señor Doctor, por no perder toda esa suma de admirable doctrina que fuisteis depositando en esa balumba de sabiduría; el señor Capitán, porque

todos le vieron amigo de mi amo, y á su valor importa que no se murmure de su amistad con un aventurero; vos, señor Arlequín, porque vuestros ditirambos de poeta perderían todo su mérito al saber que tan mal los empleasteis; vos, señor Polichinela..., antiguo amigo mío, porque vuestra hija es ya ante el Cielo y ante los hombres la esposa del señor Leandro.

POLICHINELA

¡Mientes, mientes! ¡Insolente, desvergonzado!

CRISPÍN

Pues procédase al inventario de cuanto hay en la casa. Escribid, escribid, y sean todos estos señores testigos y empiécese por este aposento. *(Descorre el tapiz de la puerta del foro y aparecen formando grupo Silvia, Leandro, doña Sirena, Colombina y la señora de Polichinela.)*

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, SILVIA, LEANDRO, DOÑA SIRENA, COLOMBINA y la SEÑORA DE POLICHINELA, que aparecen por el foro.

PANTALÓN Y HOSTELERO

¡Silvia!

CAPITÁN Y ARLEQUÍN

¡Juntos! ¡Los dos!

POLICHINELA

¿Conque era cierto? ¡Todos contra mí! ¡Y mi mujer y mi hija con ellos! ¡Todos conjurados para

robarme! ¡Prended á ese hombre, á esas mujeres, á ese impostor, ó yo mismo...!

PANTALÓN

¿Estáis loco, señor Polichinela?

LEANDRO

(Bajando al proscenio en compañía de los demás.) Vuestra hija vino aquí creyéndome malherido, acompañada de doña Sirena, y yo mismo corrí al punto en busca de vuestra esposa para que también la acompañara. Silvia sabe quién soy, sabe toda mi vida de miserias, de engaños, de bajezas, y estoy seguro que de nuestro sueño de amor nada queda en su corazón... Llevadla de aquí, llevadla; yo os lo pido antes de entregarme á la Justicia.

POLICHINELA

El castigo de mi hija es cuenta mía; pero á ti... ¡Prendedle digo!

SILVIA

¡Padre! Si no le salváis, será mi muerte. Le amo, le amo siempre, ahora más que nunca. Porque su corazón es noble y fué muy desdichado, y pudo hacerme suya con mentir, y no ha mentido.

POLICHINELA

¡Calla, calla, loca, desvergonzada! Estas son las enseñanzas de tu madre..., sus vanidades y fantasías. Estas son las lecturas romancescas, las músicas á la luz de la luna.

SEÑORA DE POLICHINELA

Todo es preferible á que mi hija se case con un hombre como tú, para ser desdichada como su madre. ¿De qué me sirvió nunca la riqueza?

SIRENA

Decís bien, señora Polichinela. ¿De qué sirven las riquezas sin amor?

COLOMBINA

De lo mismo que el amor sin riquezas.

DOCTOR

Señor Polichinela. Nada os estará mejor que casarlos.

PANTALÓN

Ved que esto ha de saberse en la ciudad.

HOSTELERO

Ved que todo el mundo estará de su parte.

CAPITÁN

Y no hemos de consentir que hagáis violencia á vuestra hija.

DOCTOR

Y ha de constar en el proceso que fué hallada aquí, junta con él.

CRISPÍN

Y en mi señor no hubo más falta que carecer de dinero, pero á él nadie le aventajará en noble-

za... y vuestros nietos serán caballeros... si no dan en salir al abuelo...

TODOS

¡Casadlos! ¡Casadlos!

PANTALÓN

Ó todos caeremos sobre vos.

HOSTELERO

Y saldrá á relucir vuestra historia...

ARLEQUÍN

Y nada iréis ganando...

SIRENA

Os lo pide una dama, conmovida por este amor tan fuera de estos tiempos.

COLOMBINA

Que más parece de novela.

TODOS

¡Casadlos! ¡Casadlos!

POLICHINELA

Cásense enhoramala. Pero mi hija quedará sin dote y desheredada... Y arruinaré toda mi hacienda antes que ese bergante...

DOCTOR

Eso sí que no haréis, señor Polichinela,

PANTALÓN

¿Qué disparates son ésos?

HOSTELERO

¡No lo penséis siquiera!

ARLEQUÍN

¿Qué se diría?

CAPITÁN

¡No lo consentiremos!

SILVIA

No, padre mío; soy yo la que nada acepto, soy yo la que ha de compartir su suerte. Así le amo.

LEANDRO

Y sólo así puedo aceptar tu amor... *(Todos corren hacia Silvia y Leandro.)*

DOCTOR

¿Qué dicen? ¿Están locos?

PANTALÓN

¡Eso no puede ser!

HOSTELERO

¡Lo aceptaréis todo!

ARLEQUÍN

Seréis felices y seréis ricos.

SEÑORA DE POLICHINELA

¡Mi hija en la miseria! ¡Ese hombre es un verdugo!

SIRENA

Ved que el amor es niño delicado y resiste pocas privaciones.

DOCTOR

¡No ha de ser! Que el señor Polichinela firmará aquí mismo espléndida donación como corresponde á una persona de su calidad y á un padre amantísimo. Escribid, escribid, señor Secretario, que á esto no ha de oponerse nadie.

TODOS

(Menos Polichinela.) ¡Escribid, escribid!

DOCTOR

Y vosotros, jóvenes enamorados..., resignaos con las riquezas, que no conviene extremar escrúpulos que nadie agradece.

PANTALÓN

(Á Crispín.) ¿Seremos pagados?

CRISPÍN

¿Quién lo duda? Pero habéis de proclamar que el señor Leandro nunca os engañó... Ved cómo se sacrifica por satisfaceros aceptando esa riqueza, que ha de repugnar á sus sentimientos...

PANTALÓN

Siempre le creímos un noble caballero.

HOSTELERO

Siempre.

ARLEQUÍN

Todos lo creímos.

CAPITÁN

Y lo sostendremos siempre.

CRISPÍN

Y ahora, Doctor, ese proceso, ¿habrá tierra bastante en la tierra para echarle encima?

DOCTOR

Mi previsión se anticipa á todo. Bastará con puntuar debidamente algún concepto... Ved aquí; donde dice... «Y resultando que si no declaró...» Basta una coma, y dice: «Y resultando que sí, no declaró...» Y aquí: «Y resultando que no, debe condenársele...» Fuera la coma, y dice: «Y resultando que no debe condenarse...»

CRISPÍN

¡Oh, admirable coma! ¡Maravillosa coma! ¡Genio de la Justicia! ¡Oráculo de la Ley! ¡Monstruo de la Jurisprudencia!...

DOCTOR

Ahora confío en la grandeza de tu señor.

CRISPÍN

Descuidad. Nadie mejor que vos sabe cómo el dinero puede cambiar á un hombre.

SECRETARIO

Yo fuí el que puso y quitó esas comas...

CRISPÍN

En espera de algo mejor... Tomad esta cadena. Es de oro.

SECRETARIO

¿De ley?

CRISPÍN

Vos lo sabréis que entendéis de leyes...

POLICHINELA

Sólo impondré una condición. Que este pícaro deje para siempre de estar á tu servicio.

CRISPÍN

No necesitáis pedirlo, señor Polichinela. ¿Pensáis que soy tan pobre de ambiciones como mi señor?

LEANDRO

¿Quieres dejarme, Crispín? No será sin tristeza de mi parte.

CRISPÍN

No la tengáis, que ya de nada puedo serviros y conmigo dejáis la piel del hombre viejo... ¿Qué os dije, señor? Que entre todos habían de salvar-

nos... Creedlo. Para salir adelante con todo, mejor que crear afectos es crear intereses...

LEANDRO

Te engañas, que sin el amor de Silvia, nunca me hubiera salvado.

CRISPÍN

¿Y es poco interés ese amor? Yo di siempre su parte al ideal y conté con él siempre. Y ahora, acabó la farsa.

SILVIA

(Al público.) Y en ella visteis cómo en las farsas de la vida, que á estos muñecos como á los humanos, muévenlos cordelillos groseros, que son los intereses, las pasioncillas, los engaños y todas las miserias de su condición: tiran unos de sus pies y los llevan á tristes andanzas; tiran otros de sus manos, que trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia. Pero entre todos ellos, desciende á veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz de sol y con luz de luna, el hilo del amor, que á los humanos, como á estos muñecos que semejan humanos, les hace parecer divinos, y trae á nuestra frente resplandores de aurora, y pone alas en nuestro corazón y nos dice que no todo es farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida que es verdad y es eterno y no puede acabar cuando la farsa acaba.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.—Precio : 3,50 pesetas.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Precio : 3,50 pesetas.

Teatro fantástico.—Precio : 3,50 pesetas.

Vilanos.—Precio : 3,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Versos.—En Madrid y en varias casas (novela).

TEATRO

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio : 3,50 pesetas.

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio : 3,50 pesetas.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or waht you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La Gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VII.—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (comedia en cinco actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VIII.—*Los favoritos* (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IX.—*Al natural* (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo X.—*Richelieu* (drama en cinco actos y nueve cuadros, original de Sir Bulwer Lytton), traducción.—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos), última producción del autor.—*No fumadores* (chascarrillo en acción en un acto y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XI.—*Rosas de otoño* (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XII.—*El susto de la Condesa* (diálogo).—*Cuento inmoral* (monólogo).—*La sobresalienta* (sainete lírico en un acto y tres cuadros), música de D. Ruperto Chapí. *Los malhechores del bien* (comedia en dos actos y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XIII.—*Las cigarras hormigas* (juguete cómico en tres actos).—*Más fuerte que el amor* (drama en cuatro actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XIV.—*Manón Lescaut* (historia de amor en siete cuadros).—*Los Buhos* (comedia en tres actos).—*Abuela y nieta* (diálogo).

Tomo XV. — *La Princesa sin corazón* (cuento de hadas). — *El amor asusta* (comedia en un acto). — *La copa encantada* (zarzuela en un acto), música del maestro Lleó. — *Los ojos de los muertos* (drama en tres actos).

Se acabó la impresión
de este tomo XVI, en el Establecimiento
tipográfico de los Sucesores
de Hernando, el día 30 de abril
de 1908.

BINDING SECT. JUL 9 1974

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
v.16
c.1
ROBA